

**MISTERIOS**  
DE  
**BUENOS AIRES.**

**NOVELA ORIGINAL ESCRITA EN FRANCÉS**

POR

**FELISBERTO PELISSOT,**

**Y TRADUCIDA AL CASTELLANO**

**PARA LA TRIBUNA,**

**POR UNO DE SUS COLABORADORES.**

---

**Tomo II y último.**

---

Esta obra es propiedad del autor.  
Toda reproducción será perseguida ante la ley.

---

**BUENOS AIRES.**

---

Imprenta de la TRIBUNA, calle de la Victoria número 15.

1856.



# MISTERIOS

DE

# BUENOS AIRES.



**BUENOS AIRES.**

---

Imprenta de la TRIBUNA, calle de la Victoria núm. 15.

---

1856.



# MISTERIOS DE BUENOS AIRES.

## CAPITULO XXII.

### A LA OBRA, ESCLAVOS!

Los besos dados á la gentil Lola, no constituian por si solos el pago de los intereses, sino tambien un buen paletot, un pantalon limpio y una gorra nueva regalada por tio Pancho al escapado de la Recoleta.

Las primeras claridades del alba se dibujaban sobre la tranquila atmósfera de un azulado cielo, cuando Justiniano metamorfoseado así y su compañero Lorenzo, se encaminaron hácia el *Hotel de las Naciones*, á buscar allí á Sir Edwards.

En todo tiempo, y sobre todo en los de revoluciones, la condicion de los pequeños forma con la de los grandes, un contraste digno de fijar la atencion de los filósofos. Cuando la tempestad ruge en las regiones elevadas; cuando las teas de la ambicion y de la discordia dejan en pos de sí la desolacion, la inquietud y la anarquia, oh, vosotros quien quiera que seais á quienes escandaliza, espanta y fatiga el espectáculo de una sociedad tan pronto verdugo como tan pronto víctima, abandonad ese mundo de pasiones crueles, y refugiaos entre los humildes proletarios. Allí encontrareis, con la paz del corazon, la tranquilidad de la vida. Allí olvidareis gustosos los tormentos de la politica, para gustar, en compañía de las almas sencillas y cándidas, el descanso y los placeres puros que la naturaleza prodiga á aquellos que la aman.

Tal era precisamente la situacion de espíritu de nuestros dos amigos, cuando, habiéndose despedido de tio Pancho, se dirijian con el estómago lleno, y la cabeza muellemente acariciada por los vapores de la caña, hácia el centro de la ciudad. Los almacenes comenzaban á abrirse. Segun la habitud de las gentes del pueblo, se de-

tenian en cada esquina á beber un vasito ó á fumar un cigarro. Su descuido igualaba á su seguridad. Que temian? Un peon y un negro, ¿quien al pasar par la calle fija su atencion en esas dos vulgaridades? El uno con su blusa de trabajo, el otro con la casaca dada por tio Pancho, ambos en traje de jornalero, ¿que riesgos podian correr? medio ébrios anduvieron asi toda la estension que hay desde la Recoleta hasta la mitad de la calle del Perú, pasando por las de Suipacha y Corrientes.

Por lo demas, en su transito, ningun indicio encontraban de los asesinatos de la vispera. Sea que los heroes de la mashorca, entregados al sueño, descansasen de sus sangrientas hazañas, sea que Rosas, volviendo al plan que se habia trazado y que el fanatismo impaciente del primer dia no habia permitido seguir, hubiese impuesto por todas partes un silencio de desierto y una inmovilidad de plomo, sea en fin que lo temprano de la hora hubiese parecido á los degolladores poco aparente para la continuation de su obra de sangre, ninguna tragedia, ningun episodio tuvo lugar en las calles. Mas aun; poco á poco todo volvió á tomar, en apariencia, su curso habitual; los gallos cantaban, las pulperias se abrian, los carros del tráfico reemplazaban las fúnebres carretas de la vispera, y todo sin recuerdo, sin remordimientos, sin transicion, como lo mas natural posible. El trangresor de las leyes divinas y humanas habia ocultado bajo la máscara de un despertar risueño, la asquerosa faz de la revolucion, su cómplice, hipocritamente disimulada entre los homicidios ya cometidos y los que debian seguirlos, semejante á la muger criminal que al abandonar su lecho adúltero, pasa la maña-

na en la calle con la inocencia en la frente, la modestia en los ojos, el pudor sobre sus manchados lábios, meditando en su corazón depravado, su próxima vuelta á la corrupción y al vicio.

Al ver la ciudad, la ciudad exterior, la ciudad de las calles, vuelta á su estado normal, los dos amigos se dejaron llevar al impulso de la muelle y benigna influencia de esta fisonomía de la capital. Según la célebre fórmula puesta en moda por los bandidos coronados de nuestro siglo, *el orden reinaba en Buenos Aires*. Lo que quería decir que los héroes debían abstenerse de paseos patrióticos, de escándalos comprometedores y contentarse con degollar en el interior de las casas, sin ruido, metódicamente y con decencia. Ya la *Gaceta Mercantil* felicitando calorosamente á los mahorqueros por sus hazañas del primer día, insinuaba la nueva dirección que debían seguir, y el redactor Mariño, combinando los elogios federales con las reservas diplomáticas, hacia entender que el dictador no debía ver las ejecuciones, como los cónsules no debían oír á las víctimas del furor popular, cuyos sollozos habilmente sofocados espirarían en adelante dentro de las paredes de las casas. En apoyo de sus jeremiadas de sicofanta, y para probar que Pilatos, su amo, se labava las manos de la sangre de los justos, el periodista imprimía el artículo escrito, como lo hemos visto, al dictado del Pilatos mismo, en el que los exesos eran amenazados con castigos y en el que se prometía reparación solemne de los errores. La bella Miss Ana, adornada con todas las flores de una retórica galante, abría la lista, ó mas bien ella sola formaba la de los *protejidos* de su magnánima Exelencia.

Lorenzo y Justiniano habrían podido leer todo eso y algo mas en la *Gaceta Mercantil* que se hallaba en el mostrador de las pulperías, si los licores, el carlon y los cigarrillos no hubiesen tenido para ellos mucho mas atractivo que todos los periódicos del universo. El vasco y el negro sufrían una de esas reacciones de bienestar interior que siguen á los grandes sacudimientos de cuerpo y de espíritu. Dios en el secreto de su bondad, ha establecido una maravillosa ley—ley triste y consoladora á la vez para nuestra naturaleza—según la que los grandes sufrimientos jamás duran mucho tiempo sin interrupción. La desgracia y la felicidad permanentes no son igualmente rehusadas. Es necesario dar gracias a la Providencia por esas sonrisas inefables de luz, que nos envía bajo el sol de su bondad, disipando de tiempo en tiempo los negros nubarrones de nuestras penas. Poca cosa nos consuela entonces. Nosotros discípulos del dolor no seamos demasiado orgullosos y guardemonos de rechazar esas

cortas vacaciones que se dan en nuestra escuela, porque ahí está el implacable maestro que va á hacer sonar de nuevo la hora de volver á las aulas.

Nunca puede admirarse demasiado, esta facilidad de consuelo intermitente, en lo que se ha convenido en llamar la clase popular. En ella, bagatelas, juguetes de niños, los mas humildes incidentes de la vida, bastan para distraer el corazón aliviándolo. Aprecio mucho la virtud de la templanza, pero no puedo sin embargo dejar de permitirme una cierta tolerancia para con el uso, sino para con el abuso, al pensar que algunas gotas de alcohol aromatizado, en el fondo de un pequeño vaso, alegran los espíritus animales, despejan el cerebro, disipan los pesares, y rindo homenaje á la milagrosa agua bendita del patriarca Noé, espulsando la malsana y triste legión de diablos melancólicos. El pobre obrero se encuentra á este respecto en condiciones mucho mas ventajosas que el rico, esclavo de la etiqueta. El millonario, en sus lujosas habitaciones, en su suntuosa mesa, tomará una botella de oporto y no experimentará ni una alegría de mas, ni un pesar de menos; el jornalero mojará sus lábios con medio vaso de un mal vino carlon bebido sin ceremonia, en medio del choque de las palabras, la expansión de las ideas, en el fondo de un almacén, entre dos amigos y pasará del infierno de la desesperación al cielo de la alegría.

Chateaubriand refugiado en Inglaterra, confiesa que su mayor placer era sentarse con algunos compatriotas proscriptos como él, en alguna pobre taberna de Londres. En medio de esta atmósfera comunicativa, gustaba hablar de la patria bebiendo un modesto vaso de cerveza agria, mas dulce, mas sabrosa, mas deliciosa para él que los mas ricos licores de las mesas aristocráticas mejor servidas. Lo que el gran escritor francés experimentaba en su destierro, Lorenzo y Justiniano lo experimentaban mas vivamente aun en sus peregrinaciones matinales por las calles de Buenos Aires. Sus estaciones eran señaladas por un nuevo pasatiempo. Aquí era un mate, allá un cigarrillo, mas lejos un refresco. En pos de la prosa del sufrimiento, venía la poesía del buen humor, poesía inocente, radiante, expansiva. Un paseo sin fin los mecía en sus muelles fantasías, porque la locomoción del cuerpo es el reposo del alma. Y de cuanto reposo no necesitaban esas dos pobres almas despues de la muda fatiga, la pena terrible, el trabajo por esencia, la tarea mas enervante, mas debilitante de todas las tareas á que ha sido condenada la humanidad, y que se llama el *dolor moral*!

Nuestros dos amigos llegaron así al *Liceo de la Minerva*

El mismo aspecto de desolacion y de abandono que Lorenzo habia apercibido la víspera, continuaban ofreciendo las ruinas del número catorce incendiando, y la fisonomia interior del colegio, siempre mudo, siempre cerrado, siempre desierto. Justiniano vuelto al sentimiento de su posicion por el aspecto de la realidad, interrogó ese esqueleto de casa como para pedirle noticias del que lo habia habitado, pero las cenizas y los restos guardaron silencio. Nada transpiró tampoco del edificio del Liceo; y fué envano que el negro y el vasco al pasar alternativamente de una casa á otra, sondeasen con la mirada todos los rincones. Con esta pesquisa del vacio y de la nada, sus pensamientos se tornaron melancolicos. Adios recreo, adios cuarto de hora de gracia! Infortunados trabajadores del sufrimiento, volved á vuestra tarea!

Sin embargo, la inquietud del negro y la tristeza del vasco, inspirándose de la gravedad de las circunstancias, afectaron algo de resuelto y de viril. Sus cabezas desembarazadas de las niñerías de un momento antes, pasaron con una facilidad asombrosa á las preocupaciones serias. Asi es el pueblo, siempre mas proximo á la naturaleza por sus impresiones, sus costumbres y sus ideas; siempre mas candido en sus pasiones y en sus sentimientos que las clases privilegiadas de la sociedad. No hace un instante que Lorenzo y Justiniano eran unos verdaderos niños; ahora, van á ser hombres.

Mientras que los dos compañeros habian gustado los encantos de una distraccion inherente á los detalles picantes y variados de la vida popular, otros dos, menos felices, habian continuado trabajando sin descanso. El vice-almirante de Mackau y el ministro Buchet Martigny, encadenado á la actualidad, habian pasado la noche en combinar sus medios de resistencia á la barbarie devoradora del gobierno. Cambios de correspondencias, envio de estafetas, notas del ministro ingles, instrucciones á la escuadra, deliberaciones improvisadas de todo genero, todo se habia acumulado sobre su mesa diplomática, sus cabezas se habian injeniado en pensar, sus plumas en escribir de prisa, al vapor del fuego de la ardiente sucesion de los acontecimientos, bajo el aguijon de su responsabilidad presente, obligándolos á reflexionar y á decidir sobre tablas y gritándoles al oido en su febril insomnio: *marcha! marcha!*

Una tranquilidad silenciosa, un recogimiento que tenia algo de religioso, impresionaron desde luego al vasco, asi que entró á la habitacion ministerial. A pesar de la hora tan avanzada de la mañana, bugías que no habian sido apagadas por descuido,

ardian en ese santuario del trabajo intelectual. Parecia una capilla medio iluminada para algun servicio fúnebre. Era en efecto una lúgubre tarea la de los dos diplomáticos ocupados ambos con la muerte. Llamado á rendir cuentas, miembro integrante del congreso, el espectro respondia á los cargos que se le hacian, estendiendo su brazo de esqueleto y señalando con el dedo á Palermo.

Enderredador de una mesa cubierta con una carpeta azul, cargada de papeles, de notas, de manuscritos, se hallan sentados, ademas del ministro de Francia y del almirante, otros dos personajes, el Sr. de Figueroa y Sir Jonatas Moore, consul de los Estados Unidos. En cuanto al Sr. de Mandeville, no teniendo ó no creyendo tener ningun interes en mezclarse en ninguna conferencia internacional, relativa á los sucesos que tenian lugar, no habia aceptado la proposicion que se le habia hecho, de una reunion de sus cólegas en el consulado británico, se habia abstenido de presentarse en la legacion francesa, y solo se habia contentado con ofrecer, en caso de necesidad, la hospitalidad de su casa de campo, en los alrededores de la Capital.

—El es! dijo Lorenzo en voz baja, al negro, señalándole al caballero que, ocupado en escribir como los demas, no habia levantado aun la cabeza.

—El! el que busca á sir Edwards?

—Si.

Justiniano reprimió un movimiento de emocion, adelantó un poco la cabeza para ver mejor, y habiendo reconocido perfectamente al jóven amante de Elena, tembló de pies á cabeza. Se disponia á huir, cuando se sintió detenido por su camarada.

—Donde vais, amigo?

—Dejadme, dejadme!

—Qué es eso? dijeron á la vez el almirante y el ministro, cuya atencion fué atraida por los dos recién venidos parados en la puerta. Ah! sois vos, parisiense, entrad!

El caballero de Figueroa, apesar de la estrema contraccion de espíritu en que parecia sumergido, dejó bruscamente la pluma al anuncio de la llegada del vasco.

—Y bien? preguntó con viveza á su hombre.

—Hélo aquí.

—Quién?

—Sir Edwards.

El caballero se levantó medio sorprendido, medio irritado, á la vista de un rostro de negro. La insolente chanza del vasco le parecia tan extraordinaria, que no pudo arrancarle una pregunta, ni hacer estallar su mal humor. Frio, impasible, severo, esperó á que Lorenzo volviera á tomar la palabra.

—Perdonad, señor, yo quisiera habérsolo traído en persona, pero nadie está obligado á lo imposible. Cuando un hombre se encuentra sin asilo, sin parientes, fuera de su casa incendiada, oculto quien sabe donde, no hay medio humano de encontrarlo, y no ha dependido de mi hacer ese milagro.

—Y entonces?

—Oh! tranquilizaos, mi palabra ya está desempeñada, pues que en defecto del amo, he aquí el criado.

A esta palabra criado, la curiosidad del caballero, fué escitada al mas alto grado. Se acercó á Justiniano y como en general las caras de los negros se parecen entre sí y por otra parte el Sr. de Figueroa durante su permanencia en Madrid, se habia fijado muy poco en el portador de las cartas de su amada, se halló muy lejos de reconocer al antiguo servidor de la duquesa. Además, como se sabe, la partida de la Sra. del Monte Valeriano, habia tenido lugar con el mayor secreto posible.

—Estais al servicio de Sir Edwards?

—Si señor.

—Desde cuando?

—Desde que Lorenzo Etchevarria vuestro deudor, y mi amigo os ha hecho una promesa que cumpliré. Esto os basta supongo.

Figueroa miraba alternativamente á los dos camaradas.

—Si, dijo Lorenzo, confiad en él y en mi. Justiniano desempeñará mi palabra.

—Justiniano? os llamis Justiniano? exclamó arduosamente el caballero. Oh mi querido Justiniano, sois vos! añadió, estrechando entre sus manos las del negro que, esforzándose en disimular su turbacion, recibia sus caricias con toda la sangre fria de que era capaz.

—Y como está la duq... sir Edwards? dijo Figueroa reponiéndose con prontitud. Donde está? donde está nuestro querido amigo?

Y aqui el caballero hizo desbordar un torrente inagotable de preguntas.

—Hablaemos de eso mas tarde, mi querido Justiniano. Gracias Lorenzo; habeis dicho muy bien, he aquí á Sir Edwards, porque sir Edwards y Justiniano son la misma cosa para mí. Habeis cumplido esplendidamente vuestra promesa. Ahora me toca cumplir la mia. A Palermo! á Palermo!

—Un momento, caballero, observó el almirante. Teneis que redactar vuestro último protocolo.

—Ah! teneis razon! en un momento estará pronto. Sentaos amigos mios, es negocio de unos cuantos minutos.

Justiniano y Lorenzo tomaron asiento como unos académicos, al rededor de la carpeta azul, mientras que el Sr. de Figue-

roa, llenaba de letras el papel con la mayor rapidez. Nada despeja tanto la intelijencia como una buena noticia recibida por el corazon. El caballero llenaba á vapor paginas enteras con gran admiracion del peony del negro que se estasiaban ante esa prodijiosa facilidad de improvisacion. Habia concluido su protocolo y el Sr. de Mackau se hallaba apenas en las primeras líneas del suyo.

—Aqui está! dijo Figueroa, restregándose las manos, estoy pronto!

—Un momento hombre! un momento! exclamó nuevamente el almirante. Caspita! sois espeditivo querido!

Sin prestar atencion á lo que se decia ó se pasaba á su alrededor, el Sr. de Martigny continuaba por su parte, el trabajo en el que se habian concentrado todas las fuerzas de su espiritu. El recogimiento y el silencio, interrumpidos solamente por el ministro que dictaba en voz baja algunos despachos á su secretario, reinaron de nuevo en la sala. Los medios tintes del naciente dia, cuyos rayos eran detenidos por cortinas azules y amarillas, confundian sus reflejos indecisos con la pálida luz de las bugias encendidas aun, el roce de los pliegos de papel, el ruido de las plumas, el aire meditabundo de cada uno, las calvas frentes rivalizando con las cabezas pobladas de combinaciones, de madurez, de estudios y de reflexiones, todo en ese santuario del pensamiento, atestiguaba profundas preocupaciones. Pero especialmente por parte del ministro, todo indicaba la produccion laboriosa de una de esas obras delicadas, que encierran en cada frase, en cada palabra, en cada sílaba, el triunfo ó la derrota, la paz ó la guerra, de uno de esos documentos largo tiempo elaborados, pesados, medidos, pasados y repasados por el crisol del estilo, de una de esas piezas de elocuencia que juntan la moderacion á la energia, de una de esas obras gefes en fin, que mienten con tanto arte, amenazan con tanta cortesía, acusan con tanta formalidad, hieren con tanta gracia y que se llaman *ultimatum*.

Haré gracia al lector de esas diferentes piezas diplomáticas, en las que los principios generales del derecho de gentes eran discutidos *ex-professo* y me limitaré á dar el resumen del *últimatum*, documento notable en el que el Sr. de Martigny, por una delicada deferencia hacia sus colaboradores, habia hecho entrar los párrafos mas prominentes de la obra ya del almirante ya del caballero, de modo que el mismo se ocultaba modestamente bajo lo que llamaba las elocuentes ideas de sus cólegas. Allí, en realidad, palpitaba el alma toda entera del ministro; allí, se revelaba en caracteres de fuego, su elevada razon política, al mismo tiempo que su corazon



ardoroso y su imaginacion literaria. La solemnidad de las circunstancias, inspirando al abogado de sus nacionales y al defensor de la humanidad, habia hecho vibrar tambien ciertas cuerdas mas sensibles aun, peculiares á esta rica y compasiva naturaleza, espresándose con una nobleza, una gravedad, y sobre todo un encanto patético, digno del amigo de los proscriptos. Así como habia abogado por la causa del Comité Argentino ante los gabinetes europeos, acababa ahora de abogar por la de las victimas ante Rosas. Esto era en él, no ilusion sino valor, no esperanza sino instinto de generosidad.

Tres puntos principales de reclamacion eran presentados al dictador

Asesinato de muchos franceses y particularmente de Gitano Etchevarria, decapitado en las últimas revueltas y cuya cabeza habia sido espuesta en el mercado.

Saqueo é incendio de una parte del *Hotel de las Naciones*, y ruina del locatario Sir Edwards Tenessy, súbdito norte americano.

Prision por una banda de sicarios, de un ciudadano de la misma nacion, Samuel Wart y rapto de su hija miss Ana.

El ministro desarrollaba en su ultimatum esas tres damnificaciones, pidiendo en su nombre y en el de su colega de los Estados Unidos, reparaciones fundadas en la justicia ya criminal ya civil.

—Vuestro reclamo está muy bien, dijo el Sr. de Mackau cuando el ministro lo hubo leído, solo le encuentro un poco poético. Que piensa de él su señoria?

Sir Jonatas Moore á quien se dirigia la interpelacion y que hasta entonces habia guardado silencio, quitó con la estremidad del dedo la ceniza del cigarro y respondió flemáticamente:

—Yo? al contrario, no mucho. Me parece que le falta una flor de retórica. Voy á agregársela.

El yankee tomó una pluma, se hizo alcanzar el documento y escribió al final:

“Post-scriptum. Si dentro de dos horas dichas reparaciones no han sido acordadas, en la parte relativa á los súbditos de la Union ya nombrados, se ha dado orden anticipada al *Baltimore*, de romper el fuego contra la bateria *Federacion*.”

Mr. Moore despues de haber trazado y firmado esas líneas, volvió imperturbable el documento al Sr. de Martigny quien lo pasó al almirante.

—Diablo! diablo! murmuró este haciendo un movimiento hácia atras, ahora está mas poético, demasiado poético. Firmais eso *Martigny*?

—Porque no?

—Pues yo tambien. Estos republicanos son capaces de hacerme cometer un desatino. No importa! no se dirá que Paris se ha

quedado atrás de Nueva York en energia.

El almirante escribió algunas palabras en un papel y llamó.

—Alferez, enviad esta orden al comandante de la *Arthémise*.

—Mi fragata agregó el Sr. de Mackau es música tambien, y le prevengo esté lista para en el caso dado, formar duo con el *Baltimore*.

—Bravo! bravísimo! exclamó el Sr. de Figueroa levantándose. He ahí la verdadera elocuencia. Con abogados semejantes hemos ganado el proceso

—No hay necesidad de que hablen, dijo el Sr. de Martigny dirijiéndose con sus colegas hácia la puerta, basta que al tribunal que va á juzgar se le amenace con hacerlos hablar.

Los cuatro diplomáticos, acompañados de Lorenzo y Justiniano montaron á caballo.

## CAPITULO XXIII.

### En Palermo.

Rosas, despues del comienzo de las sangrientas tragedias organizadas por él, se hallaba en una situacion singular. Sin noticias de su general en jefe, que segun le habia dicho vagamente un comandante militar subalterno, se encontraba bajo la proteccion de la legacion francesa en circunstancias cuyos novelescos detalles le habian parecido oscuros y mal esplicados; sin noticias ni de Badia ni de Troncoso que debian dirijir bajo sus órdenes la expedicion, el primero en la seccion del norte, el segundo en Barracas; sin noticias en fin de la marcha, de los actos y de los progresos de la expedicion misma, no sabia que partido tomar á fin de evitar que en las matanzas se viese la mano del gobierno. Sin embargo, la anarquia era flagrante, y á toda costa era necesario una organizacion, una direccion, no ostensible, no oficial, sino secreta, á fin de no despojar á los acontecimientos regularizados convenientemente, de esa capa de hipocresia, conocida con los nombres de explosion popular, de torrente democrático y otras espresiones familiares al charlatanismo del dictador.

Entre todos esos tranfugas voluntarios ó forzados cuya desaparicion trataba en vano de esplicarse, solo dos gefes le habian quedado, Cuitiño y Salomon, pero estos compensaban con usura la pérdida de los demas.

Desde su desgracia ocurrida en el sarcófago de la Recoleta, el jefe de los vigilantes se habia puesto de un humor de tigre. Furioso con el increíble acontecimiento que le privaba de las 30,000 onzas, rico fruto malogrado del asesinato del quintero, irritado con la inutilidad de un crímen com-

binado con arte y consumado con el mejor éxito posible, se habia engolfado tenazmente en sus malos pensamientos con la desesperacion que causa una gran decepcion, y su crueldad agriada desde entonces por un amargo resentimiento, no aspiraba sino á vengarse, á beber en la embriaguez de la sangre, el olvido de esta fatal, de esta infernal catástrofe.

Sin contar, como es de suponer, á Rosas su aventura, Cuitiño se le habia presentado con la efusion de un servidor que viene á pedir órdenes á su amo, poniéndose á su disposicion en cuerpo y alma. D. Juan Manuel aprovechando las ofertas fanáticas de su fiel comandante, le habia confiado la delicadísima mision de encarrilar la revolucion, es decir arrojarla de las calles y hacerla ocultar en las casas, donde tendria que trabajar no ya á la claridad del sol, sino á la sombra, y el misterio. Era la hipocresia organizada.

—No mas paseos cívicos! no mas ejecuciones en pleno medio dia! habia dicho á su satélite. El que lo haga asi, sufrirá las consecuencias. Esas grandes conmociones no sirven mas que para introducir el desorden en la maquina y asustar á los imbeciles. Hay medios de deshacernos de nuestros enemigos sin tanto ruido. Que sepan que no quiero responder por lo que se deje ver.

Ese plan que daba al dictador la apariencia sino de la represion y de la desaprobacion, al menos la de la no participacion, y que preparaba á su responsabilidad una situacion asaz cómoda, se llevaba á cabo bajo las órdenes de Cuitiño y de Salomon. Todos los sintomas de agitacion exterior habian sido sofocados cuidadosamente; los héroes de los degüellos, fieles á esa nueva consigna, no hacian nada en público. De este estado de cosas habia resultado un sufrimiento, una inquietud, una angustia tanto mas universal, cuanto que no viendo la amenaza en ninguna parte, cada uno creia verla en todas. Las calles tranquilas y pérfidas trataban de sonreir, pero las casas temblaban y lloraban. El drama de sangre y de sollozos, la tragedia de incendio y de ruinas abandonaba el teatro por los bastidores; no habia una sola morada, una sola habitacion, un solo patio que no recibiese ó temblase de recibir la visita silenciosa y fatal de la tea, de la cuerda, del puñal y de esa terrible cierra desafilada que daba la muerte con tan espantosos refinamientos de tortura.

En esta transformacion del terror consistia toda la ventaja de Rosas. Desde el momento en que el desorden visible cesaba, podia presentarse con honor ante la opinion alucinada y hacer creer que en efecto la autoridad regular era estraña á las escan-

dalosas violencias de la vispera. Y todos los periódicos no dejaban de decirlo en todos los tonos, y especialmente la *Gaceta Mercantil*. Sin anatematizar precisamente la demostracion patriótica del pueblo, sin ir mas lejos que hasta hacer un reproche semi-indulgente, semi-simpático á los transportes de la fiebre democrática y de la indignacion nacional, el órgano oficial de D. Juan Manuel, se aventuraba á deplorar los excesos, á invocar los principios de orden, hasta prometer la intervencion del gobierno, para la reparacion de ciertos actos. Mariño el redactor anfibio, reia con un ojo y lloraba con el otro.

Era en estas circunstancias que el dictador habia recibido de la Legacion francesa, como centro de reunion de los principa'es cónsules, una correspondencia diplomática que apelando á su responsabilidad como gefe de la Confederacion, exigia de él ademas de ciertas garantias para el porvenir, el castigo de hechos criminales y la reparacion de determinados perjuicios. Rosas, lejos de sentirse contrariado con este paso, habia aprovechado con placer la ocasion de jugar ante los agentes diplomáticos su famoso rol de restaurador de las leyes. Promotor de la anarquía con sus actos secretos, se hallaba encantado de mostrarse como el parangon del orden con sus palabras públicas. El canibal que decia en voz baja á la canalla mashorquera: guerra á la civilizacion! iba á gritar en alta voz á los reclamantes de la moral y del derecho: guerra á la canalla! Es lo que se llama obtener las ventajas del vicio con los honores de la virtud.

D. Juan Manuel, segun su costumbre de divertirse con el cambio de notas consulares y de hacer durar el juego cuanto le era posible, aumentó las respuestas, las esplicaciones, las insinuaciones, las glosas de toda especie. Despachó de Palermo á la calle del Perú, correos sobre correos. En su astucia de gauchito, pretendia batir á los civilizados con sus armas; gustaba de esa guerra á tinterazos, y el palabreo diplomático con sus frases solemnes y retumbantes hallaba en él un decidido partidario. Sus secretarios y sus periodistas le facilitaban mucho, es verdad, su tarea, pero él se ejercitaba tambien personalmente y era tal entonces la exageracion de sus profesiones de fè, como pontífice del orden legal, eran tales sus protestas de respeto á la tranquilidad, á la ley, á la moral, á la sociedad, á la autoridad, á las garantias internacionales etc. etc. que sus palabras parecian una mistificacion. Sabido es que los pobres cónsules tuvieron que sufrir á menudo las burlas ya escritas, ya de viva voz, del satírico personaje.

Asi habian transcurrido catorce ó quince horas en diálogos de comedia diplomática,

entre la reunion de la calle del Perú por una parte y el cenáculo dictatorial por otra. Sin embargo, la energia de las últimas notas, habia aumentado extraordinariamente al fin. Fué necesario decidirse á dar audiencia. El gran cómico tomó su aire serio.

A fin de dar á la entrevista acordada toda la solemnidad posible, Rosas habia contestado al Sr. de Martigny que le permitia presentarse acompañado de los personajes que creyese conveniente. Fijados el lugar y la hora, el dictador aguardó majestuosamente.

Rosas se hallaba en el gran salon rojo, llamado *salon de los embajadores*, sentado en frente de una gran chimenea completamente encendida, en el punto culminante del inmenso semi-círculo formado al rededor del fuego por una linea de sillones. D. Juan Manuel estaba vestido de general; su rostro de un tinte claro, recién afeitado, parece mas fresco aun con los bordados de oro, las ricas telas y la fina batista. Su ropa es de una blancura exquisita y su traje de una magnificencia deslumbradora. Su cabeza particularmente es un espejo de limpia. Artísticamente colocados sobre la parte anterior de cada lado del cráneo, sus cabellos impregnados de esencias, encantan la vista por la simetria de los ángulos y el olfato por la vaga voluptuosidad de los perfumes. Se conoce que la mano diestra de un peluquero ha andado allí. El mas elegante de Francia ó de Inglaterra no se perfuma mas ni viste mejor que este Apolo del desierto, transformado en petimetre parisiense.

Bajo sus enormes charreteras de oro, se dilata su robusto pecho adornado de condecoraciones, casi todas de fantasia. Sus ojos azules claros y risueños recuerdan lo que Voltaire dijo en su *Henriada* de la Hiprocresia: "El cielo se encuentra en su mirada y el infierno en su corazón." Sus mejillas rosadas y pulposas ofrecen en las estremidades de los parpados, un cierto aspecto, que dá á esta masa carnosa, un no sé que de material. Grises patillas alineadas en cada lado de su grueso rostro, afectan la armonia y la gracia y no patentizan mas que la vulgaridad y la falta de expresion. Nada de simpático, nada de fino ni de inteligente en ese retrato correcto y minuciosamente simétrico, pero desprovisto de delicadeza, de atractivo, y sobre todo de ese rayo de sentimiento comunicativo que es la vida visible del alma.

Sus cabellos cortos y escasos, no participan ni de la opulenta profusion de la juventud, ni de la majestad de la ancianidad. Su frente lisa y despejada se halla privada de ese aspecto que Dios, segun la expresion del autor de los *Mártires*, aplicada al emperador Galerio, colocó como un velo so-

bre las espaldas del jóven y como una corona sobre la cabeza del anciano.

Un sentimiento indefinible de vago terror se apodera de vos ante ese rostro que no pertenece á edad determinada. Habeis leído la leyenda alemana en que Enrique Heine habla de esos grandes niños fantásticos que tenian la talla de un hombre y las facciones de un niño de pechos? Rosas ofrecia algo de semejante. Pueril en sus discursos y en sus juegos, hombre por sus vicios y sus crímenes, se leia en sus facciones el candor infantil del salvaje, combinado con la fria y refinada premeditacion del europeo mas corrompido. En todo ese conjunto la vista y la imaginacion creian ver una especie de monstruo. Esta belleza infernal á la que se preferia mil veces la fealdad, esta especie de gracia física desprovista del encanto moral, hielan el corazón como una blasfemia y la razon como un contrasentido. La naturaleza se ha equivocado sin duda alguna. Esta fisonomia sin nombre no ha debido producirse no, en la vida real, sino en un gabinete de curiosidades en medio de personajes pintados y de figuras de cera.

El egoismo! el egoismo no adornado de pies á cabeza, el egoismo de gran uniforme, con guante ante y pantalones blancos, he aqui lo que resalta desde luego en el aspecto de este hombre. A primer vista se reconoce al héroe de los instintos brutales, de las palabras cínicas, de los actos indecisos, de los crueles pasatiempos y con el estremecimiento del miedo y del disgusto, se vé, bajo el traje del elegante, al innoble bufon de la muerte, verdadera soberana de ese palacio de crímenes, y única realidad de ese teatro de mentiras.

El gran comediante, preparado asi, espera la llegada de la diputacion para principiar la pieza. Sereno y confiado, perfumando sus labios con un delicioso mate compuesto de vino de Jerez, la cabeza muellmente reclinada contra el respaldo del sillón, repasa interiormente su papel.

A derecha é izquierda del personaje principal, figuran Manuelita, vestida de amazona, el edecan Corvalan y el comandante Cuitiño, ambos con el uniforme correspondiente á su grado.

Los demas sillones, en número de siete ú ocho, se encuentran vacios.

La hija del dictador que acaba de llegar de un paseo á caballo, ha sido llamada por su padre á tomar parte en la conferencia, y se ha apresurado á cumplir sus órdenes, sin tomarse siquiera el tiempo de cambiarse sus vestidos. El semblante de la jóven está animado; una capa de polvo sobre sus vestidos y algunas perlas de sudor sobre su rostro, son los vestigios belicosos de su reciente excursion. Sus ojos resplandecen, y sin embar-

go, un vago tinte de tristeza febril se nota en su lánguida pupila, de modo que el observador no podría afirmar si era la humedad del sudor ó la de las lágrimas. Un vestido de terciopelo violeta, baja desde su cuello hasta los pies cubiertos por sus pliegues; su busto dibujado elegantemente, cesa poco á poco de palpar bajo la emoción de la fatiga, en sus ondulaciones decrecientes. Los bucles de sus cabellos flotan en un gracioso desorden, bajo su sombrero adornado de ricas plumas de avestruz, y su mano derecha juguetea con la corbata.

De tiempo en tiempo, D. Juan Manuel, pasa familiarmente su brazo al rededor del cuello de su vecina, toca sus mejillas como para secarles el sudor, y no permite que la linda amazona, á la primer señal que hace de levantar su pañuelo, inutilizado en su mano izquierda, dispute á sus dedos amorosamente paternos, el honor de enjugarle el rostro.

Enfrente, otro individuo de que no hemos hablado aun, parece celoso de las caricias hechas por el dictador á la amazona. Ese personaje es una pantera gris de la Pampa, agazapada delante de la chimenea, con la cabeza dada vuelta hácia su amo. Cuando los ojos de D. Juan Manuel dulces y risueños encuentran los suyos, entonces se contemplan con ternura y los dos amigos se miran con un cariño muy expresivo.

Dos tigres de bronce dorado, que juegan juntos, obra del célebre escultor frances Barye; comprada en Paris por cuenta de Su Exelencia, forman el pedestal de una magnífica péndula colocada en el centro de la chimenea entre otros dos grupos del mismo metal, representando el uno, el Laocoon con sus serpientes mitológicas, el otro el rapto de Europa por Júpiter. Pero los tigres de Barye son mucho menos bellos que la pantera de Rosas. Sin embargo la fiera viva parecia melancólica, comparada con el grupo esculpido, obra gefe de animacion y de gallardia. Inmóvil sobre su vientre, la amiga parece quejarse de que se la olvide, se la descuide.

—Pobre animal! apuesto á que está todavía en ayunas! tienes hambre?... no?... entonces tendrás sed? quieres beber Nelly? Que le traigan de beber!

Un momento después llegó un lacayo trayendo en una bandeja cinco vasos llenos. cada uno de los presentes tomó uno. El quinto fué colocado delante de la pantera.

—Delicioso oportó! dijo Rosas probando el suyo. Señores! á la salud de mi bella é infatigable Diana la cazadora! porque es ella quien ha tenido el honor de tomar y aprisionar á Nelly.

Manuelita sonrió con vanidad á este recuerdo de una de sus proezas de la Pampa y llevó á sus labios la roja copa; pero en el

acto la dejó caer de sus manos dando un grito.

—Y bien! que es eso? que hay?

La hija de Rosas pálida y tremula, sin responder á su padre, le miró con aire extraviado.

—Ah! ahora comprendo, dijo el dictador entregándose á un acceso de hilaridad, es que este bruto de lacayo se habrá equivocado. Os ha dado la parte de Nelly, y Nelly ha tomado la vuestra. Traed á la Señorita su vaso de oportó y al animal su ración de sangre, y otra vez no confundais!

El lacayo tomó el vaso que Nelly no habia tocado y lo ofreció á Manuelita que repuesta de su emoción bebió su perfumado contenido. Al mismo tiempo se puso al alcance de la fiera, un segundo vaso en reemplazo del primero que se habia derramado. Pero la pantera despues de haberle tomado el olor, se abstuvo de tocar este licor lo mismo que el primero.

—Chica mimada! dijo Rosas amigablemente. Veamos esa sangre. No tiene mal olor añadió llevándola á la nariz. Que os parece?

Cuitiño y Corvalan olieron sucesivamente y declararon como conocedores, que esa sangre era fresca, de algunas horas cuando mas.

—Y vos señorita, que creis? Oled hija mia, no se trata de beber sino simplemente de tomar el olor.

La jóven tomó el vaso de manos del galante Corvalan. Indecisa y fascinada hizo un esfuerzo sobre si misma y acercó la copa que retiró en el acto convulsivamente.

—Cuidado niña! exclamó Rosas. Ya manchasteis vuestro vestido, y habeis estado á pique de hacerlo nuevamente. Pensad que el aseo es una virtud, tomad ejemplo de mi: Me veis una sola mancha desde el cuello de la camisa hasta las botas? parezco un espejo de novia! admirad ese lustre! ese pantalon blanco es irreprochable! Es necesario mostrar á los gavachos petimetres que sabemos recibir su visita.

En ese instante el timbre de la péndula, dió las dos de la tarde.

—Ah! he aquí al enemigo! la batalla empieza! atencion!

Diez minutos habian transcurrido apenas, cuando un maestro de ceremonias con su peluca empolvada de blanco, vestido punzó salpicado de amarillo, calzon corto, media de seda y zapatos con hebillas de plata, vino á anunciar pomposamente.

—La Legacion francesa!

—Hacedla entrar! dijo el dictador respondiendo burlescamente en el mismo tono de voz.

Las dos ojas de la puerta se abrieron, y el maestro de ceremonias colocándose á un lado con majestad, dejó pasar uno tras otro

al Sr. de Martigny, al almirante de Mackau al caballero Abrantes de Figueron, á Sir Jonatas Moore, á Lorenzo Etchevarria, y en fin al negro Justiniano.

—Alto ahí! dijo el introductor oficial impidiendo el paso al negro.

Pero Justiniano, sin prestar atencion al obstáculo continuó siguiendo al cortejo.

—Eh moreno, deteneos!

Y el maestro de ceremonias puso nuevamente el brazo por delante del negro, pero tambien fué rechazado.

—Santa Bárbara! murmuró el introductor desenvainando un sable que contrastaba cómicamente con el aspecto pacífico de su traje; quieres detenerte sí ó nó?

Una especie de lucha siguió á esas palabras y casi al mismo tiempo, otro ruido mezclado de carcajadas prolongadas pobló la inmensidad de la habitacion. Era la pantera que habia salido al encuentro de los recién venidos y saltado á las piernas del Sr. de Mackau.

Sorprendido con tan brusco ataque, dió un grito de angustia semejante al que dejaria oír un gato cojido entre dos puertas. El movimiento que siguió á esto entre la embajada, ocasionó un verdadero tumulto, que redobló la hilaridad del dictador. D. Juan Manuel reia á reventar.

En su maniobra medio cómica, medio trágica, el vice-almirante no conseguia desembarazarse de la terrible fiera. Nelly sin embargo parecia mas rabiosa que ofensiva y se contentaba con romper el pantalon por todas partes, pero sin morder. Obedeciendo sin duda á alguna seña convencional de su amo, el huesped de la Pampa, convirtiendo sus primeras hostilidades en juegos, se divertia á costa de los vestidos del almirante. Este, impacientado, habia llevado la mano al bolsillo para sacar una pistola y no encontrando nada en él, maldecia la consigna que no permitia presentarse ante su Exelencia con armas de fuego. Le quedaba la espada; pero sacar la espada contra Nelly!... El Sr. de Mackau no queria ponerse en ridiculo.

De repente la pantera se detuvo inmóvil al oír un silvido de Rosas, y volvió á acostarse delante de la chlmenea.

Al mismo tiempo el rostro del dictador pasando sin transicion de las contorsiones de la hilaridad á la fijeza mas estraña, espresó una seriedad severa, estraordinaria, casi aterradora. Con un gesto indicó á la diputacion que podia ocupar los asientos vacios, despues de lo cual se puso á mirar hácia su frente con una atencion muy pronunciada, y visiblemente distraida.

Sin decir una palabra los diferentes personajes introducidos, respondieron á la fria invitacion de su Exelencia con una frialdad no menos pronunciada, muy fácil de espli-

car, despues de la escena que acababa de tener lugar. Los rostros lo mismo que las actitudes, demostraban la etiqueta mas glacial.

El negro se habia sentado como los demás. El maestro de ceremonias escandalizado y exasperado con la obstinacion del sirviente iba á acercarse al singular intruso con intencion de hacerlo salir; pero en el momento en que el burlesco funcionario con su traje rojo y amarillo atravesaba el semi-círculo, Rosas, impacientado, le ordenó retroceder con un tono tan seco, tan brutal, que el pobre introductor, saludando torpemente, se enredó en los pliegues del vestido de Manuelita, rozó la baina de su sable en el brazo de un sillón, hubo de caerse dos ó tres veces, y en el vértigo de su turbacion despues de una serie de contratiempos que en cualquier otra circunstancia habrian sido en extremo divertidos, concluyó por salirse con la cabeza baja.

—Cerrad la puerta! exclamó D. Juan Manuel imperiosamente, y que nadie entre aquí!

## CAPITULO XXIV.

### El predicador.

El ruido de la llave en la cerradura vino á aumentar mas aun la solemnidad del silencio que no cesaba de reinar. Ese mutismo que, por parte de los recién venidos, heridos profundamente en su dignidad, era una leccion dada por ellos al autor de la indecente recepcion de un momento antes, significaba por la de Rosas, una preocupacion interior llevada al mas alto grado, por la súbita vista de uno de los personajes que tenia delante de sí. D. Juan Manuel acaba de reconocer á su espia,

El caballero del secreto sostuvo la mirada del dictador con una indiferencia perfecta, sin evitarla ni buscarla. Esta ausencia de emociones era tal en el Sr. de Figueron, que Rosas dudó y se preguntó asi mismo si no se equivocaba. Su famoso general en jefe se hallaba allí en efecto? Era ese su rostro? no habiéndolo visto casi nunca sin el tafetan, no podia decidirlo con certeza. Su traje, su talla arrojaban muy poca luz sobre sus perplejidades. Fáltábale solo oír el metal de voz.

—El Señor, es acaso el Sr. Buchet de Martigny? preguntó con tono afable el gobernador dirigiéndose al proble nático caballero.

El Sr. de Figueron no respondió, pero con un gesto de cortesia esquisita, señaló al ministro sentado á su derecha en el primero de la línea de sillones.

—Lo sé, lo sé, interrumpió Rosas; conozco muy bien á su señoria. Tenia el ho-

nor de preguntaros, si sois hermano suyo primo, ó alguno de sus parientes.

—Y porque Exelencia? respondió alegremente el caballero.

Rosas analizó en su interior ese metal de voz, pero no pudo llegar á formar una conviccion de la identidad del personage.

—Porque os pareceis mucho.

—Lo creis así Exelencia? No creia tener este honor; me enorgullece mucho y os doy las gracias por habermelo hecho saber, porque no lo habia notado, á fé de caballero. Perdon Martigny, en materia de fisonomia soy un ignorante.

El acento exesivamente distinguido con que el Sr. de Figueroa pronunció esta respuesta, continuó intrigando á D. Juan Manuel. El timbre puro de este organo aristocratico, resonando musicalmente en un diapason de contra alto, le recordaba de una manera tan vaga las conversaciones de su espia, que se halló mas embarazado que nunca.

—Vamos, se dijo interiormente, me habré equivocado. Sin embargo...

—Oh! repuso en alta voz el dictador, hay semejanzas mucho mas notables que la que acabo de indicar. Figuraos señores que he conocido no hace mucho tiempo...vais á reiros... à uno de mis espias que se parecia...adivina á quien? ¿vos caballero, si, á vos, de tal modo que me he preguntado si no erais el mismo.

El Sr. de Figueroa miró asombrado al Sr. de Martigny, cambió con el Encargado y el almirante una sonrisa muda de ironica compasion hácia esta chanza de mal gusto, y afectó perdonar con una mirada indulgente la cándida groseria de su Exelencia.

—El Sr. Armando de Abrantes Figueroa subdito frances y bajo la proteccion directa de la Francia dijo gravemente el ministro

—Ah! el señor es subdito frances? murmuró Rosas. Caballero!...

El dictador y el caballero cambiaron una magestuosa y profunda inclinacion de cabeza.

—Harè notar á sus señorías que tenemos que discutir una órden del dia que urge mucho, dijo el almirante.

—En efecto, no hemos venido aqui à disertar sobre fisonomias ni á hacernos cumplimientos, añadió Mr. Moore; Señor Ministro tened la bondad de comunicar nuestros reclamos á su Exelencia. El tiempo se pasa, observó el americano sacando su reloj.

El Sr. de Martigny alcanzó sus papeles al dictador, que despues de haberles examinado el largo, ancho y grueso de ellos, se recostó en su sillón y se puso à leerlos silenciosamente. Asi que hubo llegado á la postdata que contenia la amenaza del *Baltimore*, se estremeció, pero disimuló con

prontitud su emocion, y doblando lentamente la nota en dos, se espresó asi:

—Antes de responder Señores, párrafo por párrafo á la esposicion que me presentais, quizas econoinizaríamos mucho tiempo, consultando, relativamente al pensamiento del gobierno, los artículos oficiales que dan cuenta de los últimos sucesos. Eso simplificará mi tarea y la vuestra. Corvalan tened á bien leer á estos Señores, la *Gaceta Mercantil* de hoy y de ayer.

—Es inútil! dijeron á la vez los cuatro diplomáticos, la hemos leído.

—Muy bien! en ese caso debéis haber visto en ella, en términos espresos y formales, la reprobacion del gobierno de actos que mira como deplorables, y que deplora en efecto, cualquiera que sea la legitimidad de las intenciones, el patriotismo de los motivos, la excusa de la circunstancias.

—Y que reparará?... .

—Decid mas bien que habria reparado ya, á no ser algunos incidentes penosos seguramente y que se relacionan aunque de un modo indirecto con vuestras reclamaciones. La justicia ha entrado siempre en sus principios como la espontaneidad en su conducta, permitidme recordaroslo.

—Oh! no me quejo, no quiero acriminaros añadió sentimentalmente D. Juan Manuel cortando la palabra al ministro que abria la boca para hablar. Digo solamente que la responsabilidad de los exesos populares, no deberia en buena conciencia internacional llegar hasta la autoridad regular que represento.

—Estamos conformes en cuanto al derecho observó el Ministro: En cuanto al hecho es quizas diferente. Sea lo que fuere, apelo á la lealtad de su Exelencia para la concesion *espontanea* de las reclamaciones ya dichas. Insisto sobre esa palabra *espontanea*. Es un acto de alta conveniencia politica que su Exelencia es invitado à hacer, nada mas. No es la primer vez que habré dado pruebas de su buen espíritu.

El dictador sonrió con complacencia, y con sus manos cruzadas sobre el pecho, continuó:

—En efecto, tal es la cuestion, cuestion grave señores, y que me concierne lo mismo que á vosotros. En cuanto á mi, lejos de retroceder ante leales y francas esplicaciones, habria sido el primero en provocarlas. He aquí mi pensamiento, dignaos leer en él. He aquí mi corazón, os lo entrego todo entero. Si hablase à hombres vulgares, podria tener la demasiada sinceridad; pero al dirijirme à agentes que simbolizan para mi la gravedad, la esperiencia, las luces, las opiniones sanas, no siento, debo declararlo, ninguna desconfianza, al hablar sin reserva. Asi, señores, permitidme por un momento, dejar á un lado todos esos peque-

ños hechos, todos esos miserables detalles, y echar con vosotros una mirada general, sobre nuestros asuntos. He dicho nuestros asuntos, porque somos solidarios del orden en cualquier país que se halle amenazado ó turbado. En Paris como en Buenos Aires, las tendencias son las mismas; los mismos los deberes, las esperanzas y los deseos. No olvido que soy ante los representantes oficiales de esas poderosas monarquias. . . .

—O repúblicas, interrumpió Mr. Moore.

—O repúblicas; los nombres no cambian la esencia de las cosas. En todas partes la autoridad, el gobierno, el poder, es decir la elevada é indispensable tutela que, al traves de las formas politicas peculiares á cada nacion, es lo que nos constituyen á nosotros clase privilegiada, los magistrados del órden, los guias del pueblo, los instrumentos de la Providencia misma.

—A la cuestion, Exelencia! á la cuestion! dijo amigablemente el Sr. de Mackau.

—Voy á ella Sres. ó mas bien ya estoy en ella. En política, como lo proclaman muy bien vuestras notabilidades de gabinete y de tribuna, lo que importa son las generalidades y no los detalles. Yo gaucho, á quien la casualidad ha hecho señor en un pais semi-salvage y que no conoce otra educacion que la de las armas, comprendo muy bien esas sublimes abstracciones de vuestros Estadistas europeos. Sin embargo, entreveo en sus teorías grandes ideas, indicaciones preciosas que trato de aprovechar en mi esfera de accion, y es precisamente de ese concurso de las voluntades soberanas en ambos hemisferios, de esta reunion de esfuerzos comunes y de intereses solidarios hácia un mismo fin, que resultará la armonia entre nuestros respectivos gobiernos. La paz, la paz internacional como resultado, y el órden, el órden rigoroso como medio, talos son los dos términos del problema, y si la franqueza de las esplicaciones puede mucho, como lo creo, para su tan desada solucion, me felicito Señores de que me hayais presentado la ocasion, de hablaros con el corazon en la mano, sin ocultaros nada, descubriendos lo mas íntimo de mis sentimientos.

Rosas se detuvo un instante á respirar, semejante á un orador del Parlamento que toma aliento, pronto á correr de nuevo á la arena oratoria. Al mismo tiempo un lacayo con gran librea, le trajo en una bandeja el clásico vaso de agua con azucar que bebió con tanta magestad como compuncion.

Una tristeza y un malestar mezclados de indignacion reinaron en el auditorio, objeto evidente de la burla del dictador. Las banalidades que acababa de pronunciar, la parodia del tono, del acento y del gesto, la afectacion estudiada cuidadosamente de los usos de la tribuna francesa, el irónico-pla-

gio de las maximas de Guizot y de Thiers sobre los *pequeños hechos*, los *pequeños detalles*, las *grandes generalidades*, la *gran política*, toda esta comedia recitada, heria el corazon de la asamblea como una insolencia y la fatigaba como un remordimiento. Solo Sir Jonatas Moore habia parecido contemplar al orador con una curiosidad mezclada de una especie de satisfaccion. El yankee veia la humillacion de la vieja Europa en la leccion indirecta que le habia sido dada por el bufon gaucho.

—Su Exelencia olvida que tenemos que tratar una cuestion de hechos y no discurrir sobre principios, dijo el Sr. de Martigny.

—Entiendo, entiendo, interrumpió acremente el gobernador. Quereis hechos señores, pues bien! helos aqui.

El dictador animandose por grados continuó.

—Se trata de reclamaciones, muy bien! Reclamemos! Os he escuchado, os he leído, os he seguido en vuestras quejas diplomáticas con toda la atencion que merece, no diré la gravedad de los asuntos particulares presentados á mi exámen, sino el conjunto de los sucesos generales y sobre todo el caracter y las luces de personajes como vosotros señores, á cuya lealtad aunque se haya aludido, no es por eso menos digna de respeto. Habeis apelado á mi conciencia: á mi vez apelo á la vuestra, y os comunico las muy simples reflexiones siguientes:

Vuestro gobierno Sr. Ministro (permitidme Señores, dirigirme por un momento á uno solo de vuestros cólegas) vuestro gobierno, preciso es convenir en ello, se halla colocado frente á frente del mio, en una posicion estraña. Despues de haber tratado solemnemente conmigo, favorece con sus actos ya que no con sus intenciones, á mis enemigos y á los vuestros. En Montevideo, en Entre-Rios, en Buenos Aires, en todas partes encuentro indicios flagrantes de esta funesta inconsecuencia, tan fatal á los intereses de la paz como al honor de la palabra dada. . . .

Oh! no lo negueis señor ministro! no lo negueis por Dios! prosiguió D. Juan Manuel cortando nuevamente la palabra al Encargado. Repito que no acuso las intenciones sino los hechos.

Mejor que nadie sabeis que el pensamiento del gabinete no era enviar tropas á Montevideo, por ejemplo, sino unicamente buscar en la via de las negociaciones, combinadas con la accion de las fuerzas maritimas, que fueron puestas á disposicion del sucesor del Sr. Leblanc, la solucion de una desavenencia muy prolongada y que era urgente terminar. El Sr. Mariscal Sout, el señor contra almirante Dupotet y vos mismo señor almirante (es á vos á quien tengo el honor de hablar ahora) vos mismo

lo habeis reconocido así. Después de eso estaba en mi derecho al esperar que habriais arreglado fielmente vuestra marcha á ese programa conciliador. Hoy no puedo ocultar que probablemente no hay que contar ya con un resultado semejante, ni con recoger los frutos de transacción que cada uno de nosotros se habia prometido al ver la marcha que las cosas parecian tomar en la República Argentina.

Esto señores, es sin duda alguna, muy disgustante.

Aquí, Sir Jonatas Moore sacó flemáticamente su reloj, comparó la hora que este señalaba con la de la pendula, é hizo notar á Rosas una diferencia de diez minutos entre los dos.

—Estais adelantado Señor Consul, dijo el dictador. Mi pendula está arreglada exactamente al cuadrante solar de la batería *Federacion*.

—Al contrario, creo que sois vos el atrasado, observó el yankee. Mi reloj ha sido arreglado por el meridiano de observación abordo del *Baltimore*. Así pues tenemos todavía una hora de conferencia, una hora justa.

—Bah! vuestra Señoría me concederá una hora y diez minutos.

—El *Baltimore* es excesivamente puntual Exelencia, os lo prevengo.

—Y la batería *Federacion* no lo es menos Sr. Consul.

—Vamos, vamos la *Federacion* y el *Baltimore* nada tienen que ver aquí, se apresuró á decir el Sr. de Mackau. La *Arthémise* los pondria de acuerdo en todo caso.

—Diablo! dijo Rosas riendo, sabeis que me asustais Señores!

—Cuestión de tiempo Exelencia, observó el caballero.

—Asunto de relojería, añadió el yankee.

—Lo que quiere decir que debo apresurarme, no es verdad? Bien, el orador abreviará.

Y dando curso inmediatamente á una volubilidad de torrente que tenia algo de excesivamente cómico, D. Juan Manuel desbordando un flujo de palabras y frases duras, pronunciadas con un calor irónico y una agradable insolencia:

—Decia Señores, que sois aliados muy singulares. Veis el estado de las cosas en Buenos Aires, y por otra parte no hay mas que examinar nuestra posición en Montevideo, para reconocer todo lo que ella tiene de incierto y de comprometedor y por consiguiente para convencerse que hay riesgo y riesgo evidente, en ensanchar sin cesar el círculo de las complicaciones, en fomentar querellas que amenazan llevarnos mas lejos de lo que nos vendria y ponernos bajo la dependencia de acontecimientos que no podemos ni dirigir, ni prever siquiera.

Basta ciertamente recordar el origen de nuestras desavenencias y remontarse al punto de que hemos partido, para ver cuanto se han agravado las cuestiones y cuanto hemos andado fuera de camino en un negocio tan sencillito en su principio. Hace algunos años, se trataba solo de obtener de mi, deciais entonces, ciertas garantías de protección para vuestros nacionales. El debate se habia circunscripto á estos límites. Mas tarde, os hallais mezclados, sin saber porque, en el conflicto que tenia lugar entre mis armas y las de un traidor, de Rivera!....

No frunzais el entrecejo, Señor! si, Rivera era un traidor. Traidores fueron tambien Lavalle y Paz, Pero, no anticipemos.

Habeis hecho mas: habeis tomado parte en la guerra entre Buenos Aires y el Estado del Uruguay, y vuestra posición respecto de la República Argentina se ha complicado con vuestra alianza de hecho con la Banda Oriental.

Y en fin... oh! aquí invoco vuestra lealtad, Sr. de Martigny, y me dirijo no al ministro sino al hombre de honor, al hombre honrado para hacerlo juez de su propia conducta. ¿Que significa ese apoyo dado á la sublevación, por el representante oficial de una potencia aliada, esta connivencia con los emigrados argentinos, esta conspiración con mis enemigos interiores y exteriores? Al principio no teniais que proteger sino á los franceses establecidos en mis provincias, á eso nada tenia que decir. Mas tarde, fueron los franceses de la República Argentina y los de la Banda Oriental, los que segun vosotros se hallaron comprometidos y espuestos. No se trataba pues de un bloqueo temporal limitado á los puertos de la Plata, sino de un bloqueo indefinido, elastico monstruoso, que abrazaba todas las aguas de la Confederación y las de Montevideo. Y por qué Dios mio! Por ver si algun rebelde llamado Alsina, Agüero ó Varela, si algun traidor conspirador unitario podia venir á reemplazarme en este sillón. Recientemente vuestro gobierno, convengó en ello, ha olvidado dignamente sus locuras anteriores, y sé que en el actual estado de cosas, después de las duras lecciones del pasado, mis reflexiones se aplican señor ministro, á una situación cuya gravedad conoceis tan bien como yo, cuya duración no ha dependido de vos quizás abreviar, y contra cuyas penosas dificultades habeis luchado, me complazco en reconocerlo, con un valor, una prudencia y un celo dignos de mejor resultado. Pero esa situación subsiste todavía y es urgentísimo concluir con ella. Por ventura, los medios que proponeis ¿pueden conducirnos al fin? Es permitido dudar de ello señor.



Tres cuartos de hora todavía, señor orador observó el yankee sacando por tercer vez su reloj.

—He concluido. Demasiado preocupado de ideas muy nobles seguramente en sus principios, pero mas apróposito, creo, para obrar sobre la imaginacion que para realizarse en la práctica, pedis mi autorizacion para hacer bajar tropas, que limitadas al efectivo que indicais, podrian ser completamente insuficientes, porque habeis visto á la obra el elemento popular, el elemento revolucionario que deploro y temo con vos, y habeis podido juzgar de todos los recursos de su terrible fuerza!..

Si, señor, apesar de vuestra sonrisa, creo que este poder democrático que acaba de hacer una esplosion tan repentina en Buenos Aires, no podria ser despreciado impunemente. Atacarlo como proponeis hacerlo en vuestra nota, podria pasar por una verdadera imprudencia. Por otra parte, de que se trata? nada menos que de un acto de hostilidad contra Buenos Aires, disfrazado con las apariencias de un protectorado humanitario. Y no comprendéis el peligro que hay en tocar una cuerda semejante? Ah! creed en mi experiencia, Señor, no irriteis la fibra nacional. Qué sucederia si vuestros cañones hiciesen fuego á la bandera federal ó si vuestros destacamentos de marina pisasen como enemigos nuestro suelo? una cosa muy fácil de prever. Ese pueblo, ese noble pueblo (porque preciso es reconocerle algunas buenas cualidades en medio de sus exesos y de sus crímenes) ese pueblo llevado al último extremo, haria lo que hacen todas las nacionalidades amenazadas de muerte: se levantara como un solo hombre! y entonces si las matanzas se generalizaban, si la anarquia triunfaba, quien tendria la culpa? quien? os pregunto.

En cuanto á mí Señores, me permitireis hacer en medio de estas graves consideraciones generales, algunas reflexiones personales. Representante de la sociedad en sud América, como todo soberano presidente ó monarca, en la América del Norte y en Europa; responsable del orden, solidario con vosotros de los grandes principios de la civilizacion y de los sagrados intereses de la paz, llamado por millares de sufragios á gobernar este pais; participando con el hombre mas grande de los tiempos modernos, con el inmortal Napoleon, del honor de ser el verdadero elegido del pueblo, cual seria mi suerte en ese conflicto? no lo dudeis, seria envuelto en la catástrofe, me reputarian cómplice de la invasion á la patria y seria necesario abandonar á otras manos la tutela. Dios me es testigo que ningun pensamiento ambicioso entra en mis inquietudes causadas por las even-

tualidades terribles que os dejo entrever. Asi como he aceptado por deber, por el profundo sentimiento de mi responsabilidad, el puesto eminente confiado á mi patriotismo, asi tambien lo abandonaria, si fuese necesario, con una viva preocupacion de temor, nada mas, por las graves consecuencias politicas que produciria. Si consultara solamente mis gustos de hombre privado, abandonaria con alegria, no lo dudeis, el peso de los negocios. No es á vosotros á quienes se debe recordar que un soberano no se hails en un lecho de rosas y que el la suerte del mas humilde de los ciudadanos, es preferible á su borrascosa grandeza. Ojalá me fuera permitido bajar de ese trono dictatorial tan envidiado y tan indigno de serlo! Pero dado este caso, dignaos pensar en las consecuencias, os lo suplico! Desapareceré de la escena, muy bien! Estoy pronto, sin esperar á que una catastrofe me lo ordene, heme dispuesto á abdicar. Y despues señores?... despues?... quien me reemplazará?

—Si, quien me reemplazará? añadió D. Juan Manel con tono vibrante y soberbio.

Ese desafio de la confianza y del orgullo, fué pronunciado por el dictador con la cabeza levantada, la mirada altiva y en tono de imperiosa provocacion.

—Lo veis! prosiguió, abordo francamente la dificultad. Ahi está! Ahi! y ella vendria fatalmente á parar en un conflicto entre vosotros y yo. Es eso lo que pretendéis? responded ministro de Francia! Responded consul de los Estados Unidos! La estabilidad ó la anarquia, la revolucion ó el orden, elejid! Creedme, echemos un velo sobre los hechos consumados y pensemos en el presente! pensemos en el porvenir!

—No se trata ni de anarquia ni de estabilidad, ni de orden, ni de revolucion, ni de abdicacion, ni de conflicto, ni de presente, ni de porvenir, dijo Mr. Moore con calma, sino de los súbditos americanos perjudicados gravemente en la jornada de ayer, en su familia, en su libertad y sus bienes.

—Ah! lo olvidaba, es justo muy justo.

—Y de un subdito francés asesinado agregó el Sr. Martigny.

—Perfectamente. Y pedis, vos señor Consul, reparaciones, y vos señor ministro un castigo, no es verdad?

Los diplomaticos callaron, cubriéndose con una fria dignidad.

Pasados algunos instantes de muda contemplacion, Rosas repuso con cierto acento compasivo.

—Quereis absolutamente volver al pasado? Es tiempo perdido, y os lo prevengo, sin desventajas por mi parte. En fin, si tal es vuestro desco, sea!

—Tomando entonces un tono estremadamente seco, el gobernador continuó.

—Son tres procesos distintos; veamoslos uno despues de otro; pronto estaremos de acuerdo.

## CAPITULO XXV. Confrontaciones.

—Principiemos desde luego, por el mas sério de los tres, el del asesinato

D. Juan Manuel prosiguió hojeando el *memorandum* del Ministro.

—La victima se llama Gitano Etchevarria, vasco francés, de 24 años de edad....

—Veinteun años! interrumpió Lorenzo con fuerza.

—Teneis razon, veinteun años, me equivocaba.

Rosas continuó leyendo:

—Decapitado en los desórdenes de la última jornada.

—Decapitado.... en los desórdenes.... murmuró el gobernador abandonando el papel, muy pronto está dicho. Cualquiera puede asegurar otro tanto. Se necesitan pruebas, indicios, algo en fin mas serio que una vaga afirmacion. Hé aquí el asesinato; donde está el asesino?

—Aqui, dijo con calma el caballero.

—Aqui!!

Y cada uno se miró asombrado.

—En Palermo? preguntó Rosas.

—No he dicho en Palermo, he dicho aqui, repitió el Sr. de Figueroa, señalando con el dedo á la reunion.

El dictador hizo un ligero movimiento hácia atras y con tono alegre:

—Vamos! señores, esclamó, busquemos. Nos hallamos aqui diez personas sino me equivoco. Cual de las diez es?

El ex-espia reconcentró interiormente todas sus fuerzas para dar á su respuesta el sello de una perfecta indiferencia y murmuró con la punta de los labios:

—Vos.

—Quién? preguntó vivamente Rosas como quien no oye.

Los demas personajes que tampoco habian oido, se aprontaron á hacerlo moviendo las cabezas con la precision simultanea de un peloton que se adiestra en el egercicio.

—Vos!

No bien habia articulado esta palabra, cuando Lorenzo Etchevarria, levantándose de su asiento como un espectro, miró fijamente al dictador, y midiendo la distancia se arrojó repentinamente hácia adelante. Pero Nelly habia hecho otro tanto por su parte, de suerte que el vasco y la pantera se encontraron.

Una violenta imprecacion dirigida por Rosas al animal, que furioso y ahullando clavaba ya sus garras en el pecho de Lorenzo, le hizo dirigirse hácia su amo dando un sordo gruñido.

—A la prision gritó este.

Y cogiendo á Nelly por una oreja, exasperado el dictador la arrastró fuera de la habitacion y se oyeron los chicotazos del amo, castigando la intempestiva intervencion del animal, en medio de blasfemias y reproches por una parte y de ahullidos lamentables por otra.

El ministro y el almirante aprovecharon la desaparicion de D. Juan Manuel para salir por la puerta opuesta, llevándose consigo al vasco que despues de haberse resistido algunos instantes, concluyó por ceder á esta observacion hecha calorosamente á su oido por el Sr. de Mackau.

—Y vuestra palabra parisiense! pensad en ella! Qué vais á hacer? Venid.

El tumulto ocasionado por este incidente asustó á Manuelita que tambien salió.

—Picara! murmuró Rosa, apareciendo nuevamente en la sala, rojo de cólera y echando espuma, casi fuera de sí; haber hecho creer á estos señores, que yo quería intimidarlos y que contaba con sus garras para defenderme! Bella reputacion voy á tener! Voy á pasar por un salvaje, gracias á esta bribona!... Miserable!

Y en un segundo acceso de ira, D. Juan Manuel salió nuevamente á repetir la correccion sobre los lomos de la pantera; pero esta vez los gritos del animal se mezclaron con gruñidos precursores de la reaccion del instinto contra la docilidad. Ese lujo inmoderado de castigo arrancó á la paciente un movimiento de rábia y el diente se hizo sentir. Rosas dió un grito agudo Cuitiño y Corvalan volaron en su auxilio.

La asamblea se halló reducida asi á los personajes siguientes: El cónsul americano el caballero de Figueroa y Justiniano; los tres permanecieron inmóviles en sus asientos, en medio del movimiento de desorden y de fuga que los habia rodeado.

Solo en el momento en que Lorenzo arrastrado por el almirante y el ministro iba á desaparecer, el caballero posando su brazo sobre el de Justiniano sentado á su lado, habia acompañado ese gesto con el nombre de Sir Edwards, lo que habia inducido al negro á no abandonar su puesto.

El trio, esperando la vuelta de Rosas, permaneció silencioso, sin dar la menor señal de emocion. Mr. Moore sobre todo parecia una estatua sentada.

Pasado un cuarto de hora el dueño de la pantera volvió con el brazo atado, acompañado de Corvalan y de Cuitiño.

La sorpresa del dictador fué extrema no viendo al Sr. de Mackau ni al ministro ni á Lorenzo. Se sentó é indicó á Mr. Moore que podia hablar.

—Su Exelencia esta herido? preguntó cortesmente el consul.

—No es nada, respondió sonriendo Rosas... una caricia de Nelly.

—De suerte que, podemos continuar?

—Ciertamente.

—Mirad, es precisamente la hora en que deben llegar mis gentes, quiero decir mis reclamantes y mis testigos refugiados abordo del *Baltimore*. Son las tres menos cuarto y deben haber llegado á la ante cámara. Tendria á bien su Exelencia dar sus órdenes para que sean introducidos?

—Vuestras gentes son exactas, observó Rosas, ordenando la introduccion de los recién venidos.

—Como mis buques. Cada uno á su turno.

Un instante despues, la puerta se abrió y el clásico maestro de ceremonias, gritó con voz fuerte:

—Sir Joaquin Cramer, director del Liceo de la Minerva, súbdito norte americano; Sir Edwards Tenessy, bachiller, idem.

—Sir Edwards!!

El jóven yankee, acompañado de sus dos pequeños sobrinos y de Mr. Cramer, se encontró bien pronto, despues de haber saludado á Rosas, en presencia del caballero que acababa de arrojar esta exclamacion, Elena se estremeció de piés á cabeza: habia reconocido á su antiguo amante.

Su emocion sin embargo desapareció, para hacer lugar á otra mas viva aun, pero de diferente naturaleza. Habiendo mirado al negro, cual no seria su sorpresa, su espanto, su turbacion? al ver á Justiniano, Justiniano el fusilado, Justiniano el muerto!

A este aspecto, el jóven bachiller, presa de un terror sobrenatural, pasó la mano por sus ojos, como para alejar de su imaginacion la terrible escena que habia pasado en el número catorce; pero su memoria perfectamente fiel, le decia muy bien que no era un sueño. Entonces, en medio de una estraña perplejidad, miró fijamente al fantasma, ó mas bien á los dos fantasmas, porque la aparicion simultanea del caballero á quien creia en Madrid y la del negro á quien creia en la tumba, le parecia efecto de una alucinacion.

El bachiller se sentó y continuó clavando su vista ya á uno ya al otro, cuando de repente los dos niños, corriendo hácia su antiguo sirviente cambiaron con él caricias cuya sencilla familiaridad eran no solo del mundo de los vivos, sino de los vivos alegres y de buen humor.

—Como han crecido! dijo el caballero acariciando á su vez á los dos chicos.

Una doble claridad se hizo en el interior de Sir Edwards, reflejando en sus facciones, iluminadas por la emocion de los recuerdos. El timbre de voz del Sr., de Figueroa, las sonrisas de amistad de Justiniano, los besos que el negro y el caballero pare-

cian disputarse sobre las mejillas de Emilio y de Clementina, todo hizo subir al corazon de la duquesa, lo mismo que á su cerebro, la impresion fuerte, neta, indubitable de una realidad

—Armando!... Justiniano!... exclamó con voz trémula.

El caballero, ligero como el siervo que acude alegremente al llamado de su compañera, abandonó su asiento y se halló delante de la duquesa, besando en un largo y silencioso transporte una frente pura y sombreada de rizos, como la de una madona de Rafael. Justiniano no menos alerta, esperó algunos instantes con la mirada ardiente, el corazon despedazado, que el caballero hubiese concluido su amoroso homenaje. Este minuto, este relámpago de sufrimiento fué cruel para él. Se arrojó en seguida á los pies del bachiller y aplicó sus labios, á la mano que le fué presentada.

—En realidad es un sueño! exclamó el jóven yankee riendo.

—Que os sucede señorito? preguntó Rosas con el mismo tono.

—Oh! una cosa estraordinaria, un milagro....

—Que cosa?

—La resurreccion de mi negro.

—Este hombre? dijo D. Juan Manuel señalando á Justiniano.

—El mismo.

El dictador pareció absorverse un momento en sus reflexiones, despues dirigiéndose á Mr. Moore:

—Y bien! señor cónsul, continuamos nuestro famoso proceso?

—Porque no Exelencia?

—Porque no.... porque no.... es que vale mas abandonar un proceso ridículo que seguirlo. Oh! tranquilizaos, mi epíteto será plenamente justificado por los detalles del negocio si entramos en ellos. Para principiar, hé aquí un individuo que figura como asesinado en la reclamacion, como asesinado, lo ois? y que se halla aqui, delante de nosotros, sano y bueno.

—Su Exelencia olvida que antes del reclamo de los Estados Unidos, hay el de la Francia, observó el caballero.

—Convenido, dijo Rosas. Esperamos á que vuelvan los reclamantes.... á menos que su señoria quiera encargarse del proceso.

—No hay dificultad para ello, respondió el Sr de Figueroa.

—Bien, os escucho caballero! el abogado suplicante tiene la palabra en ausencia de los titulares—ah! perdonad, helos aqui.

En efecto, el almirante y el ministro aparecieron en aquel momento, pero sin Lorenzo. El vasco habia sido enviado abordo de la *Arthémise* por precaucion.

Llegais muy á propósito señores, dijo el

governador frotandose las manos, porque habeis estado á pique de ser reemplazados en vuestras funciones por un personaje . . .

Rosas se detuvo y tomó un aire singularmente sardónico, al mismo tiempo que paseaba sobre el caballero su mirada de gato.

--Por un personaje, continuó D. Juan Manuel afectando una especie de salmodia lánguida y cómica, que para mí es muy estimable, muy recomendable, pero que para vosotros no ha de oler á santidad. . . . por un por un. . . .haced la señal de la cruz señores. . . . por un mas-horquero!

—Un mas-horquero!

Todos los asistentes, Sir Edwards sobre todo, se chocaron extraordinariamente de una impertinencia, que tomaban por una de esas chanzas groseras familiares al dictador.

Sin embargo, esta impresion dió lugar á un sentimiento bien diferente, cuando Rosas habiendo apelado al testimonio de Justiniano, este declaró que era la verdad.

Cuitiño acompañado de Corvalan, habia vuelto á la reunion. El jefe de los vigilantes, que se habia asegurado perfectamente de la identidad de la persona del Sr. de Figueroa con la del general en jefe, su rival y su enemigo, habia hablado al oido del dictador para hacerle participe de su propia certidumbre. No habia duda alguna ya: el espia, el general, el desertor estaba allí! el mismo que se habia atrevido á llamar al gobernador asesino de Gitano Etchevarria.

—Vamos moreno, insinuó D. Juan Manuel, dirigiéndose de nuevo á Justiniano, parece que la asamblea duda de vuestra afirmacion. Repetidla! Y vosotros señores dignaos dar mas crédito á la palabra de un resuscitado.

Despues de esta alusion irónica, Rosas preguntó al negro recalcando en cada sílaba:

—Es exacto que el señor es un mashorquero?

—Es exacto respondió tranquilamente el ex difunto.

Tres rostros, el del Sr. de Figueroa, el de Justiniano y el de sir Edwards espesaron cada uno una cosa diferente, pero igualmente enérgica: la amargura y la sorpresa el del caballero, los celos el del negro, la indignacion dolorosa el del bachiller.

—El señor continuó implacablemente Rosas, cuya alegria mal disfrazada igualaba á la de su interlocutor, se hallaba á la cabeza de la canalla en las últimas revueltas, particularmente en el ataque de la parte del hotel ocupada por vuestro amo?

—Se hallaba.

—Y sin embargo es el mismo hombre que se ha atrevido á hacerme delante de vosotros señores, no sé que absurda acusacion de asesinato. Acusador, principiad por jus-

tificaros! y otra vez tratad de ser mas circunspecto! Un ex-espia debia ser mas hábil añadió el gobernador, haciendo deslizar por entre sus dientes las palabras de la última frase, como una porcion de veneno vomitado por la vívora.

El caballero repuesto en el acto del sacudimiento que acababa de experimentar, presentó un rostro tranquilo, ligeramente melancólico, casi risueño. Miró á la duquesa que, dando vuelta la cara, no tardó en fijar sobre su antiguo amante sus ojos brillantes y tranquilos, que espesaban no la pena sino el disgusto. La Sra. del Monte Valeriano, con el gesto desdeñoso, la mirada altiva, parecia desafiarse el ascendiente, agotado para siempre, del hombre de quien habia huído, del seductor transformado en mashorquero y en espia, y la única preocupacion de la jóven viuda, ya que en Buenos Aires habia sido descubierta por su indigno amante, era buscar un asilo mas seguro, mas oculto.

Durante ese tiempo, Justiniano triunfando en su corazon del descredito moral del caballero, jugaba con Emilio y Clementina, y redoblando sus caricias a los niños, se esforzaba en atraer hácia sí el cariño de la madre.

El Sr. de Figueroa dueño ya de sí mismo, habló asi:

—He tenido el honor de acusar á su Exelencia como culpable de asesinato. Ahora, su Exelencia me acusa á su turno como mashorquero, espia, jefe de una banda, general de la canalla y otras gentilezas. Esas represalias son de buena guerra, las acepto y respondo á ellas. Si, he sido todo eso porque la conciencia, el honor, la religion, la justicia, todo me decia que era preciso un testigo para vengar un dia la sangre inocente. No hablo de la sangre derramada por vuestros agentes, sino de la derramada por vos Exelencia, por vuestra propia mano.

D. Juan Manuel miró hácia el techo como una persona á quien se le propone un enigma. No pudiendo alcanzar el verdadero sentido de la alusion de su acusador, paseó la vista por toda la sala como para interrogar sucesivamente á cada uno de los presentes.

—Comprendo caballero, comprendo. No contento con haber fabricado un asesinato, quereis ahora fabricar testigos.

—No he dicho testigos sino un testigo.

—Sea. Y lo sois vos?

—Exactamente. Y la honorable asamblea que me escucha, el tribunal que va á decidir, Exelencia, sobre el hecho criminal que os imputo y que tengo que hacer conocer, sabe porque me he resignado á ese rol repugnante de una de vuestras creaturas. Me atrevo á decirlo, entre vuestros jueces

aquí presentes, no hay uno q' no solo aplauda mi conducta, sino que la habria imitado en circunstancias imperiosas y solemnes en que una gran responsabilidad moral, un gran deber de reparacion imponia á mi orgullo las apariencias del vicio. Y que me importa si en el fondo habia virtud!

En ese momento la mirada del caballero se encontró con la de sir Edwards. La duquesa atenta é indecisa, acababa por primer vez de variar la posicion oblicua á que habia condenado su cabeza.

El Sr. de Figueroa colocándose al frente del dictador, repuso:

—Os acordais general Rosas de nuestra primer entrevista, aquí mismo, y del pobre peludo vasco á quien cortasteis la cabeza por via de entretenimiento?

El gobernador herido de un choque eléctrico vió brillar en su imaginacion, cual lívido relámpago, el recuerdo de la sangrienta escena completamente olvidada por él. Disimulando prontamente su emocion, hizo señá con la mano al caballero que continuase.

—Os acordais general Rosas, prosiguió este, de la observacion que os hice entonces apropósito de los ojos de la victima que abiertos os inspiraron un cierto terror expresado bajo la forma de una chanza? Quien sabe, me preguntasteis riendo, si esos ojos no me ven? Puede ser, os respondí. Pues bien, vuestro temor era fundado, general Rosas. En efecto, la victima veia á su asesino no con sus ojos, sino con los míos! con los que os miraron entonces, que no han cesado de seguirnos y que se fijan en este momento en los vuestros, para pedirnos cuenta del crimen en nombre de la humanidad. Otros que yo os la pedirán en nombre de la Francia!

El caballero estaba soberbio en aquel instante. Sir Edwards conmovido, contemplaba con interes al defensor de un desgraciado, al vengador de la justicia, mientras que Justiniano sentia despertarse en él una amarga decepcion. Los roles habian cambiado. Tocó entonces al Sr. de Figueroa acariciar sobre sus rodillas los hijos de la duquesa.

D. Juan Manuel escuchó con mucha sangre fria este terrible testimonio, despues de lo que dirigiendose al almirante y al ministro, les suplicó tuviesen á bien decir lo que pensaban acerca del testigo y de su relato.

Sin responder, ambos diplomáticos se levantaron visiblemente embarazados de tener que constituirse en tribunal en condiciones semejantes.

—No Señores, no, exclamó el gobernador. Dejaos estar! tengo que contestar. No quiero creais que retrocedo ante razones de conveniencia. Es necesario que el

asunto termine, cueste lo que costare. Tanto peor para los acusadores!

Y hojeando nuevamente, el memorandum firmado por los tres agentes, Rosas leyó la parte en que sir Edwards Tenessy afirmaba haber sido testigo ocular de la muerte violenta de su negro Justiniano.

—Justiniano, hélo aquí, observó el dictador. Uno de vuestros testigos asegura pues haber visto asesinar y morir un hombre que se halla vivo. Otro sostiene haber visto al general Rosas decapitar con su mano á un desgraciado francés. Son dos testimonios oculares, notadlo bien Señores; hay entre los dos solidaridad moral. Al uno, el de la muerte del negro, bien sabeis el caso que debe hacersele; juzgad del crédito que merece el otro.

Un coloquio animado en el que intervinieron sir Edwards, el caballero, el negro, los diplomáticos, el edecan Corvalan y el comandante Cuitiño siguió á esta argumentacion por analogia que acababa de establecer muy lógicamente la pobreza de la primera acusacion por la absurdidad evidente de la segunda. Justiniano no tenia sino explicar lo que le habia pasado en el corredor del número catorce, para justificar la sinceridad de su amo, pero el deseo de hacer pasar al caballero por un impostor, le impidió hablar.

—No consiste todo señores, añadió Rosas triunfante, en saber quien no es el asesino del infortunado Gitano. Es preciso saber quien es. Si vosotros teneis vuestros testigos, yo tengo los míos. Vais á oírlos.

El dictador llamó y se presentó un oficial de servicio.

—Haced venir á mi hija.

Manuelita apareció risueña, con los cabellos ondeando sobre sus blancas y desnudas espaldas, los dedos cubiertos de brillantes, el seno oprimido por un magnífico corpiño punzó del que flotaba un vestido de raso violeta, y se sentó en frente de su padre oliendo un ramo de camelias que llevaba en la mano.

—Señores, dijo este, os presento á mi bella generala de brigada. Habeis visto antes la amazona; ahora veis la cándida portaña que hablará con el corazon en la mano y la franqueza militar.

Cada uno de los asistentes se inclinó.

—Estos caballeros continuó Rosas, son curiosos; desean saber, adivinad que? lo que habeis visto aquí, en el último baile.

Manuelita se sonrió con gracia, dejando entrever así el nacar encantador de sus dientes. Silenciosa y algo sorprendida, tomó nuevamente el olor á sus camelias y no contestó.

Cualquiera que hubiese estudiado en ese momento el rostro del dictador, habria podido notar un movimiento creciente de do-

minacion, ó por decirlo así, de absorcion lenta y continua en su mirada, que no abandonaba la de su hija.

—Vamos, niña, que habeis visto?

La misma risa silenciosa.

—Comprendo, dijo D. Juan Manuel jugando con los cordones de oro de su pecho, jóvenes. . . . galanterias. . . . enamorados. Tranquilizaos, no os interpele sobre esas amables visiones. Somos demasiado galantes para tocar esos secretos de muger. Se os pregunta continuó adelantando la cabeza, lo que habeis notado en el baile, quiero decir al fin del baile, cuando al pasar por ese corredor, abristeis la puerta de esta habitacion. Buscad, pensad, reunid bien vuestros recuerdos.

—Ah!

Esta esclacion arrojada por la jóven coincidió con una súbita palidez que cubrió su rostro.

Con la mirada fija y extraviada llevó la mano á su cabeza y respondió con voz sorda:

—Si, ahora me acuerdo. . . . sangre . . . un cadáver. . . . un mar rojo. . . . espectros.

—Que mas?

—No, un cadáver no. . . . un tronco. . . . una cabeza.

—Muy bien. Nada mas?

—Sí, si, he visto un rostro de hombre manchado de sangre, un brazo desnudo que la tenia. . . suspendida. . . por los caballos, una boca que la sonreia.

—Nada mas muger?

—Si . . . he oido á este hombre cuyo pies caminaban sobre la sangre, cuyo rostro estaba cubierto de sangre, que tenia sangre en el brazo en la boca, en el pecho, en todas partes, hablar tranquilamente teniendo la cabeza, observar, chancarse, cumplimentar al artista que la habia pintado, al verdugo que la habia cortado y que era él, mismo! despues ofrecerse como espia, como degollador. Sí he oido, he visto eso.

Un movimiento febril se manifestó en la asamblea. Solo el caballero cubierto de una lívida palidez afectaba una desdeñosa indiferencia.

—Y sí ese hombre estuviese entre nosotros, le reconocerias Señorita? repuso imperturbablemente el gobernador, llevando su maniobra de la mirada, al mas alto grado de ascendiente y de energia.

Manuelita se turbó; en seguida, como vencida por una influencia mas fuerte que su voluntad, paseó lentamente su mirada por toda la reunion mudé bajo el peso de un presentimiento solemne.

Al ver al caballero, la jóven dió un grito.

Otro grito le respondió como un eco, del lado en que se hallaba sentado el bachiller.

—Y bien? señorita, aun no habeis respondido.

—Es él, dijo la jóven sofocada estendiendo el dedo índice, el, el!

—Horror! dejó oír una voz en medio de los murmullos que se cruzaron de todas partes. Era la de sir Edwards.

Los niños, asustados, habían abandonado las rodillas del caballero consternado, para refugiarse cerca de su madre. El corazon de Justiniano palpitó.

## CAPITULO XXVI.

### Pequeña revista.

La estraña peripecia que acababa de estallar sobre la cabeza del Sr. de Figueroa, y que alcanzaba tambien á otros personajes presentes, ocasionó un verdadero tumulto en la reunion. Mr. Moore mismo, apesar de su sangre fria sistemática se habia turbado al ver á su nacional, el jóven yankee sir Edwards Tenessy convencido de impostura, al menos en apariencia. quedaba sin embargo el asunto de cuaquero sir Samuel Wart y de miss Ana, y á este pensamiento recobró animo.

En cuanto á los dos agentes franceses se encontraban muy perplejos con de su naturalizado, agoviado bajo el peso de una acusacion semejante, y aunque el testimonio de Manuelita estuviese muy lejos de establecer la evidencia del delito, del conjunto de este singular y triste asunto, resultaba que su reclamo diplomático no solo no alcanzaba á Rosas, sino que los dejaba á ellos y á sus protegidos en una posicion moral asazequívoca. En una palabra, habian sido batidos.

Sin embargo, como sucede siempre en casos semejantes, el sentimiento de la dignidad nacional y del honor personal se despertó en el alma del ministro y en la del almirante, mas enerjico, más vivo, en razon del contraste que sufrían.

Pero un episodio que no esperaban, vino á poner á ruda prueba esas disposiciones de firmeza.

Durante la animacion de los coloquios, se vieron aparecer repentinamente en la puerta de la habitacion, uniformes de soldados. Un ruido de armas y de espuelas resonó y un destacamento de doce carabineros avanzó al medio de la sala.

Cada uno, sumamente conmovido, se levantó por instinto y se preparaba á salir. Con gesto afable y protector Rosas invitó á la reunion á dejarse estar. Despues, señalando al caballero:

—Apoderaos de ese hombre! dijo al gefe de la escolta.

—Nadie se apoderará delante de mí de un frances, interrumpió el vice almirante colocándose resueltamente entre el Sr. de Figueroa y el soldado.

—Que el señor sea frances, es posible, dijo Rosas con indiferencia desdeñosa. Pero que mi ex-espía es un cobarde y un traidor es cierto, muy cierto. En cuanto á los que protejen los traidores y los cobardes..

A estas palabras el Sr. de Mackau hizo un movimiento militar de cuerpo y de cabeza que anudó en la garganta del dictador el resto de la frase. Exesivamente altiva, la fisonomia de D. Juan Manuel, espresó la insolencia que su boca habia estado á pique de pronunciar. El rostro del vice almirante no era menos provocador.

—Dejad almirante, dejad! murmuró con dulzura el caballero.

En medio de la semi-confusion que siguió á esta escena, una conferencia en voz baja tenia lugar entre el Sr. de Martigny y Corvalan. El edecan despues de un corto cambio de palabras efusivas y de un apretón de manos con el ministro frances, vino á hablar aparte al gobernador, y al cabo de algunos momentos de conversacion secreta, los carabineros recibieron órden de salir. Despues de esto, se hizo una especie de reaccion de alegria entre el vice almirante y el dictador que se reconciliaron como buenos camaradas, riendo á la idea del espectáculo ridículo que sus belicosas personas habian estado á pique de dar.

El caballero arrastrado por el Sr. de Mackau y el ministro desapareció sumamente desmoralizado. En vano trató al salir, de encontrar la mirada de Sir Edwards, cuyo rostro espresaba, no la tristeza sino el orgullo indignado.

La asamblea, reducida al bachiller, al negro y al imperturbable Mr. Moore, abrió nuevamente la sesion bajo la presidencia del alegre dictador.

—Bien! exclamó familiarmente D. Juan Manuel, sin vosotros podemos siempre entendernos. Dejemos ir á esos barbaros; nosotros americanos, hablamos de nuestros asuntos en familia, en paz, tranquilamente como dos buenos amigos. Vuestro sir Edwards es un embustero, añadió Rosas riendo; no importa. Su negro, supuesto muerto, me ha divertido y seré indulgente. Indemnizo al negro y al blanco, al muerto, y al vivo. Fijad vos mismo la suma.

—Dejemos eso, interrumpió sir Jonatas Moore, y lleguemos pronto, porque el tiempo urge, al otro asunto, al de sir Samuel Warty su hija. Conoceis los detalles.

—Ah si! ya sé.

Y el dictador, abandonando su jovialidad, tomó un aire distraido y preocupado aunque no triste. Sus palabras se tornaron lentas y embarazadas. En medio de un silencio interrumpido de cuando en cuando por observaciones vagas, por alusiones tan pronto alegres como serias, D. Juan Manuel bebia un mate que algunos lacayos

venian á renovar unos tras otros á cada instante.

De repente sonó un cañonazo, cuyo estampido hizo temblar los vidrios de la habitacion, que asustó al dictador. No era salva, porque sabia por los partes del dia de sus edecanes, que no habia llegado ningun buque de guerra. No era de ninguna de sus baterias, porque no habia órden de hacer ejercicio de fuego. Que era entonces?

Mientras que D. Juan Manuel hacia para si esas reflexiones, sir Jonatas Moore habia sacado con flemma su reloj, y parecia esperar con aire completamente tranquilo, á que el gobernador le dirigiese la palabra. Pero Rosas continuaba preguntándose lo que significaba ese cañonazo.

—El segundo dentro de un cuarto de hora, Exelencia, observó el cónsul.

El gobernador se estremeció; el *Baltimore* y la bateria *Federacion* le vinieron á la imaginacion; habia olvidado completamente la amenaza del yankee.

Vivamente conmovido, ajitandose en su sillion, levantándose, sentándose de nuevo, no sabiendo en su confusion, que decir, ni que hacer, ni á donde ir, ni á donde quedarse, el dictador, como el toro del circo al que se le ha clavado una banderilla en el costado, se ajitó violentamente y principió á mujir.

—Que quiere decir?... estamos en guerra?... Cuidado señor consul!... maldicion!... hostilidades!... es inconcebible... es imposible!...

Rosas se paseaba á grandes pasos exhalando así sus terrores, cuando la puerta abriéndose con violencia, dió paso á un oficial superior, que cubierto de sudor, las facciones transtornadas, entró al salon y se acercó al gobernador á quien habló convulsivamente al oido. Ese personage, que habia entrado así contra la etiqueta, en las barbas del maestro de ceremonias estupefacto, llevaba látigo y espuelas. Era el comandante de la *Federacion* que al inesperado ataque de una parte de los buques de la rada, habia ido de carrera á Palermo, á fin de dar cuenta á su Exelencia de un hecho tan anormal.

Mientras que el oficial superior y Rosas tan asustado uno como otro, cambiaban instrucciones en voz baja, Mr. Moore, siempre imperturbable, habia pedido un mate á un lacayo y el yankee por primer vez en su vida, se entretenia con la bombilla.

En cuanto á Sir Edwards, un tanto inquieto de la sangre fria de su consul en presencia de la siniestra turbacion del dictador, cubria instintivamente con sus brazos á Emilio y Clementina, como si temiese algun desenlace trágico. Justiniano con la vista fija en la jóven madre, seguia,

completamente extraño á lo que pasaba, erando en la region ideal de las ilusiones.

La tempestad que parecia indicar la actitud del dictador, se disipó sin embargo. Rosas despidió al comandante de la *Federacion* y se sentó cerca del impasible Moore, ocupado siempre con el mate. Su Excelencia se acarició la barba un instante y dijo con sonrisa familiar.

—No es nada tío Moore, ó casi nada, mucho menos de lo que yo creia. El *Baltimore* solo ha saludado con pólvora, aunque de una manera alarmante para un comandante que no estaba prevenido. Pero, al fin, no hay averias, ni muertos, ni heridos. Bah! un poco de miedo puede perdonarse.

—Gracias por vuestro perdon. Excelencia, respondió el yankee. Pero cuidado con el cuarto de hora. El tiempo pasa. El primer saludo ha sido con pólvora, el segundo será á bala, os lo prevengo

Rosas finjió no oír esta última frase. Sin decir una palabra, se levantó cantando entre dientes, pasó á su mesa de trabajo y escribió algunas líneas. En seguida, doblando el papelen dos, vino á sentarse en su sillón y con el papel en la punta de los dedos repuso con énfasis solemne.

—Sr. Cónsul, el restablecimiento del órden en el seno de la Capital, me saca felizmente de la posicion delicada y penosa para mi, en que el aspecto de los peligros de la anarquia me habia colocado respecto de un honrado ciudadano de vuestra nacion. En movimientos como esos, no se hace siempre lo que tiempos regulares permiten hacer á una administracion tranquila y normal. Sir Samuel Wart á cuyas cualidades rindo homenaje, fué sorprendido por la canalla en circunstancias que han hecho necesarias para con él, las apariencias del rigor. Hoy que la demagogia estra legal está vencida y que triunfa la democracia sana y constitucional, me felicito de reparar la temeraria anomalía de que ha sido víctima. Mientras que dejo á la discrecion del Sr. Cónsul arreglar la indemnizacion de Sir Edwards, he aqui entretanto la órden de poner en libertad á Sir Samuel Wart.

El yankee tomó el papel de manos del dictador, lo leyó lentamente y respondió:

—Está bien! pero Mr. Wart no es el único prisionero. Me falta la libertad de su hija.

Rosas reflexionó nn instante y afectando acordarse de una cosa olvidada:

—Ah! mi querido cónsul, que distraccion!

Y tomando nuevamente la pluma, D Juan Manuel agregó al nombre del cuaquero, el de miss Ana.

—Ahora si, está en regla, dijo el yankee.

Y dirigiéndose al maestro de ceremonias que parado delante de la gran puerta parecia una caricatura de la estátua de la

Etiqueta, con su traje amarillo y punzó y sus brazos colgando:

—Hola! exclamó Mr. Moore, traed aquí á miss Ana sin tardanza!

La caricatura, á esta órden inusitada, avanzó hasta el medio de la sala, consultando con la mirada á Rosas, despues de lo que, habiendo recibido su muda leccion, volvió á la puerta sin dignarse responder al cónsul.

—Oyes bribon! repitió sir Jonatas con una enérgica inflexion de acento, exenta de cólera pero vibrante de firmeza, soy yo quien te habla.

La estatua se acercó nuevamente.

—En nombre de quien? preguntó el pobre introductor, que acababa de cambiar con Rosas un signo de inteligencia muy diferente del primero.

—En nombre del *Baltimore!* interrumpió el yankee con voz de trueno... de su Excelencia el Gobernador, añadió retractándose con graciosa sonrisa.

D. Juan Manuel, despues de un violento combate interior, traducido en signos visibles por una fisonomia tan pronto pálida como encendida, ratificó con un gesto imperioso la órden dada por Mr. Moore. El maestro de ceremonias se dirigió á la habitacion de la dama de honor.

Algunos minutos despues volvió acompañado de la bella miss Ana.

El dictador cambió con Mr. Moore, Sir Edwards y la hija del cuaquero, algunos cumplimientos mezclados de esplicaciones corteses y la sesion se levantó.

En la rada las cosas se arreglaron como en Palermo. El teniente de artilleria del *Baltimore* que no perdía de vista con su antejo el vija del Consulado, dió contra órden al artillero que cerca de su pieza, cargada esta vez á bala, esperaba con la mecha encendida.

El Sr. de Martigny y el vice almirante de Mackau, habian por su parte, dado órdenes para que la *Arthémise* dejase en paz la bateria *Federacion*. Cansados por lo demas de jugar un rol ingrato cerca de un personaje que no tenia nada de serio excepto sus maldades, y que se burlaba de todo y de todos, los dos diplomaticos, disgustados del triste desenlace de sus reclamaciones, dejaron á Rosas y se embarcaron para Montevideo.

Los demas personajes que hemos visto figurar en las peripecias precedentes, tomaron tambien una nueva direccion cada uno de ellos.

Ocasion es esta, querido lector, de hacer con nuestros heroes lo que hace con sus tropas en visperas de nuevas operaciones de guerra, un general despues de una campaña que ha dispersado, reducido y sembrado la confusion en sus filas. Pasaremos



pues revista á nuestros grandes y pequeños personajes á quienes hemos visto á la obra en este relato, verdadera mezcla de hombres y de cosas. Es un verdadero placer darse cuenta del lugar en que se halla cada combatiente, quiero decir contar de nuevo sus muertos y sus vivos a propósito de una de esas batallas de corazón que se llaman una novela.

Nuestra pérdida, es desde luego la terrible pesadilla del año 42, el terror; no pensemos mas en ello; nuestra heroína ha muerto felizmente, por algun tiempo al menos. Buen viaje! Ya es hora de respirar. Bastante tiempo hemos absorbido las exhalaciones de la sangre, oído los suspiros desgarradores de las víctimas, soportado los gritos impíos de los verdugos. De este infierno de la maldad humana, subamos como el Dante, á los Campos Eliseos donde nos esperan sensaciones morales mas agradables; y despues del asqueroso espectáculo del vicio y del crimen, gocemos un poco del cuadro de acciones generosas y de pasiones nobles. Si la perversidad vuelve á turbar nuestros placeres, habremos disfrutado al menos de un fresco intermedio de descanso, que seguirá á otro intermedio no menos delicioso y asi sucesivamente. El corazón ama esos contrastes; la curiosidad vive de alternativas.

Reina pues el órden en Buenos Aires; los ocho dias de matanza han pasado. Rosas está contento y su obra se ha consumado. Sus enemigos, muertos ó en fuga, no se encuentran allí para turbarlo en sus orgías. Su corte de Palermo está mas brillante y mas concurrida que nunca; los favores lueven sobre los cortesanos, bajo la forma de comandancias, de distinciones, de empleos lucrativos, de presentes de dinero, sacado del patrimonio de las víctimas, y en fin, de tierras, de esas tierras que fueron el premio de los degüellos y que el pueblo debía bautizar mas tarde con el imborrable apodo de: *Boletos de sangre*.

Los diplomaticos, al ver que la tormenta se ha disipado, hacen como los marinos, que despues de haber jurado mucho contra la tempestad, olvidan completamente su cólera de circunstancias, á los primeros indicios de buen tiempo. Solo el virtuoso Buchet de Martigny, reducido á la impotencia jime y sufre en su interior. Esta escepcion aparte, el mundo oficial, el Sr. de Mandeville sobre todo, cambia con el feliz y triunfante dictador, notas aduladoras, alterna sus visitas de Palermo á la casa de gobierno, brinda con Rosas en los banquetes, por el restablecimiento del órden, corteja á las bellas odaliscas federalas, y ofrece ramos de flores á Manuelita.

El Sr. de Figueroa, apesar de toda su habilidad, no habia conseguido lavar las

manchas de una conducta que parecia equívoca cuando menos. El amante de Elena, despreciado y perdido en la estimacion de su amada, dejó á Buenos Aires, con la muerte en el corazón, alimentando en el secreto de su despecho, sombrías esperanzas. La legacion le dió un pasaporte. Esta medida habia sido tomada de comun acuerdo con Rosas y los diplomáticos.

Lorenzo despues de haber pasado algunos dias abordo de la *Arthémise* eludiendo las pesquizas de los agentes de Rosas, se alejó tambien de la Capital, aplazando su venganza que desde entonces tendrá tiempo de preparar y madurar. Con que mano hará herir al dictador, puesto que le está prohibido hacerlo con la suya propia? Es esto lo que el vasco piensa olvidar en la vida de gaucho que va á abrazar.

En cuanto á Justiniano su situacion, cuyo secreto solo ha confiado á medias al viejo tio Job, será la de un millonario cuando haya desenterrado y embolsado las 30,000 onzas del quintero. El negro ha leído la famosa nota de este, y visto que el tesoro se hallaba oculto en un paraje de la provincia de Santa-Fé, determinado y designado con exactitud. Se transporta allí y á su vuelta ocupará nuevamente su puesto al lado de Elena á quien el cónsul americano ha asilado en su casa, en compañía de sir Samuel Wart y de miss Ana. La jóven duquesa, habiendo encontrado un protector respetable en Mr. Moore y en la hija del cuáquero una compañera de sexo, ha vuelto á vestirse de mujer.

Emilio y Clementina andan mañana y tarde, el camino del *Liceo de la Minerva*. Mr. Cramer que ha hecho reparar, con el dinero de la indemnizacion, el número catorce incendiado, se ha arreglado con el dueño del *Hotel de las Naciones* para agregar á su establecimiento este anexo, del que ha hecho un *colegio de señoritas* bajo la direccion de su mujer.

Tan triste como sus compañeros de maldad Badia y Troncoso, el famoso Cuitiño empieza sin embargo á resignarse. Ha estado á pique de reconocer en Justiniano al feliz heredero del fruto de su sangriento robo, pero las señas que ha podido obtener de ese negro, no tienen la menor analogia con las del pretendido resuscitado del número catorce.

Salomon, el fiel Salomon, reconciliado ya con el gefe de los vigilantes, combina con él y el redactor Mariño, un nuevo reglamento para su querida mashorca, floreciente y gloriosa al impulso de las recompensas venidas de Palermo.

Tenemos pues en Buenos Aires, viviendo en el consulado americano en el seno de una familia amable y simpática al bachiller sir Edwards transformado en una jóven viu-

da, rica aun de muchos millones, apesar de sus pérdidas, gracias al buen orden de la direccion de su mayordomo Justiniano y continuando en el silencio de su modestia, su sistema de inagotables limosnas, y en la provincia de Santa Fé ademas del negro, que á pretesto de arreglar un asunto con un corresponsal, se ha transportado allí con motivo del tesoro, otros tres personajes que se encontrarán con él, á saber, Lorenzo, el caballero y Angeluci.

Por una singular casualidad explicada facilmente por la corriente de circulacion humana que tiende sin cesar á subir y á bajar el Paraná, gran camino natural que se ofrece desde luego á los viajeros, el Sr. de Figueroa y el vasco, embarcado el uno en un vapor de guerra y el otro en un buque de cabotaje de la Boca, habian tomado la misma direccion.

Los tres pasajeros abordo de diferentes buques é impelidos por vientos mucho mas diferentes aun, si se considera el movíl secreto de cada uno de ellos, llegaron á la verde é inmensa playa de Santa Fé con pocos dias de diferencia.

Allí tambien se hallaba Angeluci. El noble argentino, engañado en sus esperanzas por la dispersion de los últimos restos del ejército del general Paz, no ha podido realizar su sueño generoso: vencer ó morir. Completamente desanimado, no pudiendo volver á Buenos Aires, ni decidirse tampoco á un segundo destierro, esperaba en las riberas del Paraná, en el fondo de un rancho hospitalario, la inspiracion de los acontecimientos y los consejos del porvenir.

## CAPITULO XXVII.

### Cinco años despues.

En una de esas risueñas islas que surgen como un ramo de flores y de verdura del seno del rio Paraná, varios trabajadores armados de hachas y entonando aires del pais, se ocupaban en cortar leña en el año de gracia ó mas bien desgracia de 1847.

Sucedía esto en verano, al concluirse uno de esos largos dias de calor, templado felizmente por el soplo de las brisas que pasan sobre la cabellera del bosque, refrescando con sus caricias, la frente bañada de sudor de los pobres leñadores.

Entre estos figuraba Frantz, el marmiton del *Hotel de las Naciones* y amigo de Lorenzo. Se hallaba allí tambien el atleta y alegre Nicolas, que habia creído conveniente abandonar á Buenos Aires con otros camaradas, para venir á probar fortuna con su trabajo agricola á las provincias.

Todos esos peones pertenecian á la estancia de San José de Entrerios y se hallaban al servicio de D. Justo José de Urquiza, general de Rosas retirado entonces á sus tierras y feudal de aquellos parajes. El

dictador habia regalado á su querido teniente, dueño ya de inmensos campos, algunas de las mas fértiles de esas islas, y el nuevo propietario deseoso de principiar su explotacion, habia enviado una parte de sus servidores á desmontar una de ellas.

En medio de esos peones que trabajaban cantando, uno solo triste y pensativo, verdadero contraste con la actualidad general, permanecia un tanto separado, ya con los brazos cruzados, ya apoyados en la pala. Eran las seis de la tarde y no habia formado aun un solo haz de leña. Era Angeluci.

Angeluci, retirado, como hemos visto al fin del capitulo anterior, á un rancho de la provincia de Santa Fé, habia sido víctima de una de esas tunciones tan frecuentes en aquellos tiempos de persecucion y de espionage. Denunciado á Rosas por su huesped, vendido por dos mil pesos, prima oficial ofrecida á la avidez de cualquiera que no tuviese un corazon capaz de guardar el secreto del asilo de los proscritos, se habia visto bajo la sanguinaria sevicia del dictador. Pero D. Juan Manuel deseoso de mostrar que la dictadura entraba en la via de la moderacion, no quiso fusilarlo, limitándose á enviar á su víctima como prisionero de guerra, á disposicion de su querido general. Este, imaginando un suplicio tan nuevo como humillante, condenó al jóven porteño á una verdadera condicion de esclavo en sus dominios.

Allí se hallaba pues con los peones libres, el condenado de Rosas y el siervo de Urquiza!

Se hallaba allí, como es de suponer, bajo vigilancia y esta era la del mayordomo de Urquiza, capataz para los demas, carcelero para el solo. Ese carcelero capataz, era Lorenzo quien en ese momento se habia separado de sus gentes para ir á inspeccionar otro trabajo á poca distancia.

No tardaremos en conocer los motivos que han decidido al jóven vasco, al hermano de Gitano Etchevaria decapitado por Rosas, á servir al amigo intimo del asesino.

— La alegria de esos miserables me irrita! Su silencio me indigna! murmuró en un acceso de rabia concentrada.

En seguida se sentó al pié de un árbol abismándose en sus reflexiones.

— Por San Nicolas, mi patron! dijo el atleta enjugándose la frente, y juntando el último haz, he aquí un famoso trabajo! admirad esta montaña artisticamente apilada, camaradas!

— Preferimos admirar tu voz! observó un peon.

— No, amigos míos, es demasiado cantar. Hago solos muy agradables, si quereis, y vosotros coros magníficos, pero todo eso no adelanta el trabajo. Cuidado con el chico de D. Lorenzo!

—El chicote! ah! por ejemplo! exclamó á un mismo tiempo el grupo atónito.

—Me chancoo ... me chancoo.... se apresuró á añadir Nicolas riendo. El chicote se ha hecho para los esclavos.

Angeluci á cuyo oído acababa de llegar esta palabra, dió vuelta bruscamente la cabeza. Pero creyendo haberse engañado, volvió á caer en el acto en sus solitarias meditaciones, sin prestar atención á la conversacion del grupo.

—Recapitulemos, dijo Nicolas. Cuantos haces hemos hecho cada uno? Dos docenas, no es eso?

—Es de ordenanza, observo Frantz.

—Sin duda; pero entonces porque has hecho tu solo cuatro docenas?

—Cuatro docenas! gritaron por todas partes, con acento de sorpresa y admiracion.

—Tienes acaso dos pares de brazos?

—No, respondió Frantz, no... uno solo, amigos míos, pero tengo que confiaros una cosa añadió, dirigiendo una misteriosa mirada hácia donde se hallaba Angeluci.

Todos los grupos formaron circulo en derredor del narrador, quien les hizo saber en voz baja, que D. Lorenzo habia recibido orden de azotar al esclavo, si persistia en no querer trabajar.

—Y será bien hecho, observó un pcon, cuando se hubo concluido la confidencia.

—Haces mal Frantz, en fomentar asi la pereza, añadió otro.

—Vamos! vamos! interrumpió Nicolas, Frantz tiene razon. Es preciso tener siempre buen corazon y hacer un servicio cuando sea posible. Yo tambien quiero trabajar para el pobre esclavo.

—Y yo tambien, repitió cada uno de los leñadores, impulsados por ese instinto jeneroso, tan pronto á despertarse en el corazon del pueblo.

—Muy bien, hijos míos, muy bien! Adelante las carretas!

Y Nicolas, colocándose en el pértigo entre los dos primeros bueyes, guió la carreta para ir á completar la carga un poco mas lejos, alzando en ella á sus camaradas que reclinados ó acostados sobre la leña, se pusieron á cantar en coro.

Ni durante los preparativos de ese cambio de lugar, ni en el momento de la partida, los peones habian dirijido la palabra á Angeluci, cuya taciturnidad sistemática conocian.

—Al fin me dejan solo! exclamó el porteño sacando del bolsillo una pistola que preparó con prontitud. Aprovechemos este momento, porque el capataz no debe estar lejos. Oh! patria mia! adios para siempre! Madre patria, recibe la última sonrisa de tu hijo desgraciado, aunque no tanto como tú! Qué felicidad morir pensando en tí!

Al concluir estas palabras pronunciadas en una dulce y celeste exaltacion, Angeluci llevó á la boca el cañon de la pistola.... cuando se apoderó de él un vértigo extraordinario. Una luz interior, semejante á un gran relámpago en medio de una noche tenebrosa, alumbró su cérebro, y transformándose en claridades mas armoniosas, sino mas vivas, descendió á su corazon inundándole de una iluminacion general y repentina, como un templo espléndidamente iluminado.

A esta vision vertiginosa, se mezclaron bien pronto suspiros inefables, prolongadas melodias, cantos de serafines, coros de angeles, vagos aromas de esencias y de perfumes, y todo el cortejo de encantos que hacen de una iglesia, en un dia de gran solemnidad, una sucursal del paraíso.

La ilusion fué tal, que el jóven porteño, se preguntó asombrado si no habia pasado al otro mundo; y al oír esas armonias ideales, al respirar esas balsámicas emanaciones, al ver pasar en los vapores del incienso, al dorado reflejo de mil soles, al traves del brillante enrejado de un éter puro y diamantino, esas cabelleras de angeles, esas castas y seductoras formas de sílfides, esas púdicas sonrisas de mugeres y vírgenos, dudó realmente si vivia ó si su alma se encontraba transportada al cielo.

Cielo cristiano ó turco? Es esto lo que le es imposible definir, pues las muelles apariciones flotaban en medio de armonias de formas, de colores, de esencias y de emanaciones musicales con todas las apariencias de realidad; habia en su paso y en su contacto tanta pureza y voluptuosidad á la vez, que le era difícil distinguir entre ellas las santos de la celeste Jerusalem, de las huris de Mahoma. Todo lo que sabia era que experimentaba una sensacion inesplicable de bien estar.

Entre el bosque de cabelleras que como un velo de pudor y de gracia, entrelazaban sus ondeados bucles sobre los divinos cuerpos de las beldades aereas, mariposas de ese jardin de delicias, Angeluci notó una cuyo matiz aunque indeciso fijó su atencion. Esta cabellera con la que no podrian compararse los mas finos tisús de seda ó de terciopelo, se agitó impelida por la brisa, y la mano de la hada, ó del angel, ó de la huri á que pertenecia, la recogió ruborizandose, con gesto vivo é infantil, para cubrir sus virginales atractivos. Pero, satisfecho apenas ese primer instinto de un pudor santo, un segundo movimiento de la mano echó los caballos hácia atras y á los lados de la frente como hojas de álamo inclinadas y levantadas por el pampero, dejando al descubierto la parte superior de un seno esquisito de suaves contornos, un rostro risueño, inteligente, adornado por una boca de coral,

una nariz andaluza finamente dibujada y por dos pupilas relucientes cuyos magnéticos destellos tenían algo de fulminante.

Angeluci dió un grito: El paisaje había cambiado; se hallaba en España; reconoció á su desconocida, su aparición de ahora seis años, la mujer cuya imájen le había hecho vivir tanto tiempo en los éxtasis platónicos del recuerdo. Era ella, sus mismas facciones, su misma sonrisa y sobre todo sus mismos ojos. Allí estaba el Guadalquivir y sus jazmines. Pero qué veo? qué siento? oh! Dios mio!

La aparición acababa de dar á su mirada, hasta entonces inteligente, pero si puede decirse así, de una inteligencia general, esa expresión incisiva, ese rayo penetrante que se traduce por estas palabras: Te conozco!

En seguida, por un fenómeno deslumbrador mas que los otros en esas obras sucesivas creadas por el trabajo de un cerebro enfermo, esa mirada cambió de expresión y dijo claramente: yo te amo!

Angeluci se dejó caer al pié del árbol, agobiado con el peso de la emoción. Un estremecimiento de admiración y de alegría circuló por todo su cuerpo. Derrepente se despierta y se siente tocado por una mano, no de España ni del cielo de los amores, sino de las islas del Paraná. La alucinación había desaparecido; la horrible realidad volvía. Era su carcelero, su mala sombra: era Lorenzo!

El capataz viendo á su esclavo tendido inmóvil y una pistola en el suelo, creyó desde luego que Angeluci se había suicidado. Sin embargo no había oído detonación alguna, sino algunos gritos apenas articulados y acudió apoderándose en el acto de la pistola.

Angeluci que había recobrado el sentimiento de la actualidad en toda su lucidez y energía, experimentó un acceso de rabia y de vergüenza al pensar en la ilusión que le había impedido darse la muerte.

—Que cobarde soy! murmuró.

Y estiró la mano.

Pero cuando se convenció que le faltaba su arma, se levantó como un león y de pié frente á Lorenzo le dijo con voz terrible:

—Eres tu quien tiene mi pistola?

—Si.

—Volvedmela!

—No.

Ambas respuestas habían sido dadas con mucha dulzura.

A esta negativa, la amargura de la decepción subió al corazón de Angeluci. Desesperado, agresivo, amenazador, repitió su mandato al vasco que, con gesto lleno de suavidad, se contentó con rechazar dulcemente al porteño.

Derrepente este, con las manos crispadas

por una fuerza extraña, irresistible, bajo el resorte de energía moral que movía sus musculos, tomó por el brazo al capataz, que asustado, pidió auxilio. Era la primer vez en los cuatro meses que hacia se hallaba encargado de la vigilancia del esclavo, que era objeto de un ataque semejante. Lejos de haber mostrado violencia ni exaltación, Angeluci había por el contrario, guardado siempre mucha calma. Una profunda melancolía, una taciturnidad sombría y continua, á prueba de todas las provocaciones ya de amistad de parte de sus camaradas, ya de confianza de parte de su carcelero, era todo lo que el vasco había descubierto en él. Así es que apesar de las recomendaciones del patron, jamás le ponía grillos, haciendo creer al general que cumplía sus instrucciones á este respecto. Por otra parte Urquíza sabía que podía fiarse en la responsabilidad de su guardian.

La sorpresa de Lorenzo fué pues estrema al verse atacado de ese modo. Por nada en el mundo habría entregado la pistola.

—Nicolas! Nicolas!, gritó resistiendo como podía á la fuerza que le hacia Angeluci.

Los coros de los leñadores que no habían cesado de resonar en los alrededores, callaron, y un instante despues apareció el atleta seguido muy de cerca por otros peones.

Muchos minutos habían ya transcurrido y en esta lucha desigual empeñada entre el vigor muscular del vasco y la desesperación sobre humana de un furioso, la victoria fué del porteño. Delicado por temperamento, debilitado por sus largos sufrimientos, Angeluci tenía en aquel momento una fuerza milagrosa. La muerte le había sido arrebatada, la muerte, su tesoro, su querida, su única adorada, en el instante en que iba á estrecharla entre sus brazos. Con que valor la disputa! con cuanta voluptuosidad la conquistó!

Dueño otra vez de su pistola, Angeluci dirigió el arma á la cara y apretó el gatillo en el instante mismo en que Nicolas llegaba al grupo de los combatientes.

El tiro salió, pero la bala se desvió rozando las sienas del Porteño.

Este fué desarmado por el atleta que poniéndole tranquilamente la mano sobre la espalda, le obligó á ceder bajo el peso de esta compresión de hierro, mientras que Lorenzo ocultaba la pistola bajo su poncho.

—Ladron! murmuró Angeluci vencido, dirigiendo al vasco una mirada despreciativa.

—Ladron? no amigo, aqui teneis la prueba.

—Que distancia hay de aqui al rio, añadió el vasco, hablando al atleta.

—Como trescientas varas.

—Te animarias á salvarla, arrojando esta pistola al agua?

—Veamos, dijo Nicolas.

Y el atleta haciendo con su brazo derecho una evolucion preparatoria, arrojó con todas sus fuerzas el arma en direccion al rio, en el que los ojos de los peones que la seguian con atencion, la vieron caer, despues de haber descrito en los aires una curva gigantesca.

Entretanto, Lorenzo habia engrillado los pies de Angeluci, y registrando sus bolsillos, acababa de despojarlo de algunos cartuchos que tenia en ellos.

El jóven porteño viendose por primer vez privado de la libertad de locomocion y tratado como prisionero sospechoso, espermentó un violento acceso de cólera que se tradujo por una segunda tentativa de lucha desesperada. Pero Nicolas no tuvo ciertamente mucho trabajo en sujetarlo nuevamente. Agoviado de fatiga y de dolor, Angeluci se resignó á la inmovilidad, sin decir una palabra, sin mirar á nadie.

—Y bien, que haceis vosotros aquí contemplándonos como unos papamoscas? á trabajar haraganos!

Al decir estas palabras, seguidas inmediatamente de la desaparicion de los peones, el vasco hizo una seña á Nicolas invitándolo amistosamente á retirarse tambien.

El capataz, una vez solo con el esclavo, se acercó á este, se sentó á su lado sobre el cesped al pié del árbol, y le contempló un rato con una viva preocupacion mezclada de un cariñoso interes.

Angeluci se hallaba con la cara vuelta hácia el lado opuesto. Vestido con una blusa sucia y un mal pantalon, el porteño permanecia recostado sobre el brazo izquierdo con la mano entre su desordenada cabellera, los ojos fijos, el rostro pálido, el aire profundamente reflexivo.

A su lado, el vasco no se hallaba menos meditabundo.

—Amigo! dijo, tocando ligeramente la espalda de su vecino.

Angeluci no respondió.

Dos ó tres amistosas interpelaciones mas, fueron igualmente infructuosas, lo que decidió al vasco á sentarse al otro lado de modo que le viese el porteño; pero este, visiblemente importunado, se contentó con dar vuelta la cabeza y apoyarse sobre el brazo derecho.

Lorenzo resignado, pero no desconcertado, se levantó y se retiró diciéndose en su interior: volveré.

Asi que Angeluci se vió solo, se levantó con prontitud, y arrojando hácia el lado del rio, una mirada ardiente, pareció medir la distancia que le separaba de las ondas del Paraná, cuyo murmullo vago y lejano se hacia oír.

—Pobre pistola! has encontrado allí tu tumba, murmuró con melancolia. Me has

trazado el camino, yo tambien iré á sepultarme á tu lado. Han creido, estúpidos! ahogar para mi la muerte; pues bien! la seguiré y la abrazaré hasta en el fondo del abismo.

Entonces el porteño, espiondo á su alrededor, trató de arrastrarse en direccion al rio, pero algunas voces de leñadores, entre otras la de Nicolas y la de Frantz le detuvieron. Comprendiendo por otra parte, la puerilidad de un esfuerzo semejante en la posicion fisica en que se encontraba, aplazó la ejecucion de su proyecto hasta el momento en que esta hubiese cambiado. Recordó vagamente las palabras de amistad que acababa de dirigirle el capataz y sin darse cuenta de los motivos, de un paso semejante de parte de su carcelero, resolvió aprovechar su aparente buena voluntad y oponer hipocresia á la hipocresia.

Con este pensamiento Angeluci venciendo por primer vez en su vida, su repugnancia innata al disimulo, arregló de antemano la sourisa y el aire expansivo de un camarada. Esperó la vuelta de Lorenzo pero este no parecia.

Las sombras de la noche pasando sobre el fluido aereo dorado por los rayos oblicuos del sol, comenzaban ya á velar lo transparente de la atmósfera. El divino paisaje de una tarde de verano se transformaba poco á poco en un cuadro indeciso en que los objetos no se veian mas que al traves del prisma dudoso de una semi oscuridad. El hombre perdido en esas soledades en que la naturaleza ha prodigado sus resplandecientes gracias y sembrado sus terrores misteriosos, esperimenta un sentimiento indefinible de espanto al principiar esas tinieblas que coinciden con ciertas condiciones metereológicas, como las que se presentaban en ese momento. De la atmosfera cruzada por fuegos fósforicos, parecia escaparse suspiros lamentables. Eran los murmullos del Rio Paraná en cuyas margenes flotaban vapores color plomo. El grito de la serpiente se oia al traves de esos vagos gemidos del gigante de las aguas, visitado por los espectros nocturnos, mientras que el cardenal posado en su nido hecho por el mismo en un ombú, callaba asustado del paseo amenazador de los reptiles errantes por el cielo á su alrededor.

Angeluci acariciando siempre la idea del suicidio, se abandonaba á esta aguda melancolia de los recuerdos que evocaba en ese momento, lejos de rechazarlos.

—Ella no sabrá jamás, decia, meneando la cabeza, que este corazon palpité por ella. Nadie le dirá ese desgraciado no existe! . . . Ya llega la noche, noche querida, noche eterna, que para mi no debia ser seguida de la luz del dia. Que importa! Qué importa! que importa si estoy conde-

ñado á no ver la sonrisa de su boca y el fuego de sus ojos

En seguida, confundiendo en una misma y suprema reflexion los dolores del patriotismo y los del amor.

—Que importa! añadió, si debo errar eternamente sin patria! A quien le importará mi vida? quien se interesa en mi? Y yo? que puede interesarme? Sin patria!... oh! esta idea levanta en mi alma una tempestad de rabia y de desesperacion!

Y volviendo á sentimientos mas dulces, Angeluci continuaba:

—Pobre Buenos Aires! Eres algo mas que una tierra esteril? Mas que un cadáver de ciudad? Puede ser. El cielo al hacerme nacer en tu seno, fué estremadamente bondadoso con migo, y me parece imposible madre mia, que esta bondad divina no haya sido mas que una traicion, un lazo horroroso tendido á mi aidente fé en tus destinos sublimes! No, no, vives todavia para consuelo y orgullo de tus hijos! Vives y viviras oh Buenos Aires! me lo asegura este corazon que palpita por ti de esperanza de orgullo!... este corazon que anima y sostiene otra esperanza, otra fé, otro amor. Insensato! todavia sueñas! Calla miserable y cesa de forjarte ilusiones!

El jóven porteño abismado en sus pesares, se dejó caer con la cabeza apoyada en el brazo.

La noche habia cerrado completamente á su alrededor.

En medio de esta opresion de tristeza causada por la naturaleza exterior, Angeluci habia cerrado ya los ojos, cuando Lorenzo vino á quitarle momentáneamente sus hierros y llevarlo al rancho.

Allí, el porteño durmió un sueño profundo y reparador.

## CAPITULO XXVIII.

### Confidencias.

Al dia siguiente al rayar el dia, todos los peones volvieron al trabajo.

Un sol alegre tardó poco en iluminar la cabellera de los árboles; en lugar del silbido de los reptiles, se oian las vivas melodias de los pájaros del bosque, y el cardenal, abandonando gozoso su nido, fué á buscar con toda seguridad el alimento necesario á sus hijuelos. La flor del aire, la bibi, la caaracusu y otras fiores silvestres, bañadas de rocío, figuraban al reflejo del sol naciente, las unas diademas de esmeraldas y de rubies, las otras brazaletes y collares de perlas. El mirlo y el jilguero jugueteaban en medio de esos adornos de la madrugada, como los pensamientos de felicidad que halagan el oido de una jóven en su toilette matinal.

El esclavo, contra la costumbre de todos los dias, se habia quedado en la casa. La fatiga y los sacudimientos de la víspera habian prolongado su sueño hasta que los peones volvieron al rancho á almorzar.

Mientras que Angeluci, por la tolerancia de Lorenzo, dormia todavia en un rincon de la casita, los leñadores, con un apetito excitado ya por el trabajo de las primeras horas, saboreaban el asado y el mate, divirtiéndose á costa del dormido. Solo Frantz y Lorenzo oponian á la malignidad de sus camaradas, una benevolencia pronunciada. Frantz era el que, como hemos dicho, habia tomado la fraternal habitud de hacer la parte de trabajo de Angeluci. Gracias á este contrabando de caridad que el porteño ignoraba completamente, el total del trabajo, se hallaba en regla, y ni el patron, ni el capataz tenian nada que decir.

Los demás peones que conmovidos la víspera por el ejemplo de Frantz y las jenerosas palabras de Nicolas, se habian prometido rivalizar en favorecer al esclavo, habian perdido esas buenas disposiciones, escandalizados del prolongado sueño de Angeluci.

—Repito que eres demasiado bueno, decia uno de ellos á Frantz.

—Tu ves que ese perezoso abusa, agregó otro, y al fin...

—Al fin se acostumbrará quizas, interrumpió con dulzura Frantz levantándose. Entre tanto, en marcha amigos míos.

Los leñadores abandonaron la mesa y cada una se dispuso á volver al bosque.

—Quieres entonces hacerte chicotear? gritó un peon aproximándose al porteño y sacudiendolo por el brazo.

Angeluci se despertó sobresaltado.

—Chicotear! murmuró con acento de admiracion, abriendo tamaños ojos.

—Sí, sí, chicotearte haragan!

El porteño sorprendido con esta chanza que no comprendia bien en medio de su turbacion, no habia podido aun coordinar sus ideas, cuando Lorenzo habia hecho salir al peon.

—Chicotearme? repitió lentamente el porteño como si se interrogase á si mismo, que significa eso?

Creyendo haber oido mal se paseaba por el rancho con la vista estraviada, cuando de repente dió un terrible grito.

—Horror!

—Que hay? preguntó el capataz, sorprendido de esta exclamacion.

Angeluci señalando con el dedo un objeto colgado á un clavo de la pared, dijo con voz sorda, entrecortada y convulsiva:

—Haced desaparecer eso, ú os mato.

Era un chicote lo que el porteño acababa de ver.

Lorenzo contempló con mas atencion que temor, el rostro verdaderamente terrible en

en aquel instante, del esclavo. En seguida, sin responder una palabra, descolgó el objeto y gritó hacia fuera:

—Nicolas! tu que eres tan diestro en sepultar pistolas en el Paraná, veamos si hacéis otro tanto con este clicote.

Y pasando el instrumento á Nicolas que repitió el ejercicio, el capataz fué á sentarse cerca de Angeluci. Este parecia querer hablar, pero sus lábios trémulos de emocion, no daban paso al torrente de sus palabras detenidas por el tumulto de las ideas. Solo un extraño sentimiento de gratitud y de sorpresa se leía en su agitada fisonomia.

—Y bien! dijo alegremente Lorenzo, acabo de libraros de un famoso miedo.

El rostro de Angeluci cambió de expresión. Una vaga sonrisa que espresaba la compasion y el desprecio, erró en su labios por algun tiempo.

—Miedo yo? respondió al fin con estremada dulzura. Ah! muy mal me conocéis amigo mio!

Lorenzo se estremeció á esta última palabra. Era la primer vez que Angeluci la pronunciaba al hablar con él.

El porteño continuó, exaltándose repentinamente.

—Habreis creido que queria la destruccion de ese odioso instrumento de temor del castigo. Ignoro si en efecto me estaba reservado. Pero, os lo declaro, en ese caso habria sabido soportarlo con una condicion amigo mio....

Aqui el porteño cogió el brazo del capataz manifestando en su mirada el ardor febril y entusiasta de la amistad, y repuso:

—Con una condicion que me habria hecho bendecir vuestra mano y quereros como á un hermano, y es q' me hubieseis castigado hasta sacarme sangre, hasta matarme! Hasta matarme, lo ois? oh! si veria despedazar mi carne palpitante, correr mi sangre, sin que un grito, uno solo os lo juro, viniese á traicionar mi dolor. Oh! es otra cosa lo que he experimentado al ver ese objeto asqueroso, es un sentimiento no de terror sino de horror.

Angeluci cogió nuevamente el brazo de Lorenzo y continuó así:

—Lo que voy á deciros, puedo hacerlo sin ruborizarme; porque amigo, si hay suplicios infames, lo son para el verdugo, no para la víctima. . . . quiero decir, para ciertas víctimas, añadió con tono extraño y levantando al cielo sus ojos llenos de lágrimas.

El capataz se aproximó al porteño que continuó.

—Pues bien! esta humillacion de los cuerpos para eterna deshonra é imborrable afrenta de los que castigan, ha sido inflinjida en mi patria á mujeres, quizá lo sabeis. Pero lo que ignorais es que entre esas mujeres se ha encontrado una. . . .

Angeluci se detuvo oprimido por la emocion.

—Se ha encontrado una repuso con fuerza, á quien queria mas que á mi mismo, y por la que habria dado la última gota de mi sangre, para librarla de ese bárbaro tratamiento, si hubiese podido prevenirlo á tiempo. Hombres indignos de serlo, se han atrevido á azotar al ser mas querido á mi corazon, al ser adorado y respetado de quien recibí la vida, que me hizo conocer las primeras sonrisas, me oí los primeros besos que he recibido en este mundo.

—Vuestra madre!

—La misma!

—Infamia! Yo habria muerto al tal hombre, exclamó el vasco.

—Y ahora amigo, comprendereis mi espanto á la vista de ese fatal instrumento. Era el espanto, el miedo que causan ciertos recuerdos al presentarse como un espectro. . . . y tambien como un remordimiento, añadió el porteño bajando la cabeza, porque no he vengado á mi madre.

Hubo un silencio de algunos minutos, pasado el cual, el capataz mirando á Angeluci de una manera particular le dijo á media voz:

—Quereis vengar á vuestra madre?

—Oh! si! murmuró el porteño cuyos ojos brillaban dentro de sus órbitas sombrías, como dos luces en medio de las tinieblas.

—Cuando? preguntó Lorenzo.

Angeluci clavó su penetrante mirada en su interlocutor, inspeccionó el rancho con una ojeada circular y dijo al capataz:

—Me preguntais: cuando? yo os pregunto: cómo?

—Decid el dia y la hora, yo os diré los medios.

—Donde están?

—Os los darán.

—Quién?

—Yo.

—Quién sois?

—Vuestro amigo, si quereis.

Angeluci paseó nuevamente la vista á su alrededor, acercó su boca al oido de Lorenzo y dijo con la estremidad de los labios:

—Paisanos.

El vasco se aproximó á su vez al oido del porteño y respondió.

—Libertad.

Eran las palabras que empleaban para reconocerse, los miembros de una sociedad secreta. Dos hermanos acababan de hacerla.

Lorenzo estiró su mano, pero con gran sorpresa vió que Angeluci no hacia otro tanto con la suya. El porteño titubeaba en dar esa prueba solemne de confianza por solo un indicio de confraternidad tan sencillo, como un cambio de palabras, cuyo secreto podia muy bien haber sido sorpren-

dido, y se encerró en una discrecion friamente tranquila.

Sin pronunciar una sola palabra, Lorenzo se levantó y se dirigió hacia la puerta del rancho que cerró con vuelta doble; pero en el momento en que volvía al lado de Angeluci, un peon entraba por la ventana. Era Frantz que con el rostro cubierto de sudor y silvando entredientes, venia à tomar un trago.

—Ah! es muy justo! exclamó alegremente el capataz, porque eres tan buen trabajador como buen camarada. A tu salud Frantz! Bebe, amigo mio, bebe cuanto quieras. Que brazos! . . .

—Y que corazon! añadió Lorenzo inclinándose á Angeluci. Es él continuó en voz mas baja y sonriendo, el que os ha salvado de la correccion.

El porteño miró asombrado al peon.

—Sí, el Bien sabeis que yo era incapaz de hacerlo, apesar de la consigna absurda y bárbara del patron, pero al fin este buen muchacho ha obrado como si hubiese estado amenazado de ella.

—Que ha hecho? que ha hecho? exclamó Angeluci conmovido. Explicaos!

—Vamos Frantz, cuenta al señor lo que has hecho, lo que continuas haciendo, para salvarlo del chicote.

El peon se encojió de hombros, contrariado visiblemente en su modestia, y se disponia á salir.

—No filántropo quédate y ya que te avergüenzas y no quieres decir nada, hablaré yo. Me complazco en que el señor sepa que aquí hay amigos. . . .

—Amigos. . . . repuso el vaso recalcando en cada silaba. Y deseo que tenga una prueba de ello, no de palabras sino de hechos. El señor sabrá pues que Frantz trabaja diariamente por dos.

Angeluci esperiméntó en todo su ser, un estremecimiento mezclado de admiracion, de vergüenza y de gratitud.

El porteño se ruborizó á su vez.

—Vamos! vamos! Que necesidad hay de revelar esa miseria? Un acto de buen camarada, he ahí todo. Estoy seguro que el señor habria habria hecho otro tanto en mi lugar.

El porteño se adelantó hácia el peon y tomándole las dos manos, dijo sonriendo.

—No vengo á daros las gracias porque no creo en vuestra accion por mas bella, mas noble, mas natural, si quereis, que sea. Oh! si hubieseis hecho eso, seriais sublime!

—Sí muy sublime. . . . y yo muy cobarde! continuó, dando á su voz una inflexion cuya sorda energia, contrastaba con el jesto afectuoso y la cariñosa mirada que manifestaba su fisonomia.

—La accion es considerada magnifica,

pero es puesta en duda. Toca al autor convencer al incredulo! observó Lorenzo.

—Frantz! exclamó Angeluci, con el rostro radiante de franqueza y de expansion y un timbre de vez vibrante y suave, es verdad que habeis trabajado por el esclavo?

Frantz visiblemente embarazado respondió riendo.

—Si, y no, segun querrais tomar mi respuesta.

El porteño no dijo nada, pero en medio de un acceso de alegria interior, dejó hablar al peon.

—Figuraos pues, repuso este bebiendo un pequeño vaso de caña, que no os amase al principio. . . . oh! no, no os amaba á causa de vuestro carácter. Jamás deciais una palabra á vuestros camaradas, ni siquiera os dignabais mirarlos. En fin viviais como un verdadero lobo.

—Es verdad, interrumpió Angeluci riendo á carcajadas.

—Y sin embargo, exclamó Frantz, yo no sé porque apesar de vuestro carácter, sentí que os amaba. Al veros siempre solo en un rincon, me he dicho: no hará su tarea y, quien sabe lo que podrá resultarle? Es necesario que yo la haga por él. Es esto todo lo que he hecho.

—Tu! que miserable soy! dijo Angeluci exaltándose; tus brazos han soportado ese doble trabajo, y yo, y yo como un cobarde! . . . Perdona amigo, de hoy en adelante haré mi tarea y me dejarás hacer la tuya tambien, porque quiero pagar lo atrasado.

Un signo de inteligencia cambiado entre Frantz y Lorenzo, fué seguido de la salida del peon. El capataz quedó otra vez solo con Angeluci, que estrechó con efusion sus manos, como acababa de hacerlo con las de Frantz.

—Oh! ahora me parece que soy capaz de vivir, de trabajar, de esperar, capaz de todo en fin, porque he encontrado dos amigos, dos exelentes amigos. Hoy mismo voy á comenzar á rescatar el pasado.

—El pasado ya no se cuenta, no se piensa mas en él. Pensemos en el porvenir.

—No, no, interrumpió el porteño, quiero absolutamente recompensar à un buen camarada, aunque para ello tuviese que trabajar dia y noche.

El capataz se sonrió.

—Cuando yo les decia que era guapo mozo, no me engañaba y sin embargo ninguno de ellos, escepto Frantz, queria creer me. Y ahora que sois razonable, os pregunto, porque diablos pasabais vuestro tiempo en soñar, en mirar las estrellas, ó en pasearos solo, alimentando negras ideas ideas, en lugar de hacer uso de los dos vigorosos brazos que os ha dado la naturaleza? Porque haber tardado tanto en hacer como nosotros, trabajar cantando, y de cuando en cuando



dar uno de esos galopes que alegran el corazón y dan á la sangre un calor tan dulce?

— Cantar! cabalgar! un desgraciado que no tiene patria! oh! Lorenzo! . . .

— Perdon! sé muy bien lo que cuesta al corazón hallarse lejos de la tierra natal, dijo el vasco suspirando.

— Hallarse lejos de ella no es un sufrimiento, cuando es feliz y gloriosa. Que me pongan como á vos, á tres mil leguas de la mia rejenerada, libre de sus infames tiranos, y bendeciré mi destierro.

— Eso es hablar como un filósofo. Pero nosotros vascos que formamos una familia aparte, que pertenecemos á una especie de Bohemia, mitad española, mitad francesa, tenemos otro modo de comprender la nacionalidad. He leído en otro tiempo en un libro, que nuestros antepasados habian viajado de Asia á Africa y de esta á Europa, y pasando sucesivamente de los costados del Himalaya al pié de los Alpes, habian concluido por fijarse en los Pinineos donde hoy se hallan. Veis que como pueblo, somos un verdadero Judío Errante. Lo que quiere decir que no tenemos nacion, pero que llevamos la nuestra con nosotros mismos.

— Como los indios.

— Como los indios y las mugeres de los soldados. . . .

— Que siguen á sus maridos por todas partes.

— Exactamente. Allí donde está el amor, allí está la patria.

Angeluci sintió un sobresalto en la region del corazón.

— Es un aforismo que puede aplicarse á los vascos que han dejado una querida y esperan volver á verla.

— Y no á los proscriptos que tienen una madre azotada, un hermano asesinado, observó Lorenzo con tono ardiente y sombrío, no es eso lo que habeis querido decir? No pensais, no, en esas miserias de enamorados que hacen olvidar algunas veces los grandes deberes de la familia, y las santas inspiraciones de una justicia vengadora. Sois un sábio.

Angeluci respondió con inefable dulzura:

— Sabio, yo? menos que vos quizá. Me habeis visto triste y desesperado, y habeis creído que esa desesperacion y ese tormento eran los de un proscrito. Yo tambien lo he creído, pero me engañaba á mi mismo.

— Como es eso?

— Cuando me arrebatasteis la pistola que iba á librarme de mis sufrimientos, os maldigo, no es verdad? Pues bien apesar de esta maldicion, habia en el fondo de mi corazón una voz que protestaba y que lejos de aborreceros os bendecia como á un salvador.

— Amáis?

Sin responder directamente, Angeluci

pareció hablar consigo mismo. Una viva emocion se pintó en su rostro:

— Es un secreto bien ridículo y bien humillante para ser confiado á un hombre, se decia. Y sin embargo, me oprime me atormenta, me devora! No puedo guardarlo eternamente en el fondo de mi alma. Necesita ser divulgado. Ese nombre. . . . esta imagen. . . . ah! sufriria menos si encontrase un corazón que me comprendiera. Pero solo, y sin una queja, sin una lágrima. . . . porque por honor á mi patria, no quiero confesar á nadie que mientras ella agoniza en su sangriento martirio, hay uno de sus hijos tan vil que se entrega á las locas ilusiones de una pasion encantadora. No, no, esta tortura no puede durar, es un suplicio del infierno. Pues bien, si los hombres no pueden conocer mi secreto, iré á confiárselo á esas llanuras mudas, á esos bosques, á esas soledades. Esas cavernas lo oirán y mi corazón se aliviara quizá.

Durante este monólogo interior del jóven porteño, el capataz habia seguido con interés creciente las faces de un huracan de sensibilidad pronto á estallar.

— Angeluci, que teneis? llorais. . . .

— Muy raras véces! si pudiese contar con vuestro silencio! . . . .

— Habeis sufrido alguna infidelidad, alguna traicion?

— Escuchad Lorenzo. Vos que sois francés, habeis oido decir que en otro tiempo en vuestro pais, cantores llamados trovadores componian historias de amores, de pasiones novelescas, de infortunios químericos, con que divertian á las castellanas.

— Si, he leído eso, en una vieja novela que mi abuelo me prestaba cuando volvia de la escuela.

Pues bien Lorenzo, he conservado en la memoria uno de esos cuentos; cuando me veis soñar es que trato de recordarlo bien. Es mi única felicidad: si quereis os lo contaré.

— Es una famosa idea Angeluci! oh! cuentos! permaneceria oyéndolos quince dias sin comer ni beber. Ultimamente un payador pasaba con su guitarra; se detuvo en medio de los peones y nos divirtió tanto con sus aventuras, que estuve á pique de seguirlo, para que concluyese de contárnelas. Sentémonos, aquí hay pan, queso y caña. Un bocadito antes de comenzar!

El porteño y el vasco llevaron sucesivamente la botella á sus lábios, despues de lo que Angeluci dijo:

— Habia en otro tiempo una jóven. . . .

— O una anima, no es verdad? El payador principiaba siempre asi. Pero una jóven, tampoco está malo.

— Era española y contaba apenas diez y seis años, cuando se casó con un hombre que tenia veinte mas que ella, como se

acostumbra no solo en España, sino en muchos otros países.

—Si, en el gran mundo, en el mundo de los ricos.

—Algun tiempo despues de su matrimonio, la jóven fué visitada....

—Por una hada, apuesto, como en los cuentos del payador?

—No, por un jóven, un extranjero, que la casualidad hizo encontrar con ella. La hospitalidad de una familia noble de Madrid, á quien el viajero habia sido recomendado, no escaseó al recién venido, ni los placeres de la ciudad, ni las escursiones del campo. En una de estas últimas, el extranjero vió á la que debia amar eternamente y que jamás debia conocer su amor.

—Ah! y porque no le hizo su declaracion?

—A una señora! no sabeis lo que decis.

—Señora ó señorita, es necesario decir siempre lo que siente el corazon.

—La bella heroina de que os hablo, no hubiera consentido nunca en oír una cosa semejante, porque aunque buena y cariñosa, tenia el orgullo de la virtud y la dignidad de su rango.

—De suerte que el enamorado extranjero, se contentó con mirarla. No sucedia así con lo del payador.

—Angel de modestia y de dulzura, nuestra castellana sabia, sin faltar á sus deberes, conciliar su posicion de esposa con las conveniencias de sociedad y recibir inocentemente algunas galanterias. El extranjero de que acabo de hablaros, vió, no sin secreto dolor, en medio de los encantos de esta fiesta de campo, á otros jóvenes rodear de homenajes á la joven duquesa. Solo el se mantuvo separado, sin dirigirle la palabra. La que era el ídolo de todos, lo fué suyo tambien, pero ídolo adorado santamente en el silencio de la soledad y el secreto del corazon. A veces, en esos parages floridos, al traves de esas grandes sombras de los bosques, se atrevia á seguirla con la mirada, contemplarla, espiar hasta el menor de sus movimientos. Al mas ligero obstaculo, su mano volaba en su auxilio, pero ella!.... en medio de ese circulo de adoradores que no la abandonaban un solo instante, podia prestar atencion á ese tímido amante perdido á su lado?....

—Un dia sin embargo, continuó el porteño, se presentó una ocasion bastante seria de probarle su adhesion. El extranjero se paseaba en el parque del castillo, cuando repentinamente en medio de un dia hermoso y apacible, se levantó una tormenta, y un viento furioso acompañado de lluvia.... y mirad... exactamente lo mismo que ahora vá á suceder.

En efecto, mientras que Angeluci hablabá, la atmósfera cubierta repentinamente de

gruesos nubarrones impelidos por un violento pampero, habia oscurecido el frente de la isla, y los sordos rugidos del abismo comenzaban á dejarse oír hácia la parte del rio.

—Decia pues, continuó el porteño despues que Lorenzo hubo cerrado la ventana de la casita, azotada ya por las primeras gotas de lluvia, que el jóven extranjero se paseaba por una de las alamedas del parque, no lejos de su bella madrileña, cuando estalló una tempestad semejante á esta. Un trueno horroroso seguido de un grito de espanto le hizo volar cerca de su adorada que acababa de desmayarse. Oh momento feliz! relámpago de felicidad que no se borrar jamás de su memoria! la levantó, la hizo volver en sí; sus brazos y su seno le sirvieron de refugio.

—Oh! como trueno! exclamó el capataz, despues de una descarga eléctrica que acababa de hacer temblar las paredes del rancho. Que tormenta amigo!

—Pasará; hay otras mas violentas, murmuró Angeluci pensativo, y de mas duracion!....

—Vuestra historia empieza á interesarme. Veamos la continuacion. Estoy seguro que el enamorado va á ser recompensado por la bella desmayada, vuelta en sí, que será amado, que se casará con ella y que tendrá muchos niños....

—Como en los cuentos del payador! añadió Angeluci sonriendo. No, las cosas anduvieron de otro modo. Antes que hubiese recobrado el conocimiento, acudió una multitud de caballeros y servidores, y se la arrebataron. Muy poco despues, al dia siguiente creo, llegó el momento de la partida y le fué preciso abandonarla para siempre sin haber cambiado con ella mas que algunos frios adioses de política. Desgraciado! moria de amor y no le habia dicho, ni le habia hecho comprender que la amaba!

—Que orijinal!

—Oh! sí, y mucho! Además de ser muy tímido por naturaleza, tenia tambien un escrúpulo, porque sabia que la dama era casada.

—Ah! y por eso se abstenia de hacerle una declaracion? exclamó alegremente Lorenzo.

—Por eso mismo.

—Y de que país era ese animal?

—De Buenos Aires.

El tono que fue dada esta respuesta, iluminó el pensamiento del peon.

—Erais vos! dijo, mirando fijamente á Angeluci.

—Era yo.

## CAPITULO XXIX.

## Bajo una roca.

El rostro del porteño fué inundado en el mismo instante, por la claridad de un relámpago que le hizo re plandecer con fantásticos reflejos. Casi inmediatamente se dejó oír una gran detonación y la ventana cayó hecha trizas. No era sin embargo el fuego del cielo el que visitaba á los interlocutores; era la llegada de los peones que chorreando agua, venían á abrigarse contra el temporal.

Carejadas mezcladas de imprecaciones confusas señalaron la entrada de la tumultuosa banda.

—Socorro! socorro! gritaron repentinamente de afuera.

—Que es eso?

Y cada uno preparó el oído.

—Socorro! socorro!

—Y vosotros no acabais de oír?

—Para que? para socorrer á hombres? murmuró el esclavo con ínefable amargura.

—Ahora oigo perfectamente, escuchad! escuchad! es la voz de Nicolas y la de Frantz. Que les ha sucedido? Vamos amigos! En efecto no los veo aquí.

Sin aguardar á las últimas palabras que acababa de pronunciar uno de los peones, Angeluci habia saltado por la ventana, y todos los leñadores, acompañados del capataz, provistos de sus armas, corrieron tras él, en la direccion indicada.

Llegados á una encrucijada del bosque cuya calle en linea recta, dejaba en perspectiva á su estremidad, el horizonte del rio, se encontraron con Frantz y Nicolas, que ástustados, mostraban á Angeluci un buque en peligro, que el movimiento de las olas acababa de hacerlo visible.

—En efecto, en efecto, observó Lorenzo, llegándose al grupo, es un naufragio.

Pocos minutos despues, todos los trabajadores de la isla se hallaban en la ribera del Plata. Allí se ofreció á sus ojos un espectáculo grandioso y terrible á la vez.

Chocando contra montañas movedizas, impelido por un furioso pampero, un bergantín medio desmantelado, luchaba contra la violencia de la tormenta. Poco á poco, á vista de los peones consternados, el buque se acercó tumbado sobre un costado cual gladiador vencido. Un ruido espantoso seguido de un sordo crugido, anunció la rotura del palo mayor. Entonces, en medio de las velas hechas pedazos y de los cables enredados, los demonios rugientes del abismo, dieron al moribundo un último asalto. Una ola inmensa, irresistible, mas furiosa y mas amenazadora que todas las demas, pasó por encima del infortunado buque, lo abrumó bajo su gigantesco peso

y manejandolo como un juguete lo hizo zozobrar.

Fuéese un momento de cruel ansiedad para los espectadores, que aunque buenos nadadores todos y ardiendo en deseos de volar en auxilio de los naufragos, se veían detenidos por la imposibilidad de echarse al agua.

En efecto, la inmensa creciente del rio habia sumerjido la vasta concha, que en seco por lo regular en ese paraje, formaba entonces un lago á cuyas orillas impedia acercarse el flujo y reflujo, lo que habia obligado á los leñadores á ganar una eminencia, y desde esta altura protegida por una tupida valla de duraznos, contemplaban inútilmente la agonía del bergantín.

Angeluci con la mirada fija y ardiente, ajitado el pecho por una tempestad de emoción no menos violenta que la tempestad física que tenía ante sus ojos, tuvo intención mas de veinte veces, apesar de la locura evidente de esta idea, de arrojar al agua, á socorrer á los que se hallaban en tan gran peligro.

Sin embargo, hasta entonces no se habia notado ninguna aparición de cuerpo humano. De repente se vieron aparecer por sobre la borda del buque algunas cabezas que subían y bajaban alternativamente, entre ellas una de larga cabellera que parecia pertenecer á una muger. Al mismo tiempo se creyó oír gritos espirantes, vagas súplicas de desesperación.

Pronto como el pensamiento, Angeluci en medio de la inmovilidad de sus compañeros helados y sorprendidos, se quitó la blusa, la camisa, los zapatos, y conservando solamente un pantalón de lienzo bien atado con una cuerda á la cintura, saltó de la eminencia diciendo:

—Quien me quiera, que me siga!

—Es inútil! donde vais? quedaos!

—Oís? socorro! socorro! Yo lo oigo muy claro.

—Es verdad, observó Nicolas.

—Tiene razon, añadió Frantz, quizá se podría salvarlos.

—Quien sabe? dijo Lorenzo, probemos sin embargo.

—Es inútil! es inútil! respondió un coro de voces.

Apesar de esta protesta de la mayoría, Nicolas avergonzado de que hubiesen ocupado primero que él el puesto del peligro, bajó con Frantz y el capataz, decididos los tres á acompañar al porteño en su aventurada y heroica empresa.

—Seguidme! seguidme! gritó Angeluci que se habia arrojado ya al agua y que semejante á una hoja arrebatada por los vientos, parecia que iba á desaparecer entre los pliegues monstruosos del abismo.

—Imposible! dijo el atleta cruzando los brazos y dirigiéndose hácia sus dos camaradas. Vosotros mismos lo veis.

—Imposible! miserable! imposible! gritó el porteño que arrojado por una ola casi al pie del grupo, acababa de oír esas palabras. No se puede arriesgar la vida?

En esta lucha desigual entre el furioso elemento y su propio valor, el intrépido nadador, exhausto de fuerzas, se dejaba ya ir al impulso de la tempestad, y por un nuevo acceso á sus lúgubres ideas, se abandonaba á la muerte como se habia mecido en sus brazos, cuando al traves de su ilusion de abatimiento, se sintió inmóvil; al vértigo del ruido confuso de las aguas, remolineando á su alrededor, sucedió el del huracan á la distancia. El nadador acababa de ser arrojado á la orilla.

Desde allí, Angeluci vuelto en sí, contempló el abismo oceanico que continuaba rugiendo. Pero en vano buscó el buque, no vió nada, nada mas que el inmenso y agitado rio.

El parage en que se encontraba era completamente distinto de los que conocia de la isla. Veia á lo lejos á manera de cúpulas de árboles y masas confusas de arboledas, pero en su alrededor no habia sino grandes matas de yuyos y algunas pequeñas eminencias de terreno aqui y acullá. Algunas vacas y ovejas que se veian en el horizonte, anunciaban sin embargo la existencia de habitaciones aunque no se viese ningun rastro de ellas en el espacio que abrazaba su vista.

Fatigando sus ojos en contemplar el abismo monótono y terrible que sin duda pensaba él, habia tragado las infortunadas víctimas que no habia podido socorrer y por las que no habia tenido el triste consuelo de morir, Angeluci creyó entrever un objeto flotando sobre las aguas. Una inmensa ola se acercó insensiblemente trayendo una plancha á la que se adheria como una forma humana. Una ondulacion gigantesca de la liquida serpiente arrojó esta masa á la arena á alguna distancia del punto en que se hallaba el porteño.

Pronto como la flecha, corrió este al paraje en que se encontraba la plancha, y vió un cuerpo de mujer cubierto por un vestido, atado á ella con cuerdas por debajo de los brazos y las pantorrillas. El rostro medio cubierto por una cabellera empapada completamente, daba débiles señales de vida.

El porteño rompió como pudo las ligaduras; mientras que se preparaba á socorrer á la naufraga lanzada así al traves del espacio, notó que el flujo volvia. Antes que la montaña de agua cayese, tomó el cuerpo en sus brazos y subió á una eminencia fuera del alcance de las olas.

Una gruta formada por una de esas rocas

blandas que rodean el rio de la Plata se abria delante de él. Bajo esa boveda habia un rincon espuesto á los rayos del sol despojados en aquel instante de nubes. Un lecho de hojas rodeado de guirnaldas de bibis y macachines silvestres, se encontraba tambien allí: sobre él colocó su preciosa carga.

Pero, que acaba de ver! Es un sueño ó una realidad? . . .

Angeluci tratando de reanimar á esta infortunada, ha sido deslumbrado por una extraña semejanza!

Continúa sin detenerse en esta ilusion sus fervientes cuidados. Pero que! la ilusion se fortifica, la semejanza se torna mas evidente.

Sin turbarse, el porteño reúne cuanto calor encierra en sí y ocupándose mas de socorrer á su prójimo que de asegurarse de la mayor ó menor solidez de una vision que cree quimérica, se esfuerza en reanimar ese cuerpo que parece palpar aun.

Al acercar su boca á la de ella, tratando, al aspirar el aire, de introducirse á los pulmones, sus ojos se pusieron en contacto directo con los de la naufraga, los que se abrieron y dejaron pasar una debil mirada, volviéndose á cerrar en seguida.

Angeluci fué presa entonces de una gran turbacion: habia visto en esa mirada todo un mundo de recuerdos encerrado en un anfiteatro de realidades pasadas. Su adorada se hallaba allí; no habia duda alguna.

Y esa turbacion fué acompañada de una viva alegría, pues que tenia la esperanza de salvarla.

Salvarla! salvarla! Y ese frio glacial, y esa lívida palidez, y esos ojos que no vuelven á abrirse, que persisten en permanecer cerrados, y ese corazon que ha cesado de palpar.

El porteño concentra toda su fuerza moral, aleja toda especie de turbacion, domina con calma un terrible presentimiento, y con un fervor que parece dotado de omnipotencia, renueva su ensayo.

Continuó así hasta que el aliento le faltó.

Pero tuvo el pesar de ver que esos cuidados prodigados con tanta inteligencia como constancia, eran completamente inútiles. Solo un frio cadavérico se hacia sentir. La ligera palpacion de un momento antes habia desaparecido tambien.

No pudiendo creer en un desenlace semejante, Angeluci se puso nuevamente á la obra redoblando sus delicados cuidados.

—Respirais todavía? oh! hacedme ver que respirais como ahora un instante, nada mas, y respondo del resto.

En seguida, no palpando sus manos mas que una frialdad de mármol, y no viendo sus ojos mas que el sello de la muerte, entró en la faz, no de la desesperacion sino de la furia, y disputó su presa á la tumba, con el

valor de una madre que estrecha convulsivamente contra su seno al hijo que vienen á arrebatarse, hijo muerto para todos, excepto para ella!

—Si el porteño estrechaba á la náufraga, infatigable en su furiosa fé.

—Respóndeme! puesto que vives... fría, helada, inmóvil, que importa todo eso? todo eso no impide que vivas. Ah! Dios mio! donde estoy? mi cabeza se pierde. Si mi aliento, si el calor de mi seno no te reanima, ¿es necesario para conseguirlo? Porque tardas en reabrir esos ojos, esos ojos cuya mirada es tan dulce y tan noble á la vez! Porque no abres todavía esos brazos cuyo abrazo meseria tan suave? Porque, di, porque? amiga mia, mi adorada.

Derrepente Angeluci se detiene. Cediendo á una reaccion mas fuerte que su fé, se sienta al lado del cadáver, y entregado á una preocupacion sombría, se dijo.

—Estaba escrito! el destino es la ley suprema. Insensato el que se subleva contra ella! Acepto mi suerte: no me disgusta. He vuelto á ver lo que ansiaba, estoy satisfecho.

—Cuan impio soy! murmuró el jóven continuando. Glorificar al destino!!... Perdona, oh Dios mio! perdon! no sabia lo que decia... he blasfemado! añadió enternecido, en medio de los sollozos y con los ojos llenos de lagrimas.

En seguida en un impulso religioso, se arrodilló y estrechando entre su dos brazos contra su rostro bañado en llanto, los pies de su amada, permaneció, con la cabeza inclinada, algun tiempo en oracion.

—Reunidos, decía, y reunidos ambos en el cielo, para no separarnos jamás! Si, allí la muerte nos unirá. Ya nos ha unido, lo conozco en el desfallecimiento que se apodera de mi. Muerte querida, no sois ya mi amada sino mi esposa. Bien venida seais oh noche que avanzais en mi alma! Oh! agonía que toca ya á mi corazón! Muy pronto seré tambien cadáver. Si, si, pero allá arriba, resucitaré, con ella, para siempre!....

Levantando entonces lentamente la cabeza, el jóven dió un grito.

La muerta le miraba.

Se levantó con rapidez, volvió á aplicar su boca á la de la náufraga y sintió que sus labios se estremecian.

Al mismo tiempo, la muger suspiró.

El jóven atento é inmóvil se abstuvo de tocarla de nuevo, contentándose con verla volver á la vida y dejando desarrollarse la obra de la naturaleza.

Poco á poco la jóven muger levantó sus brazos y la rejion del corazón dió pronto signos visibles de palpitacion.

Pasó la mano por su frente como para coordinar sus ideas. Algunas silabas apenas articuladas se hicieron oír.

—Emilio....Clementina....Clementina sobre todo!...no, los dos. Salvadles á ambos ó á ninguno! Salvad á mis hijos Justiniano! que vivan mi buen Justiniano! y seré vuestra! si, vuestra, os lo prometo!... Pero mirad, oh! esa ola terrible que avanza! apresuraos! dejadme! dejadme! no quiero salvarme. No se trata de mí, sino de ellos! Quiero su vida, ois! su vida á toda costa! Me respondeis de ello! me asegurais que estan salvos. Bien! si esto es así haced lo que gustéis. Vivir ó morir me es indiferente ahora. Dios mio! cuanto trabajo se toma ese buen Justiniano! Ah! donde estoy? en el agua? no, me parece que en una barca. Y el? esa ola horrorosa le habrá sumergido quizá. Pero Justiniano! Pobre, no veo á mis hijos, donde estan? Los veo, los veo! Y yo, donde voy así como sobre un lecho movable?.

La náufraga, durante ese monólogo de su pesadilla, se habia incorporado, y recordando poco á poco el uso de sus sentidos, articulaba palabras menos entrecortadas acompañadas de gestos mas vivos.

Derrepente estira los brazos y encontrando las espaldas de Angeluci se las estrecha con fuerza, gritando con voz clara: socorro! socorro! Justiniano. Me ahogo!

—No, no os ahogais! tranquilizaos respondió cariñosamente el jóven. Ved! estais salvada y en seguridad!

Elena abrió completamente los ojos, y al ver un desconocido mojado y vestido con un simple pedazo de tela, se echó hácia atras dando un grito sordo. En seguida sin decir nada y bajo el imperio de una sorpresa estreña, se puso á contemplarlo.

El sol iluminó en aquel momento, el interior de la gruta, con una luz deslumbradora, y su calor que para cualquier otro habria sido muy ardiente, era solo dulce y reparador para los dos escapados de la tempestad. La violencia del temporal disminuía por grados y bajo la influencia de un cielo puro, el seno agitado del Plata, se suavizaba por ondulaciones decrecientes. Un paisaje esplendido y gracioso se dibujó en esa calma de la naturaleza, que reemplazaba el caos de los elementos, como la armonía y la paz suceden á los sacudimientos de la pasión en un corazón colocado otra vez bajo el influjo de ideas razonables.

Después de haber mirado algun tiempo en silencio á su alrededor, Elena hizo un movimiento de espanto, al pensar sin duda en sus hijos cuyo recuerdo le vino repentinamente á la memoria. Angeluci ocupado en torcer y secar la ropa, fué llamado á su lado por los sintomas de una recaída; pero no eran mas que las señales precursoras de un sueño reparador. La jóven muger cediendo al peso de tantas fatigas reunidas, se dejó caer de nuevo y se durmió profun-

damente. Entonces con una delicadeza que tenia algo de maternal, el porteño hizo con la ropa una especie de cortina al lecho de la naúfraga, para preservarla de los rayos del sol y hacerle mas propicia la dulce frescura de las brisas.

Habiendo así arreglado el descanso de la jóven, Angeluci aprovechó este intervalo para correr hácia el primer rancho que encontró. Allí reclamó y obtuvo esa hospitalidad de gaucho que nunca falta; pero lo que redobló la solicitud fué la suscita relacion que hizo el porteño de la aventura maravillosa y dramática, cuyo desenlace era la salvacion de una muger. Se preparó la mejor cama, se asó el mejor asado, todo en fin se dispuso en la casita para recibir dignamente á la pobre náufraga. Durante ese tiempo, Angeluci habia vuelto con dos caballos al lugar en que se hallaba la jóven y esperaba á que se despertase. Así que se manifestaron las primeras señales del despertar, se colocó fuera de la gruta, á alguna distancia, al lado de los caballos, á fin de dejar sola á la jóven.

Elena, bajo la impresion de un sentimiento inefable de bien estar, reabrió los ojos á luz del dia, al canto de los canarios que atraidos por la deliciosa frescura de aquel purage, confundian sus melodias como para saludar la vuelta á la vida de su simpatica amiga de otro tiempo. La jóven muger oyó algo mas aun en esos cantos; por uno de esos presentimientos peculiares á las almas poeticas, la madre de Emilio, y de Clementina acogió esos huéspedes armoniosos como mensajeros de buenas noticias, que venian á anunciarle que sus hijos se hallaban salvos. A esta idea, su corazon rebozó de alegría, y se levantó sin darse cuenta precisamente de su situacion, pero animada del generoso ardor de la juventud y de la salud.

Fué entonces que se apercibió por primer vez que se hallaba medio desnuda. Al mismo tiempo habiendo paseado nuevamente la vista á su alrededor, grande fué su sorpresa al ver á sus pies, vestidos, calzados y una gorra de paja. Reflexionar en ese caso, seria tiempo perdido; servirse de ello, lo mejor. Tal fué que lo que hizo Da. Elena, que se halló bien pronto vestida tan bien como mal, con su gorra de paja, sus zapatos de cuero, y su vestido de china.

—Señora, dignaos hacerme el honor de aceptar este caballo, no es una montura de amazona, pero se ofrece lo que se tiene.

Esas palabras, vago eco de una voz que Elena creia haber oido, lo mismo que el rostro del que las decia, le parecia el reflejo incierto de un rostro conocido, acababan de ser pronunciadas por Angeluci que recibió á la jóven á la salida de la gruta, y ofreciéndole la mano, la llevó donde estaban los caballos, levantándola lijramen-

te en sus brazos, hasta colocarla en a montura y se dirijieron ambos hácia el rancho.

## CAPITULO XXX.

### Olivia.

El paraje en que las olas, en sus gigantes evoluciones habian arrojado á Angeluci y á la náufraga, no pertenecia á la isla de los leñadores, sino á una cercana en la que vivian algunas familias, una de las que habia recibido á los dos interesantes huéspedes que acabamos de ver en el camino que se dirijia á la casita.

En el momento en que el jinete y la amazona echaron pié á tierra, llegaba una porcion de gauchos á caballo del lado de la llanura, de suerte que la reunion, limitada antes á tres ó cuatro personas que componian la familia y á los dos recién venidos, se aumentó considerablemente.

Como el rancho no tenia mas que dos pequeñas piezas, una fué destinada á la jóven señora, y la otra á las mugeres de la casa; los hombres arreglaron afuera una tienda para de dia y un vivac para la noche.

Fiel á su sistema de discrecion y de timidez en todo, feliz por otra parte con la sola presencia de su adorada en esas soledades y en circunstancias que aumentaban extraordinariamente su felicidad y sus esperanzas, Angeluci hacia compañía á la Sra. del Monte Valeriano, pero solo dentro de los límites del placer que su conversacion podia causarle.

Facilmente se sana bajo la influencia de ese clima bienhechor, en esas zonas tibias y perfumadas en que las brisas de verano calman, como un bálsamo celeste, los nervios de los enfermos y refrescan su sangre. Da. Elena no tardó en experimentar el efecto de esta temperatura de paraíso. Desde la tarde del mismo dia, se hallaba completamente repuesta.

Sus recuerdos todos se le agolparon, unos alegres, otros tristes, todos sumamente interesantes. Los contó uno despues de otro á Angeluci que supo con increíble emociion que la duquesa era viuda.

En cuanto á Emilio y Clementina, continuaba el fenomeno extraño de seguridad interior, que la jóven madre sentia á su respecto, y sin poder esplicarse á si misma esta alegre intuicion que se los mostraba á ambos sanos y salvos, se abandonaba á ese sentimiento tan delicioso para un corazon de madre.

—Me habeis visto, decia, á este respecto, á su salvador, y me veis aun en este momento muy tranquila por la suerte de mis hijos. No sé porque, pero es imposible en verdad, estarlo mas que yo. Como puedo

estar tan contenta despues de la terrible escena en que los he dejado espuestos á todos los peligros?

—Hay presentimientos señora que tienen todo el poder de la conviccion, observó el porteño. Hay idealistas de felicidad que tienen lo positivo de la evidencia.

—En hora buena, me alegro mucho de no ser yo sola.

Da. Elena conservaba asi con Angeluci sentados ambos delante del rancho en una bella y dulce noche. El salvador y aquella á quien habia salvado, abandonados ambos á un vago bien estar íntimo, tomaban mate con ese candor fraternal que da tanto encanto al placer de posar alternativamente sus lábios, donde lo han estado otros lábios amigos. Esta costumbre estremadamente agradable en su injenuidad, ofrecia una gracia mas en la posicion respectiva de ambos interlocutores.

Hablaron y volvieron á hablar de esos niños queridos, confiados al cariño del excelente Justiniano; dieron su salvacion como un hecho; acariciaron largo tiempo esta idea, y mas por impaciencia que por inquietud, convinieron en que al dia siguiente al alba, montarían á caballo, se embarcarían para atravesar el Paraná y emprender su camino por tierra, en busca de Justiniano, de Emilio y de Clementina.

Un fenómeno análogo al que tranquilizaba completamente á Elena respecto de sus hijos, se manifestó en sus sentimientos respecto á Angeluci, su propio salvador. Se hallaba con relacion á ese jóven, en un estado moral, pasivo en cierto modo. Como esas corrientes de agua q' serpentean al costado de las montañas y cuya fuente se busca en vano habria sido difícil asignar un principio, un origen, un punto de partida á la sensacion de profunda simpatia que se habia apoderado de la duquesa y que se deslizaba por una pendiente natural en su corazon. Ella no habia experimentado ninguno de esos sacudimientos interiores, ninguna de esas iluminaciones del alma que anuncian la explosion del amor y hacen decir en seguida: ha principiado. No, la presencia de Angeluci existia para ella sin solucion de continuidad por decirlo asi, y le parecia cuando lo vió, que volvia á encontrar un antiguo conocido, un amigo de la víspera.

Sin embargo, no era una reminiscencia de Madrid lo que la constituia asi en relacion de familiaridad con el jóven porteño. Angeluci habia recordado bien todas las circunstancias, todos los detalles de su permanencia en la capital primero, y en Andalucia despues, habia contado hasta los mas mínimos detalles de esa fiesta encantadora en que la vió por primer vez. La duquesa apesar de sus esfuerzos de memoria,

no pudo nunca recordar las facciones del rostro que tenia por delante.

El reconocimiento no bastaba tampoco á esplicar ese estado particular de su alma, que consistia en una gran tranquilidad unida á una gran ternura. Nada de agudo, nada de ajitado, ningun impetu de sensibilidad ó de pasion. Era como un calor igualmente repartido en las rejiones del amor, como una luz difundida uniformemente, cuyos rayos y cuya llama, no podian distinguirse.

Asi era que Elena no habia pensado en dar las gracias á su salvador, ni de palabra, ni interiormente. Ese beneficio de la vida, lo aceptaba naturalmente de las manos que se lo proporcionaban, manos de hermano que estrechaba entre las suyas, contentándose con decirle:

—Lo que me deciais en la gruta durante mi letargo, tratando de reanimarme, lo oia todo.

—Como así Señora! exclamó Angeluci ruborizándose.

—No me llameis Señora, interrumpió. Elena con cándida alegría.

—Y como entonces?

—Como gustéis, con tal que no sea así.

—Con que habeis oido todas esas locuras? repuso el porteño.

—En efecto, pareciais un desesperado. Os veia al traves de mis ojos cerrados, como en un sueño, orar á mis pies que abrazabais con fuerza, diciendo que querias morir conmigo, no es eso Angeluci?

—Sí, Elena, pero dejemos esas miserias.

—No, no es para daros las gracias por esa efusion, ni para reprocharosla que os hablo de ella. Quería solamente hacer constar esta singular propiedad que ofrecen ciertos desvanecimientos, que muestran al traves del velo de los sentidos adormecidos, las cosas que en realidad suceden. Al principio creia haberme hallado en el dominio de las ilusiones, pero despues de lo que me habeis dicho, sois vos Angeluci al que he oido, visto, sentido.

El porteño no respondió, pero contemplando en la oscuridad el rostro de su amable interlocutora, pronunciaba mentalmente una multitud de cosas que sus labios no se atrevian á expresar.

La tertulia fuera del rancho, era completa y animada. La guitarra sonó y cada uno guardó silencio. El payador principió sus canciones melancolicas y sin fin, imágen de la inmensidad del desierto. La luna llena presentaba en el horizonte su disco de marfil rodeado de azul, semejante á un geroglífico presentado por el genio de la noche al poeta gaucho que parecia ocupado en descifrarlo en aquel momento. Hacia una de esas noches encantadoras que predisponen á la ternura y em-

briagan de amor los sentidos. Poco á poco, como el niño mecido al ruido monótono del canto materno, Elena se adormeció al de las continuas armonías de la guitarra.

Habia en el rancho algunas redes de pescadores. Angeluci obedeciendo á una poética idea, tomó las redes subió á un gigantesco ombú que estendia sus manos al costado de la casita y las colocó en forma de amaca. En seguida, tomando en sus brazos á la jóven dormida, la colocó sobre su lecho aereo. El tambien se acostó en otra amaca vecina, mientras que el cantor continuaba cantando.

Nada puede compararse á lo que se experimenta en las tierras ribereñas del Paraná durante ciertas noches, tan dulces que es costumbre acostarse afuera durante un gran parte del verano, tan puras que el azul del firmamento parece aclarar la atmósfera con un reflejo de eterna aurora y de crepúsculo sin fin. Mecidos en sus aereos lechos por las suaves brisas del Norte, Elena y Angeluci aspiraban por todos sus sentidos el éxtasis y la poesia.

El payador y la guitarra callaron, y cada uno de los gauchos envolviéndose en su poncho, se preparó no á dormir, sino á contar ó á escuchar cuentos encendiendo su cigarro.

Muchos de ellos habian concluido de contar uno cada uno, cuando el que tenia la palabra, empezó á hablar en voz muy baja á la manera de aquel que va á decir algo de misterioso. Angeluci, aguzando el oido desde su amaca, pudo apenas oir los detalles de esta confidencia que parecia interesar vivamente al auditorio, que se habia acercado y agrupado para escuchar mejor.

Al traves sin embargo, de la semi-oscuridad de las palabras, el porteño pudo comprender que se trataba de una historia de muger, picante en extremo, por los personajes que figuraban en ella.

—No creo que D. Justo José esté enamorado, decia el narrador, aunque desea con ansia volver á verla.

—Y ella?

—Oh ella! seria necesario ser un famoso adivino para saber lo que piensa.

—Pero porque diablos se ha ido al Entrerios, puesto que no es por los bellos ojos del general?

—Esa es la dificultad; yo no me encargo de resolverla. Hacer preguntas, es facil, responder á ellas es otra cosa.

Durante el secreto coloquio de los gauchos, se oyó repentinamente el lejano ruido de un galope; en el acto todos se pararon, mientras que los perros, sentinelas avanzadas, iban á reconocer los jinetes.

—Ave Maria! dijo uno de ellos llegando al rancho.

—Adelante, paisanos!

Y habiendo los ginetes bajado de sus caballos, se mezclaron al hospitalario grupo, que se alegró sobremanera de este aumento y se aprovechó de la ocasion para renovar la tertulia, con mate, cigarros, guitarra, cuentos é historietas.

Como era natural, se volvió á la misteriosa confidencia de poco antes.

Pero en el instante en que el narrador iba á tomar el hilo de la descripcion de la bella viagera que habia visto llegar á la estancia de Don Justo José, dejó escapar un grito de sorpresa y se calló.

—Y bien? que tienes? porque no continuas Pablito?

Pero Pablito, en lugar de hablar, se puso á mirar fijamente un rostro de muger de una de las personas del grupo de recién venidos.

—Ella es! dijo en voz baja á sus vecinos.

—Amigo!

Y cada uno miró á la jóven extranjera en la que no habian hecho alto, porque vestida de paisana, la habian tomado por compañera, hermana ó parienta de alguno de los jinetes.

La heroína de la comenzada historia, llegada allí tan apropósito, fué desde luego, como es de suponerse, el objeto de las miradas de la parte de la reunion que habia asistido al principio de la confidencia. Sin embargo, ese movimiento de curiosidad fué corto y por un instinto de galante delicadeza, el silencio cesó y la conversacion se hizo general y animada. En seguida el payador queriendo rendir un homenaje indirecto á la bella paisana, que muellemente recostada sobre un poncho, saboreaba las delicias del mate, cantó acompañándose con su instrumento una cancion amorosa, la mas tierna, la mas escojida, la mas perfumada de su repertorio.

Llegado á una copla que pintaba con rasgos de fuego las tormentas de la ausencia, el payador dió á su canto una expresion penetrante, en la que palpitaban todos los dolores, todos los sufrimientos de un corazon apasionado. En ese momento la jóven muger, se habia incorporado y con los ojos fijos sobre el cantor, parecia escuchar avidamente la música y las palabras.

—Parecis fatigada; quereis entrar á dormir Olivia? le preguntó un gaucho colocado á su lado, uno de los que la habian acompañado.

—Dormir! con esta noche tan arrebatadora! respondió ella con un metal de voz encantador.

—Entonces, tapaos con ese pañuelo, para que el aire de la noche no os refrie.

—Porque? El fresco hace tanto bien!

Pero, el interlocutor, sin hacer caso de esta observacion, cubrió con el pañuelo la garganta de la jóven.



El rostro de esta alumbrado por la luna llena que, á esa hora de la noche, nadaba magestuosamente en medio de un cielo espléndido, aparecía en toda su belleza soberana. En la nobleza de las facciones, en la opulencia de la cabellera acumulada detrás de las sienes, en la suavidad de las formas, en la pureza armoniosa de las líneas, se conocía fácilmente el tipo porteño.

Olivia, ya para dar mas libre curso à sus ideas, ya por la necesidad de locomocion, se levantó para pasearse à alguna distancia del grupo.

La flexibilidad de los movimientos de su esbelto talle, de su busto ricamente contorneado, tenia algo de indeciso en su cadencia, semejante à la poesia española, cuya rima caprichosa, variada hasta lo infinito en cuanto al efecto, es sin embargo, casi siempre la misma. Poesia viviente, ella daba tambien á su marcha un amable abandono, una irregularidad llena de encantos.

Dos ojos maravillosamente rasgados, de un negro en extremo brillante, sombreados en el angulo interior de los párpados por filamentos azules cuyo vago tinte no alteraba en nada su candor virginal, se armonizaban en su bello rostro, con la pureza esquisita de una frente que irradiaban con las llamas de la mirada. Un vestido de color oscuro cerrado con un prendedor de oro en el nacimiento del seno, dibujaba dos globos ricamente cincelados, en todo el encanto de su ideal voluptuosidad, mientras que el pañuelo punzó cuyos numerosos pliegues ocultaban su cuello, no hacia sino hacer resaltar mas el marfil mate del rostro y la blancura incomparable del tinte. Eran los liros de la palidez criolla con toda su casta florescencia.

En medio de su silencioso paseo, la jóven tenia sus manos en una especie de movimiento perpetuo, ya oliendo un ramo de flores silvestres que llevaba en el seno, y que ponía un momento despues en sus cabellos, ya levantando el pañuelo que le cubría el cuello como si ansiase aspirar la suave frescura de la noche.

Al pasar casualmente por debajo del gran ombú, Olini levantó la vista, vió algo que se mecía, y habiéndose asegurado de la existencia de dos amacas, corrió hácia un árbol de duraznos que se hallaba cerca, cogió algunos, los guardó en el vestido y con una familiaridad infantil, vino á arrojarlos con direccion à los que dormían, creyendo que eran gentes del rancho que habian ido à acostarse allí.

Iba á repetir su juego cuando una voz salida de la aerea fortaleza, blanco de sus proyectiles, la hizo detenerse de pronto y cambiar su vivacidad en circunspeccion.

—Señorita, dijo Angeluci à la bella agresora, nos atacais, tened cuidado! Juno ar-

roja duraznos; Venus podria muy bien arrojarle la manzana.

Esta respuesta galante, cuyo estilo se alejaba demasiado del de los campesinos, puso término al juego de la jóven muger.

—Olivia! Olivia! que haces?

Esta voz partió del grupo de los gauchos y era la del mismo individuo que un momento antes la habia invitado amigablemente à cubrirse.

—Vamos niña, añadió la voz, venid! ya sabeis que tenemos que continuar mañana nuestro camino, y que es necesario que estemos de vuelta dentro de dos dias.

Olivia volvió al grupo y muy pronto despues fué llamada por una de las mugeres del rancho à acostarse en la cama que habia sido preparada para la naufraga; esto que se habia acostado en una amaca lo mismo que Angeluci, dejaba libre la habitacion y Olivia se instaló en ella.

## CAPITULO XXXI.

### Ecós de guitarra.

Habiéndose arrojado vestida en la cama, la soledad y el reposo parecían despertar repentinamente en ella, emociones que se manifestaban por las palpitaciones de su pecho. Pensamientos tumultuosos que las distracciones físicas de su paseo de un momento antes, habian alejado momentaneamente, volvieron en tropel y subieron à su corazon en olas de abrazadora sensibilidad.

—Qué siento? se decia pasando la mano por su frente; por qué este frio mortal y despues este calor febril? Qué cambio se ha operado en mí! Debía haberme quedado allí. No, no le amo, no le he amado nunca, lo conozco en la secreta repugnancia que me causaba su presencia, y en la alegría que experimento ahora, al hallarme fuera de su vista. Felizmente esta puerta está cerrada. Oh! si tuviese la dicha de que me dejase sola!

La jóven se incorporó vivamente; el gaucho acababa de entrar.

—Olivia, dijo á media voz, tengo una gran noticia que anunciaros, regocijaos, vuestro capricho querido va al fin à ser satisfecho; en una palabra, viajaremos.

El gaucho se habia sentado al lado de la bella argentina, cuyos cabellos acariciaba familiarmente con la mano.

El rostro de esta, espresó la sorpresa.

—Si, continuó aquel, he reflexionado, tomaremos el vapor en Santa-Fé, y de allí nos escaparemos como dos palomas, no es eso niña? Porque, en verdad, la política me fatiga; ansio hallarme lejos de esos estúpidos que se prosternan ante quien? Oh! ante quien, Dios mío!... Ya es cosa hecha, la Confederacion se halla en decadencia; ya no se sabe lo que es manejar

un fusil; cortesanos en lugar de soldados, he ahí lo que veo por todas partes. En cuanto á servir á un amo á quien desprecio á quien detesto.

—Hablad mas bajo general....

—Bah! que me oigan, que me importa. Esos brutos no entienden las medias palabras; estoy cansado de hablarles por metáforas y aun cuando comprendiesen al fin lo que no me atrevo á revelarles claramente, aun cuando me les hiciese conocer diciéndoles: levantaos! seré vuestro gefe! serian capaces de hacerse los sordos y de obrar como si ignorasen completamente mis deseos, mis aspiraciones, mis proyectos. Dejemos eso, no son dignos de que me ocupe de ellos.

El gaucho se acercó mas á Olivia y bajando la voz continuó:

—Pero el secreto que no quiero que sepan, es el de este amor que me embriaga, de esa sonrisa divina, de esas gracias seductoras, de esa esperanza que me encanta y que me vuelve mas loco cada dia. Niña, la felicidad para nosotros dos! para nosotros el placer, el gozo, la variedad! Donde quereis ir? Elejid. Que preferis? los Andes ó los Alpes? La naturaleza ó la civilizacion? Lima ó Paris? Estoy á vuestras órdenes.

La jóven con los ojos brillantes y humedos, cubria á su interlocutor con una atmósfera voluptuosa, pero al menor gesto que aventuraba fuera de los límites de una familiaridad decente, tomaba una actitud de reina y su mirada espresaba entonces una dignidad severa.

Una vez sin embargo, esta espresion fué tan altiva y tan glacial, que la frente del gaucho se oscureció.

Muy bien! dijo este con amargura, levantándose. La señorita parece ímportunada, voy á dejarla sola.

—Como gustéis.

Esta respuesta, pronunciada por Olivia en un tono perfectamente indiferente, fué seguida de un paseo que dió por la habitacion, mientras que el hombre, llegado á la puerta, se detenia indeciso si abriria ó no.

Se adelantó de nuevo y tomando el brazo de la jóven le dijo.

—Hay algo que no os atreveis á decirme Olivia?

—Es verdad Señor.

La pareja volvió á sentarse y guardó silencio por algun tiempo.

En ese instante sonó la guitarra del payador y muy poco despues se oyeron estas palabras cantadas, cuyas silabas llegaban claramente al interior.

.... "Porque, decia la mina de plata de Famatina á la viña verde de Mendoza, no vienes á entrelazar tus jóven ramage con mis opulentas rocas? Y la viña respondió:

guarda tu triste riqueza y tu sombrío abismo. Lo que me falta es un abrigo aclarado por el sol y la frescura de una pura fuente.

"La mina de plata de Famatina replicó: estás loca viña verde de Mendoza en preferir á la solidez de mis tesoros algunos efímeros rayos de luz? El oro fugitivo y engañoso del sol, vale la plata verdadera y macisa que os ofrezco? Con esta vana claridad dorada se hace apenas un adorno de algunas horas, bueno para adornar las silfides; con mi rico metal se fabrican prendedores y diademas para la belleza y brillantes arreos para el cabello en que monte resplandeciente de lujo y de amor!

"A esto, la viña verde de Mendoza contestó: No te creia tan absurda, mina de plata de Famatina, que pensaras haberme podido seducir con tus brazaletes, tu diadema y tus adornos espléndidos. No quiero tus riquezas subterráneo de donde se exhala el veneno; prefiero los dulces rayos que hacen madurar mi fruto y fermentar en mi seno el generoso licor de amor."

Asi cantó el payador, mientras que Olivia y el gaucho escuchaban, ella con avidez ardiente y el con concentrado despecho.

—Eso es, suspiró este levantándose de nuevo.... Que niño soy! creer, porque se tiene alguna gloria, una fortuna, un rango, un título brillante, tener derecho al amor de una muger! Perdon, me engañaba. Señorita, os devuelvo vuestra palabra.

—Caballero!....

—Oh! y de muy buena gana. Vamos, hablad con franqueza, no me amais....

La jóven se calló, arrojando miradas oblicuas en las que se leian la vergüenza y el embarazo.

—No respondeis? Acepto ese silencio; el me dicta mi conducta. Desde este momento sois libre. Y ahora que nuestra posicion respectiva se encuentra determinada, me atreveré á preguntaros el motivo de esa visita, de ese viaje al Entre-Rios?

—No os lo he dicho ya? ponerme bajo vuestra proteccion. Sola, sin familia, ausente de mis parientes, proscriptos ó muertos, he dejado ese infierno de duelo y de ignominia que se llama Buenos Aires, y he venido á recomendar mi infortunio á un militar que vive lejos de ese centro de horrores, que no piensa en eso, preocupado demasiado con la espada de un valiente general.

—Esta confianza me honra señorita, y si algo siento, es haber desconocido su verdadero caracter. Y, permitidme haceroslo notar sin reproche, vuestra coqueteria ha contribuido no poco á arrojarme á ese mar de ilusiones tan humillantes para mi, como injuriosas para vos. Pero las mugeres! Es tan dulce para ellas divertirse á nuestra costa!

—Perdon general, las mugeres tienen su malicia, si quereis, pero los hombres tienen para defenderse su inteligencia que es bien superior.

—Lo creis?

—Y sobre todo los de una categoria como la vuestra. No digo que baste encontrarse en una posicion elevada, para brillar por los dones del espíritu, pero es siempre una presuncion. La grandeza tiene la reputacion de inspirar.

—Comprendo, creen que tenemos grandes ideas....

—Y que las aplicais á grandes cosas.

—En mal ó en bien?

—En una y en otra cosa.

—En hora buena! sois indulgente.

—En cuanto á mi, si fuera hombre....

—Que hariais?

—Nada de mediocre, mientras pudiese.

—En verdad!

—Y para eso ambicionaria, no un puesto secundario, por mas elevado que fuese....

—Cual entonces?

—El primero.

El gaucha no respondió, pero miró á la puerta y con sonrisa desdeñosa murmuró:

—Con otros hombres se podria pensar en conquistar ese primer puesto; pero con estos!!

Dirigiéndose entonces á la jóven, dijo.

—Señorita, dad gracias al cielo de pertenecer á un sexo cuya ambicion se limita á los dulces pensamientos del amor, cuyo deber consiste en alentar á los hombres... Si, lo sé, continuó levantándose y paseándose á grandes pasos, mi conducta es débil é indigna, Sí, una voz secreta me grita en el fondo de mi alma que mi lugar se halla en otra parte que en las filas, de los servidores de un tirano estúpido. Que orgullo la última vez que le ví! que arrogancia! añadia el sarcasmo á la humillacion!, se atrevia á tratarme como á un vasallo!.... lo soy en efecto; es mi culpa. El reina, se le inciensa, se le adula, se le ama quizas.... Y yo! yo, que soy? un subdito. Y sin embargo si alguno debe reinar, es incontestablemente el que siente dentro de si mismo el fuego sagrado de la gloria y el instinto superior del poder.

El gaucha levantando la cabeza y la voz parecia en aquel momento la personificacion del orgullo, del despecho y de la ambicion. Continuó.

—Que es él? guerrero? yo lo soy tambien y mas que él. Hombre de energia? no es eso tampoco lo que me falta, y mi mano, cuando es preciso, sabe hacer rodar una cabeza bajo el filo de mi sable, inmolar prisioneros, derramar rios de sangre de traidores. Diplomático? Sé tan bien como él y aun mejor, recibir embajadores, tratar con los reyes, acabar por medio de la política

la obra poderosa de las armas. No soy yo, no, el que pondria la patria argentina á los pies de los gringos! Y sin embargo es eso lo que él hace y nadie reclama? nadie castiga esa traicion, ni venga ese ultraje?

La guitarra interrumpiendo entonces el monologo medio mental, medio oral del gaucha, hizo oír nuevos sonidos y la voz del cantor, acentuando en un tono heroico, continuó.

—“Que haces en tu inaccion oh guerrero! inclinas tu cabeza al yugo, mientras que podrias levantar tu frente resplandeciente con los rayos de la victoria. Si eres un niño colocate en una cuna y dejate mecer muellemente por una nodriza, al ruido de los cuentos de otro tiempo. Si eres una muger, ocupa tu corazon con las frivolidades del amor y las languidas imágenes de la voluptuosidad. Pero si eres hombre, de pié! haz ver que la vida no ha muerto en tu pecho! que tu boca en vez de repetir canciones, arroja el grito de guerra, que tus dientes rompan el cartucho y que tu caballo, participando del fuego de tu belicoso furor, os lleve lanza en ristre al impulso de su galope vertiginoso.”

El gaucha, escuchando desde el interior del rancho, esperó impaciente la continuacion de este himno, mientras que Olivia apoyada en el codo sobre una mesa y con las manos entre sus cabellos, parecia soñar.

“Te contemplo guerrero, continuó el cantor, pero no te reconozco yo. Busco en vano los tiempos de lejano recuerdo en que la patria altiva y poderosa entre las naciones americanas, dominaba en gloria y en magestad. Donde están los dias de Mayo? El destino los ha sumergido en el caos del olvido: el fúnebre manto de la indiferencia sobre esta historia sublime, de la que si ahora se habla, es para divertir los ocios de los poetas y de los cortesanos, no hace estimular á una noble imitacion á los patriotas y á los soldados.

“Comprendo que esto arroja en tu corazon la amargura de la vergüenza. Feliz remordimiento! ojalá que bajo tu saludable aguijon se despertase en ti el honor, y con él el predominio de nuestro pabellon sobre todas las enemigas banderas!

“Vana esperanza! no veo en mi alrededor sino hombres débiles, pusilamines, y esclavos que olvidan en la infamia del reposo, los sangrientos ultrajes de un tirano.

Hasta entonces, el gaucha saboreaba en medio de su emocion, el filtro de esas palabras que la casualidad habia puesto en boca del cantor. Derrepente se levanta, sale y tomando la guitarra de manos del payador, entona él mismo lo siguiente:

“Siempre he amado mucho dos cosas: la gloria y la libertad. Sin embargo si hubiese de elegir entre las dos, creo que prefe-

riria la primera. No porque la libertad no me entusiasme también, sino porque su hermana me parece más bella aun.

“Sol de la gloria, yo te saludo! Cuando tus rayos bajan desde lo alto del cielo, á las tinieblas de nuestra humillacion, el alma se rejuvenece y engrandece. Niegas tu aspecto vivificante al cobarde adormecido en la orgia de los festines, tu luz hiere su languida vista, tu fuego no puede penetrar al traves de su coraza de alyeccion. Pero el guerrero valiente se regocija en sus claridades, y tus llamas generosas engendran los prodigios.”

“Adelante! guerra! guerra! siento renacer en mi el heroismo, y reverdecer las grandes ideas!

“Un dia, es verdad, me vi desfallecer como tantos otros, lo mismo que el águila audaz que impulsada por su real instinto se eleva á las nubes, sin atender al peligro y sin tener otra ambicion sino hacer alarde de su intrepidez. Como el cóndor de los Andes yo también subia á la cúpula del Chimborazo, siguiendo las huellas de San Martin, de Belgrano y de todos nuestros ilustres guerreros; pero, ahí! el pájaro sublime, desvanecido, ciego, perdiendo el aliento, se vió á veces á merced de los vientos, abandonando su destino al azar de la tempestad ó bien descendiendo por su propio peso, se vuelve á encontrar en medio de sus bosques; allí, huyendo de la luz permanece algun tiempo sombrío y solitario, habiendo renunciado en apariencia al cetro y al imperio.

“Así me sucedia á mí mismo. Pero esta abdicacion y este desfallecimiento no eran sino pasajeros. En un corazon argentino, el heroismo puede adormecerse; morir jamás.

“Soldados, he aquí á vuestro general. Payador preparad un nuevo canto de victoria. Dadme laureles y palmas, dadme alas resplandecientes, quiero remontarme nuevamente á las nubes apoderame allí del rayo, y venir á herir con él á los traidores y á los cobardes.

“Ya la espada ha brillado, ya la señal se ha dado. Veis esa ciudad que combate con valor contra los infames sitiadores que la desolan? Es Montevideo. Veis esos encuentros de hombres y de caballos que se confunden en una atmosfera de sangre y de pólvora? admirad la marcha de esas lejiones, el arrojito de esos jinetes, el ardor indomable de esos batallones patriotas! El enemigo, desesperando vencer en batalla campal á los intrépidos defensores de la noble ciudad, los hostiga, los fatiga, tratando de sorprenderlos por medio de ataques nocturnos y sembrando en la campaña la traicion, la sangre y el furor. Oh! rómpete lira mia! antes de cantar cosas tan lamentables! Y nosotros amigos, en lugar de himnos estériles, volemós al socorro de esos héroes para

participar con ellos de la poesia de las hazañas y del orgullo del triunfo!”

Al acabar esta copla, el gaúcho en un acceso de entusiasmo, arrojó la guitarra y sacando su espada de debajo del poncho, la blandió en el aire, y exclamó:

—A Montevideo! á Montevideo!

—A Montevideo! á Montevideo, repitió un coro de voces.

El espectáculo que ese paisaje ofrecia en aquel momento, era de los más caracterizados. Los primeros albores del naciente dia, empezaban á aclarar la escena y los personajes; las brisas tibias y perfumadas de la aurora traian no sé que emanaciones regeneradoras. Desde lo alto de sus amacas Elena y Angeluci, despiertos y atentos, seguian con la mirada y el oido las peripecias del drama que se representaba y en el que unos veinte gaúchos desempeñaban su rol.

En efecto, con esta movilidad impresionable propia de las poblaciones de la campaña argentina, los grupos, sumergidos poco antes en su sibaritismo de músicos, habian tomado repentinamente una actitud animada al ver al sucesor del payador tirar la guitarra, dar el grito de guerra y hacer brillar la hoja de una espada. La vista de una arma semejante causó un asombro mezclado de admiracion.

Olivia, de pié, en el umbral del rancho, pálida con la cabellera al viento, asistia á una peripecia que prometia comenzar por Montevideo y concluir por Buenos Aires.

Cualquiera que fuese el jefe que los llamase así á las aventuras guerras, la imaginacion de los gaúchos se escitó vivamente, y cada uno se entregó á la nueva corriente con esa movilidad y ese amor á lo imprevisto, que en aquella época de crisis provinciales y de complicaciones de nacionalidad, caracterizaba el instinto de nuestros campesinos.

—Y mirad! dijo el hombre de la espada, he aqui un buque que se acerca; el nos conducirá.

En efecto, se distinguia en el horizonte el humo de un vapor que serpenteaba como una larga cinta de adorno sobre la risueña frente de la aurora.

—A caballo paisanos! y abordo á almorzar! es el general Urquiza quien os convida!

—El general Urquiza!!

La primer emocion de sorpresa de los diferentes grupos no habia pasado aun, cuando el general habiendo ensillado de prisa dos caballos, uno para el y otro para Olivia, galopaba en direccion al rio.

Elena y Angeluci saltando de sus amacas aprovecharon la ocasion que se les ofrecia de ir á buscar los naufragos, y siguieron también á caballo, acompañados del resto de la reunion, menos algunas mugeres que quedaron para guardar el rancho.

## CAPITULO XXXII.

## Por qué estoy celoso?

Llegado á la playa, el general aguardó el paso del vapor é hizo flotar en la punta de su espada un cintillo punzó, describiendo en el airé ciertas señas particulares. Algunos momentos despues el buque se detuvo y envió su bote que no tardó en transportar abordo á todas las personas presentes.

Despues de algunas palabras cambiadas en voz baja entre el comandante del vapor y el general, el buque en lugar de continuar su viaje hácia Montevideo, retrocedió y remontó el Paraná.

No habia abordo ningun pasajero y los individuos de la tripulacion, poco numerosa, parecian abatidos y fatigados. Podia notar se al mismo tiempo una viva agitacion pintada en la fisonomia del general, durante la conversacion confidencia. principiada otra vez entre él y el comandante.

—Vamos! suspiró Urquiza, esperaremos una ocasion mejor!

Los marineros interpelados por su parte, por los recién venidos, acerca de ese brusco cambio de destino del vapor, se encerraron en un silencio exesivamente discreto, coincidiendo con las miradas sospechosas que el general y el comandante echaban sobre esa reunion improvisada.

—Los conoceis al menos? preguntó el capitán á media voz.

—No á todos, y será bueno por lo mismo aplazar la expedicion hasta despues de una revista general. En cuanto á los trescientos desertores de q' acabais de avisarme, el hecho es deplorable, pero al fin puede repararse.

—Paisanos! continuó Urquiza dirigiéndose á su gente, cualquier camino conduce á la gloria; tranquilizaos, Montevideo no se nos escapará! A la mesa amigos míos!

—Y bien Olivia, no venis á almorzar?

—Mas tarde Señor. Acordadme un poco de soledad os lo suplico.

—Siempre esta soledad! murmuró Urquiza entre dientes.

La jóven se habia sentado en la popa, detras de la vela del palo de mesana. Allí, esperó á que todo el mundo se hubiese puesto á la mesa; y cuando se vió completamente sola, sacó con precaucion de su vestido un libro que abrió con avidez.

Estremeciendose en medio de una especie de exaltacion religiosa, levantó los ojos al cielo, bajandolos en seguida sobre el libro, cuya lectura parecia devorar.

“No habrá en Buenos Aires una muger tan heróica capaz de imitar á Judith y á Carlota Corday! Entre tantas viudas y huérfanas que han perdido hasta su última esperanza con la sangre de sus esposos, de sus hijos, de sus hermanos, de sus pro-

metidos, vertida por el cuchillo de Rosas, no habrá una que finja amor por el tirano y que como Judith finja estrecharlo impudicamente con un brazo contra su seno. y con el otro le abra la garganta? ¿No habrá alguna que repitiendo las torpes palabras de que gusta, se llegue hasta él á pedirle una gracia ú ofreciéndole comunicarle un secreto de importancia, y fingiendo doblar la rodilla por gratitud ó entusiasmo, le sepulte en el vientre un puñal envenenado como hizo Carlota con Marat? Muger de Buenos Aires! si alguna de vosotras emprende tan santa y gloriosa obra, no olvide envenenar el hierro que destine á ella, con un veneno activo, como tintura de cobre, arsénico, ácido prúsico; entonces será bastante una ajuga, una tigera y mas si la clava en el vientre del obeso tirano, en el que la punta libertadora penetrará con la misma facilidad que la sonda en el barro humedo y fofó.

Al llegar aquí, Olivia oyó gritos de alegría en el banquete. Inquieta un instante, volvió á leer:

“Entre tantas mugeres á quienes insulta y deshonra, que llegan hasta él, ¿no habrá una que asesinandolo quiera ser la *muger de la patria*?... La misma Manuela lavaria su negra mancha con la sangre de su maldito seductor! La esposa de Focas, Tebe consorte de Alejandro, Fredeganda muger de Chilperico dividian tambien el lecho y la mesa de esos insignes malvados, tambien eran aborrecidas del pueblo, porque vivian bajo el mismo techo que esos tiranos, pero cuando se presentaron ante la humanidad con el puñal destilando sangre opresora y culpable, el pueblo no vió en ellas sino unas santas y esforzadas mugeres.

“Los hombres doblarian la rodilla con religiosa veneracion ante la heróica matadora de Rosas. Las mugeres la bendecirian señalandola á sus hijos como el modelo de honor y gloria de su sexo. La patria le erigiria un monumento. El mundo civilizado repetiria su nombre como los de Judith y Carlota Corday. Su imagen se hallaria en todas partes; adornaria el cuello de las vírgenes, el morrion de los guerreros, coronaria el asiento de los magistrados, brillaria en el escudo de armas de la República. Qué poeta la olvidaria? qué orador hablaria de virtudes patrias sin nombrarla? Qué escultor no trabajaria su estatua? Qué pintor no la haria el tema de sus trabajos? El aniversario de su natalicio y el de su tiranicidio serian dos grandes festividades nacionales, tan solemnes como los dias de Mayo.”

Con el seno palpitante, la palidez del entusiasmo sobre su rostro acariciado por la brisa marítima, la jóven reflexionó durante algun tiempo. En el otro extremo del bu-

que el almuerzo continuaba y creyó oír que se bebía á la salud del dictador.

—Pobres gentes! dijo, son unos niños, que cambian de opinion como cambian las olas que azotan este buque. Habría querido sin embargo conseguir mi objeto por otra via, pero que se puede esperar de hombres que por la mañana hablan de guerra y de sublevacion y que á medio dia se dejan llevar por la embriaguez y los cobardes pensamientos del cortesano? que esperar de un general pusilánime que partió para ir á clavar en Montevideo su pabellon libertador y que vuelve desanimado á su estancia de Entre Rios?

En ese momento, la jóven escuchó de nuevo. Palabras confusas mezcladas con el choque de los vasos poblaban el espacio al traves del ruido del vapor.

—Viva la Confederacion Argentina! mueran los salvajes unitarios! gritaron en medio de la animacion del banquete.

—Oh! ya es demasiado! con nadie mas que con miigo misma debo contar!

Y abriendo de nuevo el libro, Olivia continuó:

“Piensa, valiente tiranicida, quien quiera sea el destinado por Dios á derramar la sangre de Rosas, en la satisfacion inmensa que llenará tu pecho, cuando despues de tu santa accion oigas resonar en toda la América un himno de gracias á tu magnanimo asesinato. Oye como repiten tu nombre entre lágrimas de gratitud, esos millares de emigrados de todo sexo y edad que van á tener patria por tí, que á tu brazo deberán el vivir y morir bajo el techo de sus padres. Mira como se levanta ese pueblo oprimido, cuyas cadenas habeis trozado, y alza las manos al cielo y en seguida las dirige hácia tí para bendecirte, á tí su libertador, ministro de su salvacion en la tierra. Tu serás para la América el varon escogido....

—Que otro sexo tenga esta gloria! exclamó Olivia á estas últimas palabras. No! no! Es al mio á quien pertenece! Despues continuó:

....“Tú serás el mortal predestinado para su bien. Si ambicionas la inmortalidad, regocíjate con la certidumbre de que no la habrá mas grande que la tuya, libertador de una tierra que antes de dos siglos contendrá mas habitantes. mas poetas, mas escultores, mas pintores, mas publicistas que la Europa actual. La humanidad entera aplaudirá hoy mismo tu esfuerzo y te hará un lugar al lado de Bruto y de Tell, porque como ellos vas á asegurar un porvenir venturoso á millones de hombres. Despues que mates á Rosas, no correrá ya una lágrima; una sola gota de sangre, no manchará estos campos y ciudades, cubiertos hoy de huesos humanos. La libertad, la

dicha, la paz, la prosperidad, se deberán solo á tí, hombre de Dios! ...

—No!! mujer de Dios! exclamó con fuerza Olivia interrumpiéndose.

....“Muger de Dios á quien miro y no conozco aun, y eres desconocida al mundo entero. Bendito uno y mil veces el dia en que naciste! La virtud mas pura, el pensamiento de Dios moraba en el alma de la que te concibió. Un momento te bastará para cumplir tu grande apostolado, misionero sublime de espacion y de sangre, pero méditalo bien para que no te falle. Te queremos salvadora pero no mártir. Combina durante dias, meses enteros, tus medios, y cuando te sientas inspirado, hiere con pujanza omnipotente, esa cabeza culpable de tirano, puesta á precio, maldita, consagrada á la muerte. Adelanta tu pié con firmeza, hasta que lo puedas tocar con tu mano, miralo bien, reúne todas tus fuerzas, y al herirle, Dios te proteja!

Mientras que Olivia entregada á su lectura, saboreaba la embriaguez de esas excitaciones ardientes, Urquiza se le habia acercado; el libro estaba cerrado en aquel momento, y la jóven absorta en sus meditaciones, tenia los ojos fijos sobre el puente. El general leyó sobre la cubierta de él: *Poesias de Rivera Indarte.*

—Ah! exclamó Olivia, ocultando precipitadamente la obra, estabais ahí general?

—Sin duda, como siempre, á vuestro lado cuando menos lo creis. Y sé tambien en que os ocupabais....

—Oh! no de gran cosa, dijo negligentemente la porteña, de poesia.

—Comprendo. .. de poesia conspiradora.

Olivia se estremeció.

—No os hago de ello un crimen. Al contrario, me gusta esa virtud espartana que sueña con los pensamientos heroicos. Es necesario sin embargo, plegarse á las circunstancias, y el fruto no está maduro aun, querida.

—Qué quereis decir?

—Que mas tarde podremos pensar en sacudir el yugo. Ahora se trata de soportarlo.

La porteña miró con sorpresa y desprecio á su interlocutor que sin fijarse en esa muda reprobacion, continuó así:

—Olivia, hay en la vida humana, como en la vida general de la naturaleza, crisis de incertidumbre en que la voluntad, flota por decirlo así, al azar. Y mirad á vuestro alrededor. El rumbo de los vientos es indeterminado. De donde viene el soplo atmosférico? Tan pronto de un lado como de otro. Es la imágen de la política.

Efectivamente en el momento en que Urquiza hablaba, el cielo del Paraná en el que tenia lugar un conflicto de corrientes

aereas, parecia una liza abierta en que se combatian todos los vientos del horizonte. Continuó:

—En una posicion semejante, qué hace el marino? Atento cambia la vela segun el viento que le sirve de guia. Yo hago lo mismo y me conduzco segun los sucesos mas fuertes que yo, mas fuertes que mi voluntad. Como ese buque, maniobro esperando mejores tiempos.

—Y esta fuerza, exclamó, Olivia, este vapor que manda á los elementos, no los contas para nada? Qué importan los vientos contrarios? Mirad, lento ó rápido, el buque sigue su camino. Por qué no lo imitais? El vapor, he ahí la imágen de la voluntad! Por qué, vos, poder inteligente, no decis lo que ese poder ciego os grita por medio de su organismo de hierro y de acero: lo quiero!!

—Porque no soy dueño de esas voluntades caprichosas que me rodean y que mil veces mas fuertes en su pasiva inconstancia, que todos los vientos del cielo en su furiosa impetuosidad, traban mi marcha y me la impiden. Hijo del desierto, el gaucho se halla entregado á una multitud de influencias que se suceden en él con una movilidad espantosa. Pasa de una opinton á otra sin motivo, sin razon, por el solo efecto de su fantasia, como una coqueta, perdonadme esta comparacion, pasa de la admiracion al amor, y del amor á la indiferencia.

—Oh! los hombres! los hombres! continuó el general, sin dejar responder á Olivia, los conozco. Que son? instrumentos. Hablan de libertad, de patria, de gloria, grandes palabras huecas á las que no dan sentido alguno. Esclaves por instinto, están siempre dispuestos á aceptar un amo, cualquiera que sea, con tal que se sepa halagarlos habilmente. Podria, si quisiera, guiarlos, dominarlos, por medio de falsos discursos y falaces promesas. Desprecio esas maniobras indignas de mi. Por otra parte, tengo mi plan. Dejemos establecer mi obra sobre las bases de la esperiencia; no será sino mas sólida. Buencs Aires está convertida, pero la campaña se encuentra aun llena de preocupaciones. La dura educacion de ese pueblo no está concluida aun; necesita todavia por algun tiempo de su terrible maestro de escuela. Entonces llegará nuestro turno Olivia; entonces, cuando Palermo haya terminado su tarea, el Entre Rios principiará la suya!

Esos desahogos confidentiales eran hechos en voz baja. El general echado familiarmente sobre el puente, con la espalda apoyada en el palo de mesana, no veia ó fingia no ver la expresion de reserva altiva y desdeñosa que se leia sobre el rostro de la porteña.

Otro grupo colocado á alguna distancia

de este, parecia seguir con marcada atencion, los menores movimientos de ambos interlocutores; eran Elena y Angeluci que, silenciosos y preocupados no cesaban de mirar á ese lado.

La duquesa del Monte Valeriano y su salvador habian tomado parte en el banquete de los gauchos; allí supieron por los marineros que á la altura de la isla de los leñadores, un buque naufragado habia sido visto por ellos. Sin haber podido dar relativamente á las personas salvadas, noticias positivas, resultaba de su relato que un negro visto á lo lejos, y llevando dos niños en la grupa, habia llegado á caballo á la orilla á aguardar el paso del vapor; pero como las rigurosas instrucciones dadas al capitan, no permitian detener al buque, el negro y sus niños habian sido perdidos de vista; solo habian podido conocer por medio de un anteojo que ese grupo parecia hallarse completamente sano y salvo. En fin, esa misma tarde, despues de volver la calma y al doblar la isla, el vapor habia visto todavia al mismo grupo, pero acompañado esta vez de siete ú ocho hombres, en un bote de cuero con direccion á la villa Paraná.

Esta importante relacion tan capital para Elena, cuyos favorables presentimientos eran justificados así, establecia dos puntos principales: el primero que Justiniano se habia salvado con Emilio y Clementina, el segundo que muy pronto iban á encontrarse juntos en el Entre-Rios. En cuanto á los hombres del bote, todo hacia creer que eran una parte de los pasajeros del bergantin recogidos por Lorenzo, Frantz, Nicolas y los demas leñadores, que se habian aprovechado de esta circunstancia para volver á la estancia de Urquiza.

Despues de haber escuchado esos detalles, bálsamo divino para su corazon de madre, la duquesa habia dejado á los gauchos y á los marineros continuar su almuerzo mezclado con canciones federales, gritos de ébrios, vivas en honor de Rosas y de su fiel teniente D. Justo José.

Angeluci retirado con ella á un rincon del vapor, con el brazo fraternalmente en derredor de su cuello, habia murmurado á su oido tiernas felicitaciones escuchadas por ella con complaciente alegria, cuando el grupo solitario de Urquiza y de Olivia atrajo las miradas de ambos, pero especialmente las del porteño.

Angeluci trató muchas veces de romper la corriente invisible que dirigia su atencion á ese lado; pero siempre y apesar suyo, su vista volvia á tomar la misma direccion, como la aguja de marear la del polo del norte.

—A quien mirais así Angeluci? le preguntó Elena con sonrisa encantadora y un

timbre de voz vibrante de misteriosos ecos de una felicidad íntima y tranquila.

—A nadie Señora . . .

—Siempre *señora!* ya sabeis que os he prohibido darme tan feo título.

—A nadie Elena—contestò el porteño recobrándose, con el rubor de la vergüenza en el rostro.

—Vamos, observó cariñosamente la duquesa, no esteis tan embarazado. Pareceis un estudiante en penitencia ó un enfermo. Est is mareado acaso?

A tan afectuosa amabilidad, el porteño se sentia aun mas embarazado y avergonzado. Al fin se recostó sin decir palabra sobre la cubierta, y sin que Elena lo viese, derramó lágrimas ardientes.

La jóven respetó con delicadeza la soledad en que su salvador acababa de encerrarse. No se disgustó ni se inquietó por esa distraccion, sino que ardió en deseos de saber la causa. En vano el porteño fué objeto de algunas tímidas preguntas aventuradas por ella, no pudo obtener la menor confidencia, por lo que se decidió á callarse.

Mientras reflexionaba en lo que podia causar á su compañero esa taciturna preocupacion, este, con el rostro oculto por el ante brazo, se habia formado un punto de observacion del que podia á sus anchas satisfacer la irresistible atraccion que par-tía del grupo.

Era al general ó á Olivia á quien Angeluci devoraba con una mirada incesante? al uno y á la otra, pero mas à menudo al primero.

Un nuevo tormento de que apenas podia darse cuenta lo enclavaba á ese espectáculo de intimidad amorosa y de felicidad aparente.

Hay en el corazon humano diversas fuentes de pasiones; las unas ardientes, dejan su obra al descubierto, de modo que se pueden seguir sus movimientos, sus progresos y su fin; las otras, silenciosas y secretas, llenan su tarea en la sombra, como el gusano roedor se abre una galeria y fábrica sus caprichosos arabescos en el pesor de un mueble, que admira verlo caer hecho polvo entre los dedos.

Angeluci sentia así en si mismo el efecto de un trabajo lento é invasor que no podia definir y que sin embargo marchaba siempre. En extremo sorprendido de esta sensacion de vaga inquietud, trató de analizarla y la halló compuesta de dos cosas: de dolor y de remordimiento. Un tercer elemento entraba tambien, pero tan débil, tan flotante, tan indeciso, que le fué absolutamente imposible, en esta descomposicion quimica interna, discernir en él una realidad ó una quimera, una idea verdadera ó una verdadera ilusion. Ese tercer elemento, el amor,

escapaba pues á todo analisis, sea que Angeluci se encontraba en la duda singular de si lo sentia ó no, sea que desnaturalizado por la mezcla, se confundiese con los sentimientos amargos y penosos que predominaban con el fondo de su corazon.

Porque este dolor? porque ese remordimiento? porque ese amor?

La terrible curiosidad de Angeluci se concentraba, lo hemos dicho, en la persona del general; le miraba, y sufría cruelmente. Y por un misterio extraño en el alma, cuanto mas sufría, mas deseaba sufrir.

Al mismo tiempo, su pensamiento se tornaba hácia Elena, hácia Elena á quien tenia á su lado, y entonces se apoderaba de él para torturarlo una confusion no menos dolorosa.

Pero lo que ponía el sello á su admiracion y á su suplicio, era la increíble facilidad con que dejaba á su amiga, á su amante, á su adorada, para ocuparse de una extraña que le era completamente indiferente, así lo creía él al menos.

De esas dos mugeres de las que una habia sido su sueño de ternura, por espacio de tres años, á quien acababa de encontrar y salvar de un gran peligro y la que desde entonces formaba su sociedad íntima y la otra se le aparecía por primer vez al lado de un hombre, se preguntaba con rabia, avergonzado de hacerse semejante pregunta, á cual de las dos amaba. La respuesta era por Elena, pero la respuesta mentía.

Entonces el jóven se irritaba con esta protesta interior inexplicable y trataba de dominar con el desprecio de la indiferencia, el ascendiente fatal que lo subyugaba.

Y que le importaba esa muger? que le importaba ese hombre y su intimidad y sus sonrisas y sus galanterias y sus familiaridades? Que deseaba? acaso el abismo de su corazon no se hallaba cegado por la felicidad, el amor de su querida Elena?

No, el abismo se hallaba abierto; se hallaba allí abierto, misterioso, extraño; y sondeando con espanto sus nuevas é inconmensurables profundidades, un vértigo se apoderaba de Angeluci. Tenia necesidad de aborrecer y de sufrir. El fantasma de ese amante le perseguía implacablemente; verlo al lado de Olivia, tal era la ocupacion de su sufrimiento y ese suplicio persistía y creciendo le servía de alimento á si mismo. El porteño se aventuraba rara vez á contemplar á la jóven extranjera, porque entonces el suplicio se complicaba y se tornaba, por decirlo así, insuportable.

No atreviéndose á confesarse un principio de pasion que miraba no solo como una absurdidad, sino como un insulto á su adorada, Angeluci, en medio de la fiebre lenta que lo consumía, esperaba del fin del viaje, el término de su tortura. El vapor se



deslizaba rápido sobre las muelles ondas del Paraná, como un viagero ansioso de llegar. El alma del porteño se hallaba mas apurada por libertarse de su fatal pesadilla.

Elena con un sombrero de paja de anchas alas, se hallaba sentada bajo el toldo que el capitán acababa de hacer colocar sobre el puente. Ocupada en bordar cantando, la duquesa se habia alejado un poco de Angeluci, que recostado siempre sobre la cubierta, en una direccion oblicua, formaba uno de los angulos de un triangulo del que, el grupo de Olivia y de Urquiza y la persona de Elena, componian los otros dos.

El porteño permaneció largo tiempo en esta posicion sin cambiar de lugar, y en seguida se puso à pasear sobre el puente, esperando arrojar con este egercicio esa persistente fascinacion.

Al pasar cerca de Elena, esta le miró con una sonrisa de inteligencia que desconcertaba todas sus ideas relativas à esa muger. La calma y la quietud de que gozaba, la complacencia que su fisonomía espresaba por una debilidad tomada en flagrante delito, manifestaban un desinterés extraño. Añadió el gesto à la sonrisa y deteniéndolo por el faldon de su redingote:

—Queréis, dijo en voz baja guiñando el ojo del lado de Olivia, entablar relacion con esta señorita?

### CAPITULO XXXIII.

#### En San José de Entre-Rios.

Un autor árabe habla de un dervis santo que habia recibido de Mahoma el don de leer en el interior de las conciencias, como en un libro abierto. Angeluci creyó que su adorada poseia el mismo don. La claridad penetrante y simpática de la amistad que vela ó del amor maternal que espia, no arrojan resplandores mas serenos en el secreto de los pensamientos de un amigo querido ó de una hija amada, que los que arrojó la pupila de Elena, iluminando con su dulce é irresistible inquisicion, los misterios del corazon del porteño.

Un criminal que parece delante de su juez un penitente à quien las instancias de su confesor arrancan una confesion penosa, sienten un baño de delicias en comparacion del abismo de vergüenza y de sufrimiento moral en que se sintió sumido el jóven.

—Dejadme hacer, añadió la duquesa sin prestar atencion à la extraordinaria turbacion de este, voy à presentaros al general y con este motivo à la señorita. A las mugeres les es permitido todo. Es una idea feliz, no es verdad?

—Deteneos, Elena, deteneos! . . .

Angeluci presa de una reaccion poderosa quiso cambiar por una actitud digna, el rol

humillante que desempeñaba en aquel momento; humillacion que venia de su propia conciencia y no de otra parte, porque la voz de la duquesa lejos de espresarla ironia ó el reproche, se armonizaba maravillosamente con su fisonomia para manifestar un cariño lleno de candor.

Se sentó à su lado y con los ojos bajos, recibió temblando entre sus manos la que le alargaba la jóven.

—No, quedaos, os digo, Elena, murmuró con una especie de despecho, viendo que esta se disponia à levantarse nuevamente.

Y añadió con voz cada vez mas conmovida.

—Conversemos, amiga mia y desde luego, descubramonos recíprocamente nuestras pequeñas faltas; porque yo tambien tengo que quejarme. . . .

—Tambien. . . . dijo la duquesa, recogiendo esa palabra, tambien! . . . pero si yo no me quejo, observó con mucha sorpresa.

—Bien, en ese caso seré yo solo el que me queje.

—Y de qué?

—De haberme engañado.

—De haberos engañado Angeluci!

—Al decirme que erais viuda, que vuestro corazon estaba lib.e. Oh no! no lo está, demasiado lo veo. Decidmelo señora, decidme que vuestro amor es de otro, que vuestro marido vive aun. Necesito esa confesion para esplicarme la indiferencia. . . .

Aqui, Angeluci se detuvo, como sofocado por el despecho mas contra si mismo que contra su adorada.

— . . . la indiferencia, continuó haciendo un esfuerzo, que os ha causado, que os causa aun mi triste conducta de hace un instante. Que puede importar à una muger que tiene un esposo, la infidelidad de un amante?

—Mi esposo, repuso gravemente Elena, pero sin el mas mínimo acento de reproche, posee en la tumba mi fidelidad, como la poseia en mi lecho nupcial, en el que su lugar era siempre à mi lado. En cuanto à su muerte, es cierta; os he dicho la verdad Angeluci.

A esta respuesta de la Sra. del Monte Valeriano, pasó en el corazon del porteño un fenomeno singular. La constancia que la jóven viuda profesaba à la memoria de su marido, esplicaba bien el porque se mostraba indiferente à la inconstancia de su amante, pero no daba la clave de ese otro enigma, de esa virtud tan pura combinada con una familiaridad tan fácil y ese abandono pronto à acordarlo todo en apariencia. Era preciso ó que esta muger se considerase bien fuerte en si misma, ó que la confianza que le inspiraba su salvador, se hallase colocada bien alto en su opinion. Angeluci, sin pro-

nunciarse por una ni por otra alternativa, tomó algo de cada una de ellas, y concibió desde ese momento relativamente á Elena dos grandes ideas:— idea de admiración por tanta virtud, idea de gratitud por una ternura tan franca y tan amable.

Ese sentimiento no era sin embargo el que dominaba en el corazón del porteño. La alegría, una alegría mal contenida, una fuente de felicidad íntima en todo su ser, he aquí lo que experimentó, lo que saboreó, lo que paseó con complacencia en lo más íntimo de su pensamiento, al saber que Elena no lo amaba,

Si en la noche anterior, cuando se hallaba acostado en su amaca al lado de la de la duquesa bajo el poético ombú del rancho, soñando con las delicias de un amor mutuo y de uno próximo himeneo, alguien le hubiere dicho; este amor cuya ilusión te encanta, dentro de algunas horas te alegrarás que no exista; este himeneo que saludas de antemano con todo el fuego de tus deseos, dentro de algunas horas, te espantará como un espectro, y le verás con el corazón deliciosamente aliviado, ocultarse en las tinieblas de la nada; si una voz hubiese hablado así entonces al amante de Elena, no habría encontrado expresiones con que manifestar su indignación por semejantes blasfemias.

Y sin embargo la voz habría sido buena profetisa.

Que un adolescente en el fervor del recuerdo; consagre á una imagen fugitiva entrevista al pasar, una adoración eterna, este entusiasmo amoroso, esta constancia caballeresca se comprende. Que un héroe intrepido y enamorado, se apasione hasta el delirio de la que su brazo ha salvado del furor de las ondas, de la que su aliento ha arrancado de las garras de la muerte, nada más natural. Pero que una aparición fortuita, que una cabeza femenina vista en la penumbra del alba sonriendo á un hombre, que unas manos acariciando en la intimidad una cabellera, que ese espectáculo tan indiferente en sí para ojos extraños, destruya en su instante todo un edificio de vanas ilusiones, cambie en mentiras esas realidades del corazón, que se creían tan sólidas, esos encantos de la imaginación que se creían eternos, y reemplace ese mundo desvanecido de quimeras por una quimera nueva y desconocida, advenediza, heredando con insolencia todas esas riquezas y elevando con orgullo su trono sobre todos esos despojos, como el arcángel del porvenir sobre el caos de un universo destruido, he aquí lo que sorprende y lo que sin contradicción forma uno de los misterios más insondables de nuestra naturaleza, tan grande y tan débil al mismo tiempo, doble infinito de sublimidad y de miseria, por la ma-

ñana cielo de heroísmo, á la tarde golfo de mediocridad, abismo siempre de contradicciones.

Angeluci se sentía interiormente alegre de ver á la joven viuda abandonar por sí misma el santuario en que otra divinidad acababa de usurpar su lugar. Su exterior trataba sin embargo de protestar contra esos accesos de felicidad secreta, pero fué en vano. Sus esfuerzos vanos y embusteros no hicieron sino poner más de relieve los verdaderos sentimientos que hervían y flotaban en las profundidades de su tempestuosa felicidad. Contra su voluntad, su cabeza se dirigía siempre hácia donde Urquiza y Olivia continuaban conversando.

—Eh bien! dijo Elena, volviendo á su oferta, os decidís á visitar á la amable pareja?

Al decir esas palabras, la duquesa se había levantado, y el porteño sin decir una palabra, sin hacer ninguna resistencia, siguió pasivamente, después de haber, por un movimiento mecánico, tomado del brazo á la joven que cantando y moviendo el cuerpo graciosamente, se dirigió con él hácia donde estaba Olivia.

Elena sintió al contacto de su mano una palpación en el costado de su compañero. Angeluci parecía presa de una vaga aprensión y quería acortar el paso. Pálido y trémulo, todo su ser respiraba el terror. Iba á la felicidad como un condenado vá al suplicio.

Tiernos apretones de brazo de parte de Elena, acompañados de palabras amigables, habían conseguido darle alguna firmeza, en el momento en que llegaban al grupo.

Urquiza al ver venir una señora, se levantó con galantería. Olivia respondió al saludo de Angeluci con un ligero movimiento de cabeza, mientras que el velo de sus negras pestañas bajaba como un pabellón sobre sus pupilas.

La porteña permaneció algún tiempo con la vista baja, en un silencio lleno de dignidad, esperando con fría política, á que la extranjera hubiese concluido con el general su conversación, que según ella creía era asunto de pocos instantes.

Contra lo que esperaba, Olivia vió que esta y su compañero, en lugar de retirarse, eran invitados por Urquiza á sentarse; el general mismo se había apresurado con galantería á traer dos taburetes. Entonces sin mostrarse contrariada, ni sorprendida de la sociedad de los recién venidos, la porteña tomó un aspecto cuya severa decencia contrastaba con el semi abandono en que yacía un momento antes. Con las manos cruzadas sobre el pecho, más abajo del seno, el vestido cerrado en el cuello por medio de un prendedor, los pies cubiertos por largos pliegues, dignos del rigor de la antigua eti-

queta española, presentaba en el conjunto de su exterior una ausencia completa de coquetería y esa preocupación de las conveniencias sociales que se nota en una mujer de mundo sorprendida, medio desarreglada, por desconocidos.

Angeluci que se había aproximado á Olivia, experimentó una gran opresión en el corazón y un embarazo real ante el muro de nieve contra el cual se estrellaron sus primeros cumplimientos. Balbuceó algunas palabras incoherentes q' la jóven pareció no notar, contentándose con no pasar el límite que separa la estremada reserva de la grosería. Parecía sufrir mas bien que gustar de los cumplidos de que ora objeto, y ese sacrificio un tanto afectado que hacia visiblemente de su reposo á las leyes de la complacencia, aumentaba todavía mas la posición pensosa y falsa del porteño.

El malestar de Angeluci iba en aumento y concluyó por hacerse insoportable. Elena que se apercibió de ello, vino en su auxilio.

Con ese tacto femenino cuyo secreto poseen las hijas de Eva, dejó al general y vino á sentarse familiarmente al lado de la señorita, tratando de reemplazar cerca de ella al pobre Angeluci. Gracias al torrente de palabras confundido con las risas de la duquesa, el porteño pudo cubrir su retirada y salir con los honores de la guerra, como se dice en estilo estratégico, para pasar al lado de Urquiza que invitó cortesmente al jóven á dar un paseo sobre el puente.

Desde que Angeluci, enviado por Rosas á su teniente de Entre Ríos, había pasado como cautivo á la especie de esclavitud que el lector conoce, las facciones de su rostro, el metal de su voz, las proporciones de su talla, todo en su persona había cambiado mucho. El sufrimiento físico y moral cuya huella profunda se notaba en su fisonomía, había caracterizado al mismo tiempo de la manera mas pronunciada los movimientos de su cuerpo, que una energía habitual hacia bruscos y un tanto altivos. Había en su actitud algo de militar. Además parecía de mucha mas edad de lo que era, y aunque tuviese veinte y un años, algunos pelos grises de mezclaban en su barba con los negros mechones que rodeaban el óvalo de su rostro.

Agregad á eso una cabellera descuidada aunque agraciada, un traje de campo medio de necesidad, y comprendereis sin trabajo que Urquiza no podía reconocer al antiguo conspirador del general Paz, á quien no había visto sino de paso antes de dejarlo entre sus peones al cuidado del capataz Lorenzo.

El general contempló con mirada escrutadora al jóven desconocido. En aquellos tiempos de guerra civil los generales eran naturalmente fisionomistas.

Conmovidó todavía por la recepción desdenosa de Olivia, Angeluci se hallaba mas ocupado de ella que de su compañero de paseo. Cada vez que al volver se encontraba frente á frente de ella, no cesaba desde que la apercibía, de clavar en ella su vista ardiente, pero tuvo el pesar de no encontrar jamás la suya. Las dos jóvenes parecían ocupadas en conversar entre sí sin prestar atención á lo que pasaba sobre el puente.

Una vez sin embargo, se estremeció con violencia: acababa de notar que Olivia le miraba despues de la conversacion con Elena, la que también miraba en la misma dirección; solo la ojeada de esta era acompañada de una sonrisa de inteligencia, mientras que la de la porteña expresaba una seria atención.

La muda interrogacion de la pupila de Olivia, debió completarse por preguntas orales dirigidas á su compañera, á juzgar por el aire de contracción misteriosa con que las dos jóvenes comenzaron nuevamente su conversacion.

Sin que la porteña renovase sus miradas, se alegró al ver que principiaba á interesarse por el desconocido de que le hablaba la duquesa. Poco á poco la confianza de Olivia respondió á la que le había sido manifestada con las mas cariñosas palabras. La curiosidad y la amistad son hermanas. Cuando una habla, la otra no tarda en responder. Muy pronto la porteña se tornó tan locuaz como su interlocutora; el movimiento de sus lábios lo atestiguaba elocuentemente.

Angeluci habría dado todos los Urquizas del mundo por tener su parte en esta misteriosa conversacion, de la que era él el héroe segun se lo decía un secreto presentimiento. Pero no se atrevía á acercarse; su llegada habría secado, á no dudarlo, la fuente de esa preciosa locuacidad. Hay expansiones femeninas que la intervencion del hombre las destruye radicalmente. El porteño prefería resignarse á ignorarlo todo, antes que interrumpir la obra, cualquiera que fuese, que una ternura ingeniosa, llevaba á cabo en aquel momento.

Todo lo que veía era, que Olivia tan seria como petulante Elena, no era menos expansiva en su gravedad, que su vecina en su risueña gracia.

Espiando con inquieta impaciencia las facetas de esta diplomacia, inexplicable todavía, tanto en sus fines como en sus medios, continuaba paseando mecánicamente por el puente, siempre al lado del general, cambiando con él esas palabras banales que se vienen por sí mismas á los lábios, moneda corriente que el uso del mundo hace circular indiferentemente por todas partes, buena para cada circunstancia, para cada personaje, para cada encuentro.

Apesar de eso la preocupacion de Angeluci se tornó tan fuerte, que acabó por hacerse singular, y hasta impolítica. A cada palabra que decia el general, respondia con vulgaridades tales, que este al fin pareció admirado, casi enojado.

—Pareceis distraido, paisano! le dijo golpeandole militarmente la espalda.

—Yo? no general.

—Ah! me parecia...

—Perdon general, si mi inesperienza del pais me priva del honor de contribuir á vuestra conversacion tan instructiva... O lo he dicho, aunque porteño, soy por decirlo asi extranjero, de modo que no puedo hablar con conocimiento de causa ni sobre las cosas ni sobre los hombres de mi patria. Es vergonzoso para mi, pero que hacer? Cuando se ha estado seis años fuera de su suelo natal, se llega como si uno cayese de la luna. Partido á los diez y seis años para Europa, he visitado todas las capitales, he aprendido la historia de todas, de todas, excepto de la mia. Si teneis hijos general, guardaos de enviarlos á viajar. Ya veis los resultados de la espatriacion precoz: una ignorancia crasa de los asuntos de su pais, es decir de lo que mas nos interesa.

Ese monólogo habia sido pronunciado por Angeluci por la decima sexta vez quizás, salvo algunas variaciones en las palabras y en las frases. Su pensamiento no tenia en él la mas mínima parte; repetia eso por habitud, por instinto, por decir algo, como el loro á quien se enseña á pronunciar ciertas palabras para diversion de los demas. Aqui solamente, Angeluci se servia á sí mismo de pasatiempo.

—De modo que conoceis mejor á Paris que á Buenos Aires?

—Incontestablemente.

—Y que se dice en Paris de la Confederacion?

—Que quereis que se diga general? Como siempre, bien y mal, en dosis casi iguales. Lo mismo que en todos los paises del globo.

—Y de Rosas?

—De Rosas? Unos lo aprueban, otros lo maldicen. Todos le miran como un hombre extraordinario, general.

—Ah!

—No quiero decir precisamente que se le quiera, ni que se le admire. Pero ya sabeis que la opinion es algo estúpida por costumbre; el género humano parece una tropilla de caballos; por donde uno pasa, pasan los demas. Y las cosas no van peor por eso. Una idea emitida por un ministro ó por un diario sobre tal personaje ó tal sistema de gobierno, basta para dar impulso al espíritu público. Y cuando ese personaje vive, cuando ese sistema funciona á tres mil leguas de distancia, quien va á tomarse la

pena de averiguar si lo que se ha impresó en los periódicos, si lo que se ha dicho en la tribuna es verdade ó falso? Asi es general, que los parisienses se han acostumbrado á ver en el dictador un especie de gran hombre, y en su sistema un gobierno fuerte como ellos dicen. He aquí, general, como se habla de Rosas.

—Y de mi?

—Oh! de vos se dice tambien una porcion de cosas que me seria difícil precisar, pero que se reasumen poco mas ó menos en esto: el general Urquiza es un modelo de fidelidad.

—A la patria.

—A la patria y á su representante. El dictador es fuerte, pero á sus tenientes no les falta energia. Dios es grande y Mahoma es su profeta!

Urquiza á esta comparacion turca no puedo menos de reirse á carcajadas.

—Repetidme eso paisano, dijo al porteño, dando rienda suelta á su buen humor.

—Que general?

—Lo que acabais de decir.

Angeluci miró hácia arriba algunos instantes, como quien no sabe lo que se le pregunta.

El porteño que habia pronunciado en el azar de la conversacion la palabra Mahoma, como tantas otras, no se acordaba de nada. Su distraccion cada vez mas pronunciada, llegaba al parasismo. En aquel momento se hallaba á diez mil leguas de Mahoma y de Rosas y de Urquiza y de Paris y de la Confederacion. Olivia á quien no habia cesado de contemplar á cada vuelta, acababa de sonreirle.

—Perdon, general... escusadme...

Y sin esperar la respuesta de Urquiza á esta singular despedida, se dirigió hácia el grupo de las dos jóvenes, dejando á su interlocutor intrigado y descontento de esta brusca desaparicion.

Mientras que el general continuaba solo paseándose por el puente, aquel á quien él tomaba por un maniatico llegaba á donde estaba Olivia, á quien dirigió algunas palabras de galanteria general que la porteña recibió con la misma fria reserva que anteriormente, pero con visible atencion esta vez al menos.

La duquesa sin dar tiempo á Angeluci á sentarse, se levantó y se lo llevó familiarmente á dar una vuelta.

—Angeluci, le dijo en voz baja y con acento de misteriosa alegria, tengo una gran noticia que daros.

—Cuál es, Elena?

—Pero antes, decidme, me amais siempre?

El porteño se detuvo mudo y sorprendido.

—Os pregunto repuso la Sra. del Monte Valeriano, si siempre me amais?

—Dudais de ello?

—No me digais, si dudo? Decidme: os amo.

—Os amo, Elena, respondió el jóven sinceramente conmovido, y esforzándose en ocultarse á si mismo, bajo el sofisma de la buena voluntad, esa mentira de la pasion.

—Bien; puesto que me amais, no podeis negarme nada, no es verdad?

—Yo negaros algo señora! tomad mi sangre, mi vida, mi reposo, mi adhesion, todo está á vuestros pies.

—Oh! guardad vuestra sangre, interrumpió la duquesa riendo. No hay necesidad de arrostrar la muerte dos veces por sus amigos. No se trata de eso, ni de cosa parecida. Al contrario, se trata de vivir y de vivir feliz Angeluci.

La Sra. del Monte-Valeriano paseó sobre su silencioso interlocutor, sus grandes ojos bañados de un encanto de inefable ternura.

—No adivinais? dijo.

Ayó el brazo del porteño contra el suyo y añadió:

—He creido que teniais un espíritu y sobre todo un corazon mas penetrante. Sabéis pues que quiero hacer de vos, veamos.... acabad....

—Hablad Elena, murmuró Angeluci, sumamente turbado.

—Que voy á hacer de vos....

La duquesa aplicó entonces su boca al oido del jóven, y dijo:

—Un marido.

Una conmocion involuntaria, hizo chocar al porteño contra la cabeza de su interlocutora, que separándose de él á este brusco sacudimiento, hizo oír una risa fresca y cordial, resonando como una lluvia de perlas sobre una plancha de oro.

—Cuidado! exclamó ella, no me mateis, querido marido!

Esta chanza fué recibida por Angeluci en el colmo de la pena.

Permaneció pensativo, incierto sobre si debía ó no pedir una esplicacion.

Elena, como siempre vino en auxilio de su embarazo.

—Pareceis triste, le dijo afectuosamente, por ventura habeis tomado á lo serio mi exclamacion?

Las facciones del porteño se despejaron.

—En hora buena, mi pobre misántropo, estad siempre asi, risueño y contento.

—Perdon Elena, soy un bárbaro que no comprendo las chanzas.

—Oh no! no! repuso la duquesa moviendo la cabeza con dulce melancolia, no he querido ir mas allá de una broma de amistad, y mi expresion no significaba otra cosa. Vos mi marido! habeis pensado en ello Angeluci? No os he dicho ya que para mi corazon....

—Para mi corazon..... (aqui la jóven se transformó por decirlo asi, y su voz, de un timbre altivo, tomó una gran nobleza de acento) y lo que me es mas precioso aun, para mi conciencia, y mi honor, el Sr. de Monte Valeriano vivirá siempre aun cuando yace en la tumba? No os he dicho ya que la madre de los hijos del duque del Monte Valeriano, se habia consagrado á un solo y mismo vinculo,—vinculo de recuerdo por el padre, vinculo de esperanza por los hijos? Oh, Emilio! Oh Clementina! seres queridos formados al soplo del amor de mi esposo con lo mas puro de su sangre, imágenes adoradas que voy á estrechar bien pronto en mis brazos, despues de tan crueles alarmas, vosotros solos, dulces ángeles de mi ternura, sois mi himeneo!....

La bella viuda, con los ojos levantados hácia el cielo, permaneció algun tiempo en una especie de éstasis, concluyendo interiormente la expansion que sus lábios habian comenzado.

La emocion de Angeluci igualó su secreta alegría. Esta confirmacion dada por su adorada á la declaracion anterior, en la que habia espesado una felicidad exaltada á la memoria del duque, convenia admirablemente á la nueva situacion del porteño. La feliz imposibilidad en que se encontraba de unirse á la duquesa, correspondia en la lógica de su naciente pasion por Olivia, á la posibilidad, tres veces bendita, de casarse con esta.

Entregado á esas reflexiones, recojiendo en si mismo todos los datos ya imaginarios, ya positivos del problema de su felicidad, Angeluci hacia mentalmente sus cálculos de probabilidad, basados sobre lo que acababa de oír, cuando sintió que su cuello era rodeado por el brazo de Elena, vuelta á sus cariñosas y risueñas manifestaciones.

La transformacion habia cesado. La esposa y la madre hicieron paso á la mujer, á la mujer que ama.

—Angeluci, soy una tonta; os he predicado un sermon me parece. No me creias una palabra. Nadie mas triste ni mas insoportable qué una viuda. Quisiera que nunca vieseis en mi, Angeluci, sino que lo que soy en efecto para vos, es decir, un segundo vos, que no tiene otro interes, otra felicidad otro porvenir, otro pensamiento que los vuestros. Identificarme con vos para estudiar, conocer y satisfacer vuestros menores deseos, tal es mi alegría, mi ambicion. Decir, hacer, pensar, preparar, llevar á cabo lo que os puede agradar, hé ahí mi vida Angeluci.

El porteño se hallaba confundido y como absorto de placer en medio de una demostracion tan generosa. No sé que de celeste, de que no podia darse cuenta, le mecía

en su pasivo encanto. En cuanto à la duquesa, la esquisita ternura de sus palabras, las poeticas inflexiones de su persona y de sus gestos, su rostro radiante y virginal espresando una afecion cándida y ardiente à la vez, sus brazos entrelazados en las espaldas de su jóven salvador, todo en ella manifestaba una singular energia de carità, una admirable fecundidad ingeniosa en multiplicar hasta lo infinito, los caprichos de ese sentimiento interno muy delicado, pero muy poderoso que llenaba su alma. Sus ojos sobre todo, parecian preocupados de una sola cosa, penetrar el pensamiento del jóven à fin de arreglar à él, el suyo. En esa mirada tan limpida, tan inteligente, pero al mismo tiempo tan sinceramente amigable, Angeluci creia leer claramente: confianza. Lo que no le impedia encontrarse desorientado en ese mundo nuevo para él.

—Pareceis admirado de mis locuras, repuso ella redoblando su amabilidad. Sed franco, estais casi escandalizado. Oh! nosotras las mugeres tenemos secretos para amar que vosotros no conoceis ni podeis conocer. Los hombres que son unos grandisimos ignorantes en semejante materia, creen haber hecho mucho cuando han dividido la pasion efectiva en cuatro ó cinco categorias, teniendo cada una sus reglas, su especialidad, sus limites rigurosos que no pueden traspasarse. El corazon (hablo del de la muger) no se ha hecho asi. Se burla de vuestras clasificaciones arbitrarias y se escapa gozoso de la media docena de calabozos à que vosotros lo circuncscribis, haciéndolo pasar de uno à otro, como un cautivo à quien cambian de habitacion pero no de prision. Entre la intimidad sagrada del matrimonio y las enfadosas ceremonias de la amistad, no hay acaso un espacio al dulce sol de las libres expansiones y de las confianzas fraternales? Si, existe, y mas de uno; pero son misterios que el hombre no puede comprender. Creed me, Angeluci, una jóven de diez y seis años, sabe mas que vuestros viejos doctores, dedicados con ahinco à la meditacion y al estudio. Y yo que no tengo diez y seis años sino veintiuno cumplidos, y que soy ya vieja, como veis, juzgad si debo ser sábia! Agregad à eso mi calidad de viuda, y concebireis facilmente que mi experiencia me suministra recursos desconocidos de vos para amaros, y lo que es mas aun, para decirlo sin ruborizarme.

Arrastrado dulcemente por esta intorestante disertacion, el porteño comenzaba à ejercitarse en esta madurez de ideas que una sola conversacion femenina desarrolla en un jóven, mil veces mas que la insuccion adquirida, ó las observaciones personales. Por primer vez, entreveia vagamen-

te nuevas y vastas perspectivas en el ensanchado horizonte de su razon. Poco à poco, la luz se hizo, y la variedad con ella. Angeluci se sorprendió al ver la infinidad de caracteres que presentaba el aspecto de cosas que hasta entonces habia limitado à un pequeño número de puntos de vista.

En ese campo de vision intelectual, iluminado asi repentinamente por la palabra creadora de Elena, el jóven, en medio de una multitud de ideas, que surgieron confusamente las unas como reminiscencias, las otras como presentimientos, distinguió una que le impresionó mas vivamente que las demas, tocandole al mismo tiempo el espíritu y el corazon. Recordó la pasion concebida por él hacia tres años por Elena misma, y eso sin hablarle ni hacerla explicar sobre sus propios sentimientos; la increíble persistencia, la larga ilusion juvenil que siguieron à esta primer impresion, y en fin la súbita derrota que este amor que habia creido eterno, acababa de sufrir por el encuentro fortuito de otra muger, por la presencia de Olivia! Amor del Guadalquivir muerto como habia nacido por una aura de jazmin, por una brisa del Plata; amor desaparecido entre dos apariciones igualmente frágiles; una mirada le dió vida, una mirada lo mata y lo reemplaza! A esta reflexion sonrió de compasion hacia si mismo y paseando desde lo alto de su filosofia, su inspeccion de espíritu viril sobre esas niñerías de corazon, se fortificó en el trabajo de una útil meditacion.

—Así, por ejemplo, dijo la Sra. del Monte Valeriano, como si hubiese adivinado la preocupacion de su amigo, no es raro que un adolescente que no ha conocido todavia el mundo, se enamore de la primer muger que vé. Es el resultado natural de la experiencia y de la novedad. No quiero decir que sea preciso despreciar esas primeras y sencillas flores de la pasion ó burlarse de ellas, nó! si no que su destino es caer, hoja por hoja, dia mas dia menos. Efímeras apesar de su aparente vitalidad, se marchitan cuando pasa la primavera que las hizo florecer. Y entonces, queda de ellas cuando menos un perfumado recuerdo, y à falta de la realidad que se aleja, hay siempre el placer de soñar en la quimera.

Elena y Angeluci conversando, se habian instalado en la popa del buque desde la que su vista llegaba à entrever en lontananza un paisaje de una magnificencia sublime. El sol en su zenit, esparcia una claridad uniforme sobre el conjunto de un panorama tranquilo y luminoso. Recostado sobre la borda, el jóven grupo, graciosamente enlazado, se entretenia en contemplar las gracias encantadoras de ese panorama sin rival en el mundo, en que el agua y la verdu-

ra formaban una sucesion de cuadros variados y grandiosos.

Angeluci no permaneci6 mucho tiempo en esta posicion. Pasados algunos minutos di6 vuelta la cabeza, como si hiciese muchas horas que se encontraba allí.

Elena, poniéndose con él, frente á Olivia que con el general Urquiza conversaba en la estremidad opuesta del puente, dijo:

—Este paisaje es mejor todavia, no es verdad?

El porteño se atrevió por primer vez á sostener con firmeza y sin ruborizarse, la alusion cariñosa de la duquesa.

—Sin embargo, continuó ella, el otro tiene tambien su atractivo, y su instruccion. La naturaleza, siempre fecunda é ingeniosa en la variedad inmensa de sus obras, nos da en esta diversidad, una leccion de la q' muy pocos comprenden algo. Cuanto mas variados y ricos son los espectáculos de la creacion, tanto mas pobres y monótonos son los que nos ofrecemos á nosotros mismos. El hombre se encierra en un círculo estrecho de pasiones y no sale de ahí. No concibe, por ejemplo, otra relacion con la muger que la de marido ó amante. Amante ó marido tal es su alternativa. Nosotras, las del sexo ignorante, no admitimos vuestra escasa ciencia, tan tristemente limitada, y como ya os he dicho, Angeluci, tenemos secretos para amar, fuera del pedantismo tradicional.

—Oh si! exclamó el porteño en un arrebato de confianza reconocida, oh si! Elena, y yo tambien os amo con un amor excepcional, con una ternura que nada tiene de comun con los sentimientos vulgares del egoismo! Os amo con ese puro y secreto fuego que devora cuanto el corazon puede tener de indigno y de malo, alimentandose solamente de pensamientos fraternales, de ideas nobles, de afecciones sublimes, de pasiones ardientes por disfrutar de la alegria de la adhesion y de las dulzuras del sacrificio!

Elena, al oir esto, parecia mas bien orgullosa que conmovida. Angeluci era digno de ser contemplado en aquel momento. La efusion de sus palabras era sincera y lo que realmente sentia en su corazon, acababa de espresarlo con un calor y una ingenuidad cuya virtud comunicativa hizo vibrar simpaticamente las cuerdas mas deliciosas del alma de la jóven.

—Y vos, repuso, y vos Elena?

La iniciativa de la interrogacion tomada por el porteño, era un nuevo placer para la duquesa. Una sonrisa que respondia un mundo de cosas proyectó sobre el provocador, sus rayos penetrantes, hasta el punto de turbarlo.

—No me habeis respondido Elena! Sin embargo, me parece que os he preguntado

algo. Y vos, os he dicho, seriais tambien mi amiga?

La jóven movió la cabeza horizontalmente y respondió con acento vivo y neto:

—No!

Y como el porteño parecia sorprendido, añadió:

—La amistad! he ahí un sentimiento bien frio. Amiga! yo vuestra amiga! lo habeis pensado Angeluci? no quiero tan banal título. Tomadlo si quereis, yo lo rechazo. Necesito otro mas íntimo, mas nuevo, mas rico en amor. Cual? no sé. Pero que importa el nombre? La cosa, yo la siento, la gusto, la saboréo, y eso me basta. Veamos con todo; se trata de definirla. Busquemos, eso nos divertirá. Oh! me gusta hablar tanto de lo que os concierne! Hay aquí, y la duquesa con angélica espresion se tocaba el seno, hay aqui una necesidad tal de ocuparme de vos, una sed tan inestinguible de todo lo que puede interesar vuestra felicidad! En verdad, no me esplico ese fanatismo de ternura, pero existe. Es acaso porque me habeis salvado la vida? Eso contribuye mucho, aunque la gratitud no sea precisamente lo que domina en la misteriosa composicion de ese bálsamo interior, perfume sin nombre, esencia celeste, que semejante á una flor invisible se revela solamente por la suave embriaguez de sus aromas. Que soy en fin para vos? una amiga? acabo de decirlo que esta vulgaridad me repugna. Una amante? Tampoco. No siento el mas mínimo deseo de cambiar mi posicion actual con vos. La eternidad del momento presente, hé aqui mi ambicion, Angeluci. Por otra parte, una amante puede ser infiel. El capricho, la inconstancia, una multitud de inconvenientes inherentes á esos vínculos peligrosos para la paz del corazon, no me dejan el mas mínimo deseo de contraerlos. Semejantes relaciones nos entristecerian á ambos. Como yo, mi querido Angeluci, estarais atormentado, humillado, devorado quizás por los remordimientos—los remordimientos! oh! no, jamás deben proyectar su sombra sobre nuestra inocente felicidad. Para tomarlo sin sus miserias, para llevarlo en su ideal imposible, el título de amante no me convendria; me pareceria insuficiente, vulgar, y quiero algo mucho mejor aun. Queda la esposa, queda el esposo... Ah! muy bien! discutamos el esposo, hablemos del marido. Vuelvo á mi cuestion de un momento antes: quereis que haga de vos un marido, Angeluci?

El jóven, sometido á la encantadora influencia que escapaba de los lábios, de los ojos, de toda la persona de su amable y familiar compañera, olvidaba en ese instante el prestigio tiránico de la vista de Olivia. No pensando sino en su adorada, respondió en la ilusion de su entusiasmo.

—Si, Elena, si, mi esposa, lo quiero.

—Embustero!

Y con el revés de la mano golpeó ligeramente la mejilla del porteño desconcertado.

—Embustero! os digo Reflexionad, y sereis mas franco.... Es posible decir una mentira tan grande! repuso Elena con tono coquetamente maternal. Nadie sino un niño es capaz de engañar así à los demás y de engañarse à sí mismo. Y despues de la educación que acabo de daros, no deberiais ser un niño Angeluci! Vamos no tengais miedo, Señor marido....

—Marido.... balbució el porteño.

—Si, de ella.

—De ella!!

Al decir esas palabras, la jóven muger, señalaba, riendo, à Olivia à quien Angeluci, dándose vuelta con prontitud, vió en la estremidad del puente, bajo el velo de sus emociones y como al traves de una nube de felicidad turbulenta y confusa. Un ruido sordo sintió en su cérebro, las arterias de sus sienas latian con fuerza, y del abismo de su corazon entregado à los torrentes de una palpitacion precipitada, subieron acumuladas las olas de la vida en su despertar, los desvanecimientos del placer en su explosion!

Algun tiempo transcurrió en esta expansion desconocida del ser inoral, visitado por la plenitud de las sensaciones de la dicha, revelacion inaudita que iluminó al mismo tiempo todas las facultades afectivas, las impulsó con increíble enerjia de ardor y de esperanza, hacia nuevas aspiraciones, y en medio de la turbacion y del tumulto, hacía decir interiormente al que las sentia. En fin pertenezco à la humanidad!

La humanidad, en efecto, principiaba por el porteño. Hasta entonces, habia amado como adolescente, en adelante iba à amar como hombre.

Mientras que en el corazon del jóven, se llevaba à cabo esa esplendida y tempestuosa creacion, en su derredor otros movimientos habian reemplazado la tranquila monotonia del viage. Las pintorescas peripecias de la llegada, coincidieron con su propia animacion. El vapor acababa de echar el ancla delante de la Villa-Paraná.

Angeluci no vió nada de lo que pasaba abordo. Las maniobras de la tripulacion, el va y viene de los pasajeros, las canciones de los lancheros llegando con sus barcas, los gritos de los marineros, las palabras de bien venida, las recomendaciones hechas à los changadores encargados de llevar los equipages, todo ese cuadro movible y ruidoso que presenta un desembarco, no hizo sobre él mas que una impresion puramente mecánica. Ante él, pasaban y repasaban como sombras, hombres, mugeres, botes, uniformes, mari-

neros, capitanos, general; se hablaba, él no oia; veia todo y no distinguia nada. Urquiza, Elena, Olivia, misma hicieron flotar en su pupila imágenes mas fantásticas que reales. Una sola palabra zumbaba en su oido: Ella! Una sola vision clara y fija se destacaba delante de su espejo interior: Todavía ella!

Alli se habia aislado la actividad personal de aquel para quien los objetos esteriores eran como si no existiesen.

Con la misma distraccion, desembarcó, montó à caballo, y siguió, ayudado de Elena que hacia por él los preparativos del viage, à las diferentes personas que el general Urquiza llevaba à su estancia de San José.

Los terrenos ondulados que componen el suelo de la provincia de Entre Rios, se ostentaban en su gracia armoniosa, à medida que la caravana altraves de las crecidas yerbas, avanzaba hácia la famosa estancia, dominio inmenso cubierto de ganados, feudo militar digno del propietario mas rico de la Confederacion.

Angeluci, salido à medias de su sueño por el cambio de ruta y la novedad del espectáculo, se despertó sobresaltado al oír un grito dado por la Sra. del Monte Valeriano que galopaba à su lado. La duquesa se detuvo, saltó del caballo y estrechó entre sus brazos à dos niños que un Señor conducia à pasear por los alrededores de la casa principal de la estancia: eran Emilio y Clementina.

Despues de las primeras efusiones del amor materno, Elena notó con sorpresa que Justiniano habia sido reemplazado cerca de ellos por un hombre à quien se hallaba muy lejos de encontrar allí. En lugar del negro vió à su sombra fatal, à su perseguidor, à su amante olvidado de Madrid, Armando de Abrantes Figueroa.

El caballero del secreto à la inesperada aparicion de la duquesa, fué presa de un profundo acceso de alegria; ardia en deseos de precipitarse en sus brazos, pero la actitud de la Sra. del Monte Valeriano hizo retroceder al fondo de su alma la expansion pronta à salir de él.

Donde está Justiniano? donde está el salvador de mis hijos? le preguntó con impaciente inquietud.

Pero antes que el caballero hubiese articulado las primeras palabras de su respuesta, Clementina se habia apresurado à decir:

—Se ha hecho soldado.

—Soldado!

—Mi hermano se equivoca, interrumpió Emilio, Justiniano se ha hecho general.

—General? y por qué? dijo Elena con risa de incredulidad.

—Porque creia que tu habiais muerto.

Al oír la palabra general, Urquiza que pasaba en ese momento, se detuvo vivamen-



te y aproximándose al grupo, recibió de boca del caballero la esplicacion que este se preparaba à dar à la duquesa. Resultaba de ella que Justiniano habia partido efectivamente en la tarde del dia anterior, como gefe de tropas, à la cabeza de seiscientos hombres perfectamente montados y equipados con direccion à San Nicolas de los Arroyos.

#### CAPITULO XXXIV. Consejo de guerra.

El general Urquiza se confundió extraordinariamente al saber tan estraña noticia. Elena, por su parte, meditaba sobre los motivos que habian inducido al negro à tomar esa resolucion. En cuanto à Olivia, su fisonomia al anuncio de ese hecho guertero, brilló de orgullosa satisfaccion, cuya expresion fué contemplada por Angeluci conmovido y transportado como si se hallase delante de la estatua de Minerva.

Lo que redobló el asombro de Urquiza fué la relacion que le hicieron siete ú ocho peones que habian acudido à su llegada, los únicos q' con dos ó tres q' guardaban la habitacion, se hallaban en la estancia. Los demas habian partido con Justiniano. Entre los últimos se hallaban los peones que habian vuelto de la isla de los leñadores, incluso el capataz. Se hablaba ademas de varios hombres escapados de un naufragio, y que Justiniano habia enrolado tambien.

Todo eso constituia para el general un cúmulo de datos que, ejercitando su sagacidad, dirigia vagamente hacia sus primeras ideas, esto es, hacia la insurreccion, su espiritu flotante à merced de mil proyectos contrarios.

Dejando à Olivia el cuidado de hacer à los recién venidos los honores de la hospitalidad, se encerró en su gabinete, repasó una por una las circunstancias del relato que acababan de hacerle y trató de darse cuenta del incidente y de la influencia que podia tener sobre la situacion.

Y desde luego, ¿quien era ese negro que se habia hecho gefe de partido? No era la primer vez que hombres de color se habian visto à la cabeza de ejércitos, pero el los conocia y no se acordaba ni del nombre ni del personaje, ni del retrato que los peones le habian trazado de él. Sin embargo, en un tiempo en que cualquiera que tuviese alguna instruccion y sobre todo energia, se improvisaba caudillo de su propia autoridad, por derecho de patriotismo ó de audacia, concebía la aparicion sobre la escena de un ambicioso mas. Que era él? unitario ó federal? Cuestiones secundarias que el general con su esperiencia de los hombres y de las cosas, se ponia y resolvía por analogia, eliminando sucesivamente en su pene-

tracion de casuista político, las hipótesis, las probabilidades sacadas del aspecto general de los asuntos de la Confederacion.

Pero lo que no comprendia, era que ese desconocido, cualesquiera que fuesen sus miras y en bandera, hubiese podido equipar secretamente, hasta en su propia estancia, tantos hombres en tan poco tiempo. Se necesitaba mucho dinero para semejantes operaciones, y suponiendo que el misterioso caudillo lo hubiese sacado de Buenos Aires ó de algun banco de Europa, eso no se hace sin dar ciertos pasos de los que algo se trasluce siempre. La escuadra anglo-francesa anclada en el Rio de la Plata no pasaba por prestamista y los almirantes despues de la disolucion del Comité Argentino, no habian enviado à los gefes emigrados un solo peso. Montevideo sitiado por Oribe, se hallaba pobre y agotado. Sin duda que el desconocido no habia sacado sus recursos de allí. Y entonces de donde? El general consultaba sus correspondencias y nada encontraba en ellas que aclarase la oscuridad de sus congeturas. Ningun envio considerable de fondos habia venido del extranjero. Sus espías del interior le habian hecho saber, hacia quince dias, que en la misma provincia se habia visto à un negro tomar posesion de una estancia en la que se encontraba oculto, segun se decia, cierto tesoro incalculable al que se ligaba una historia ó leyenda de la época de la invasion inglesa, pero corren tantas fábulas de ese género, que esa maravillosa relacion fué relegada entre los cuentos de los gauchos, buenos para divertir à los desocupados. Todo lo que sabia de positivo era que el nuevo propietario habia pagado el precio de la estancia y comprado en seguida un bergantin, destinado segun se presumia, al comercio de cueros. Por lo demas, era probable que el negro en cuestion no fuese mas que un comprador supuesto, para ocultar de este modo al verdadero.

Que correlacion en fin, habia entre el estanciero de que se trata y el caudillo partido la vispera con seiscientos hombres? El general no descubrió ninguna.

Mientras que volvia y revolvía en todos sentidos el enigma propuesto mas que a su inquietud, à su curiosidad, se oyeron fuera ladridos de perros. Listo como un centinela el general saltó à la ventana y vió à lo lejos sobre una eminencia una tropa de caballeria que avanzaba. Dos jinetes habian tomado la delantera y acababan de llegar.

Urquiza reconoció à Lorenzo y à Frantz uno su capataz, otro el mas intelijente de sus peones.

Lorenzo Etchevarria y su compañero se hallaban vestidos de ayudantes. Un traje de fantasia compuesto de un frac ajustado

abrochado hasta la garganta, una faja verde sujetando un pantalon punzó, grandes botas y un sombrero con plumas, atestiguaba la originalidad semi independiente del partidario, pero al mismo tiempo la rigurosa disciplina del soldado. El apero de los caballos no era menos irreprochable. Los jinetes llevaban magníficos recados cubiertos de paño azul, teniendo cada uno además de un largo sable de caballería, cuatro pistolas y una carabina. La plata de las riendas, de los estribos, de las espuelas, el lustre de los cueros, todo era de un aseo militar asaz raro entre tropas de ese género, en las que cada soldado vistiéndose á su antojo, llevaba á los campamentos los hábitos de abandono y descuido, peculiares á nuestros campesinos.

—Venimos á arrestaros, general, exclamó riendo Lorenzo llegando con Frantz donde estaba Urquiza, que intrigado con esta aparición, aguardaba con vivísimo interés las esplicaciones de su capataz.

—Ah! y á donde quereis llevarme pica-rones?

—Adivinad!

—Al Cabildo, apuesto.

—No general, al Cerrito.

—Pero el Cerrito no es una cárcel, amigos.

—No, si venis de buena gana. En caso contrario.....

Sin dejar concluir la chanza, Urquiza llevó á ambos al interior de la casa, se encerró con ellos en su habitacion y tomando un aire de seria intimidación, dijo á Lorenzo.

—Venis entonces de parte del Gobernador?

—Oh! general!.....

—No se trata de exclamaciones; no sospecho de vos, quiero aclararlo todo. Dejemos los cumplimientos y vamos á lo positivo. Cuando se habla de negocios es preciso ser claro, neto y categórico. Voy á interrogaros redondamente, vosotros me respondereis lo mismo.

Trageron mate al general quien despues de haber tomado algunos tragos, lo devolvió y empezó con acento breve y entrecortado su interrogatorio confidencial.

—No sois paisano?

—No, general.

—Ni vos tampoco?

—Tampoco, respondió Frantz.

—Sois franceses ambos?

—S., general, dijo Lorenzo.

—Desde cuando estais en el pais?

—Hace catorce años.

—Y vos?

—Lo mismo.

—Que edad tenias cuando vinisteis?

—Diez y seis años.

—Y vos Frantz?

—Casi lo mismo, un año menos.

—De suerte que teneis en el momento en que hablamos, como treinta años uno, y otro veinte y nueve?

—Si general.

Urquiza que acababa de volver á tomar el mate, suspendió la conversacion y reflexionó. El rayo visual de sus ojos, movable bajo el arco profundo de sus pupilas, oblicuaba en angulos cruzados, errando de uno á otro de los dos interlocutores.

—En que pensais general? preguntó familiarmente Lorenzo.

—En poca cosa, dijo Urquiza sonriendo. Creia notar que tanto vos como vuestro camarada, pareceis mas jóvenes de lo que sois. Pero al fin, son fisonomias como de treinta años poco mas ó menos.

Grave y formal repuso:

—Que erais en Buenos Aires?

—Jornaleros.

—En que ramo?

—En el de hoteles.

—En el año 42, en el mes de Abril al menos, en que hotel serviais?

—En el *Hotel de las Naciones*.

—Ah!

El general hizo una nueva pausa, y sin salir del circulo de precision y de exactitud en que se habia encerrado, continuó:

—En el *Hotel de las Naciones* pasaron escenas en que debeis haber figurado como testigos?

—Como testigos y como actores, general.

—Permitidme..... no hablo sino del primero de esos dos titulos por ahora. Tened á bien os lo suplico, no anticipar y solo contestar á mis preguntas á medida que las haga. Que impresion produjo en vosotros lo que visteis?

—De indignacion y de horror.

—No sois vos el primero á quien interpele, observó con dulzura Urquiza, dirigiéndose á Frantz que acababa de contestar en lugar del capataz silencioso. Dejad hablar á vuestro camarada.

Lorenzo Etchevarria sintiendo abrirse en su corazon la llaga sangrienta de los recuerdos, no habia tenido fuerza de continuar y con la imaginacion preocupada y el pecho ardiendo de dolor, callaba.

—Y bien amigo?

—Y bien, general, dijo el vasco haciendo un esfuerzo para dominar su opresion, lo que vi me hizo la misma impresion que á Frantz.

—Es decir de horror y de indignacion, no es eso?

—No digo eso, no digo nada! exclamó. Lorenzo exaltado, casi estraviado. Esas palabras no me convienen. Necesito otras para espresar mis ideas. Las busco, sin hallarlas. Ayudadme general, vos que sois el

hombre técnico, para expresar con el término preciso, propio, exacto, el efecto que produce en un hermano la vista de la cabeza de su hermano asesinado.

Urquiza dió un salto en su silla.

—Han asesinado á vuestro hermano, Lorenzo.

—Sí general, respondió tranquilamente el capataz

—Quien.

—El Gobernador.

La pupila de Urquiza se dilató y brilló nuevamente; disimuló el acceso de alegría que se apoderó de él al descubrir un enemigo personal mas ganado en favor de su causa contra la de Rosas y tomando un tono de afeccion mas pronunciado aun:

—Por qué no me habeis dicho eso Lorenzo, desde que estais á mi servicio?

—Porque no soy de los que hablan sino de los que obran, general.

—Y vos? continuó D. Justo José con una indiferencia aparente por la reflexion del capataz, y dirigiéndose de nuevo á Frantz; y vos porque motivo abandonasteis á Buenos Aires por el Entre Rios?

—Por horror del crimen cometido contra mi amigo y por deseo de vengarlo.

—Esos son sentimientos muy nobles, pero una venganza no se lleva á cabo sin medios poderosos, sobre todo... sobre todo, continuó el general á media voz, sonriendo á la íntima emocion que le acariciaba, cuando aquel de quien se quiere vengar, se llama el dictador de la Confederacion Argentina. Teneis seiscientos hombres, me habeis dicho, no es eso?

—Sí, general.

—No es bastante.

—Perdon, general, es bastante, dijo Lorenzo con mucha autoridad.

—Lo creis?

—Estoy convencido de ello.

—Yo soy de opinion contraria.

Aqui, Urquiza habia sacado algunos papeles del bolsillo y se puso á consultarlos.

—Sin embargo, añadió como si hablase consigo mismo, cuatrocientos hombres, rigurosamente....

—No son cuatrocientos, general, son seiscientos.

—Entiendo, jóven, entiendo....

Y volviendo á su cálculo, D. Justo José repitió:

—Cuatrocientos hombres por una parte.

—El general es cabeza dura! exclamó Lorenzo, dirigiéndose á Frantz quien se puso á reir del despecho semi-cómico de su amigo; quiere absolutamente que nuestros seiscientos carabineros no sean mas que cuatrocientos! Que capricho! seis valen cuatro; cuatro valen seis; no sale de ahi. Nunca he visto un matematico igual.

Urquiza, chocado de la insistencia del

vasco en sostener una cifra que el creia exagerada, se hizo explicar en detalle compañía por compañía, la organizacion del cuerpo en discusion. Resultó de esos informes, que el efectivo levantado por el negro, subia á ochocientos carabineros bien contados.

El rostro de D. Justo José espresó una sorpresa agradable.

—Es una leccion de aritmética! exclamó riendo.

—Como es eso general?

—Oh! y una leccion que no me disgusta. Nosotros tenemos la mala costumbre, en nuestras cuentas corrientes de soldados, de aumentar siempre el activo, como los banqueros, que quieren echar polvo en los ojos del público, acostumbran á hacerlo. Me alegro mucho de saber que vuestro gefe sigue un método opuesto. Es el medio de marchar recto y con seguridad; se puede engañar á los tontos, pero no se engaña uno á si mismo. La victoria aunque mujer no se paga con bellas palabras; esas ridiculas exajeraciones la comprometen siempre, y por una vana satisfaccion de amor propio fundado en la credulidad de los imbéciles, un general sacrifica la gloria mucho mas sólida del resultado final. El vuestro tiene otro sistema, lo felicito. En lugar de hacer ostentacion de sus fuerzas, las oculta. He ahi uno de los grandes secretos para vencer: engañar al enemigo! El enemigo para sí hace este razonamiento, escuchad bien....

Arrastrado por su gusto por las disertaciones militares, el general repuso con calor.

—Se dice, conociendo la detestable costumbre de exagerar, de que os he hablado.. El general fulano, yo por ejemplo, anuncia seiscientos hombres en campaña, eso quiere decir que tiene una tercera parte menos, y señala cuatrocientos para su plan de batalla. Si en lugar de mentir, el general en cuestion hubiese dicho la verdad, el enemigo que sobre la fé de su reputacion de embustero, habia calculado lo que habia de deducir, se habria engañado completamente. Cuanto mas lo será cuando, como en el caso de vuestro gefe, no solo se ha dicho la verdad, sino que se ha tenido la feliz idea de mentir en sentido inverso! De este modo, todos los datos se destruyen, la decepcion es enorme, el resultado incalculable. El general Justiniano proclama que tiene seiscientos carabineros; muy bien. El general Rosas anota y escribe cuatrocientos. Sobre el terreno aparece un cuerpo de ochocientos hombres con el que no habia contado. Es exactamente un error de la mitad que puede costarle caro.

D. Justo José llegaba aquí en sus reflexiones orales, cuando un gran movimiento se hizo oír fuera de la habitacion.

—Son los ochocientos hombres que llegan, dijo Lorenzo.

El general, acompañado de los dos partidarios, se apresuró à montar à caballo para salir al encuentro de la tropa que se formó en revista à una pequeña distancia de la habitacion. Urquiza vió adelantarse hácia él al negro de gran uniforme; llegado al alcance de la mano, saludó con la espada.

Inmediatamente y à invitacion hecha por Justiniano en términos breves y corteses, el general pasó revista al batallon, escrutando minuciosamente cada compañía, contando uno despues de otro cada soldado y deteniéndose especialmente delante de cada oficial.

Concluida la inspeccion, Justiniano sin bajarse del caballo, llamó aparte al general.

—Tengo todavia ciento cincuenta hombres que reclutar en el Diamante. Deben estar equipados y no tengo sino traerlos aqui. Es asunto de siete ú ocho horas de galope de ida y vuelta. Para economizar tiempo, he aqui una memoria escrita que podrá servir de conferencia. Por otra parte si os hacen falta algunos datos, mis ayudantes os los darán. Lorenzo Etechevaria sobre todo, aclarará los puntos dudosos de mi informe. Creo sin embargo haber previsto en él todas las dificultades.... proposito habeis recibido durante mi ausencia la visita de un jóven oficial?

—El Sr. de Figueroa?

—No, general. El Sr. de Figueroa estaba ya aqui esta mañana: hablo de otro, de un porteño, sino me equivoco, que ha debido llegar à la estancia con una jóven, segun los informes que he podido obtener en marcha.

—El Sr. Angeluci S....is?

—Precisamente

—Soy yo quien lo llevé abordo, con la dama de que me hablais, y que es, creo, la madre de los dos niños, salvados por vos del naufragio del *Mataco*, y salvada ella misma por vos tambien, no es eso?

—Hablares de eso mas tarde.... no se trata ni de naufragios, ni de niños, ni de la madre, sino de ese jóven Angeluci, que será uno de los mejores oficiales. Dadle el mando de la artilleria. He sabido que es un ingeniero de primer órden. Pero Lorenzo os hablará de eso con mas minuciosidad. Adios, el tiempo urge, corro al Diamante por mis ciento cincuenta que me aguardan. Hasta la tarde, general.

Y sin querer prolongar su entrevista, Justiniano partió al galope.

—Tiene razon, se dijo à sí mismo Urquiza, en la guerra los minutos son horas. He aqui un teniente como me gustan. Pero, ha llegado en efecto, el momento? Debo

lanzarme? debo esperar? Palermo es muy insolente, pero el dictador es muy fuerte! El fuerte! no tiene tres mil hombres.... es decir de buenas tropas. Estas valen mas [y el general pasaba la vista con comilacencia sobre los carabineros ocupados en comer el asado, sentados al lado de sus caballos,] sí, incontestablemente valen mas por el parte, la disciplina y tambien sin duda por la fidelidad. La fidelidad! que palabra acabo de pronunciar! No, no, no existe, no puede aplicarse à mi posicion actual. He servido à Rosas demasiado tiempo; ha llegado el momento de servir à la Patria. Que pretende hacer de nosotros ese dictador sin genio, ese tirano desprestigiado? esclavos por ventura? Se diria que sí, al ver el tegido de vejaciones de que cubre à la noble Confederacion Argentina. Bien pronto no será ya permitido pensar, obrar, moverse, respirar, vivir sin su permiso. Vergüenza, vergüenza, mil veces vergüenza! Pero.... à que vienen esos escrúpulos! Vamos Urquiza, vamos! sed resuelto y firme una vez en tu vida!

El general desbordaba en su espiritu el torrente de sus ideas, precipitado esta vez por la pendiente de un fin determinado, cuando el caballero de Figueroa fué visto por él, paseandose solitariamente en una calle de ombues mas alla del campamento de los carabineros. La vista de ese personaje le recordó el aviso que le habia dado, à su llegada, de la partida de seiscientos hombres para San Nicolas de los Arroyos. O el contingente que tenia à la vista no era el mismo, ó habia retrocedido.

Tal fué la cuestion que se puso Urquiza y para cuya solucion interpeló al caballero acercandosele.

—No general, no ha retrocedido, es otro cuerpo, respondió este.

—Otro cuerpo! mil doscientos hombres en lugar de seiscientos.

—Yo lo creo asi. Por lo demas, el gef, el organizador, el general, como querrais llamarlo, vá à estar de vuelta y el mismo podrá instruiros à este respecto mejor que yo.

Segun su promesa, Justiniano volvió à la estancia con el suplemento de ciento cincuenta ginetes que traia del Diamante.

Los dos generales entraron inmediatamente en conferencia secreta, porque Urquiza principiaba à preocuparse seriamente de la importancia de los preparativos.

Se trataba de la idea favorita de D. Justo José, de un golpe de mano para libertar à Montevideo. Oribe con sus bandas de degolladores, mal disciplinadas, mal montadas, y peor pagadas, no podia resistir à tres mil setecientos hombres de excelentes tropas provistas de todo. Preludiar la caida de Rosas por la de su teniente de la Banda

Oriental pareció, despues de discusion, el camino lógico que habia que seguir, y e: que ofrecia mas probabilidades prácticas de buen éxito. Cortar los brazos era desde luego un gran punto; despues se trataria de herir la cabeza y esto seria fácil, una vez privada de esos dos poderosos brazos que se llamaban los generales Oribe y Urquiza. Era de presumir que vencido el primero, el dictador querria vengar la derrota con la del segundo. Era allí donde Rosas era esperado. A no dudarlo, el mismo vendria á caer en el lazo, es decir á sepultarse él y su fortuna política, en una batalla. Desprestijado, aborrecido, despreciado, profundamente antipático á las familias, el dictador no lo era menos de sus propios soldados, y en el espanto universal que inspiraba, en la fatiga uniforme de esta larga tirania, la tropa no era la última en desear un cambio.

La revolucion se presentaba pues bajo condiciones exelentes: la cuerda estirada hasta lo sumo, debia romperse. El tiempo llegaba.

Si, general, repetia Justiniano, para acabar de convencer á D. Justo José cuando la irresolucion se dejaba ver en el consejo. Sí, improvisemos la victoria! no demos al enemigo tiempo de organizarse! Es débil; guardémonos de hacerlo fuerte con nuestras dilaciones; mañana no, hoy, debemos marchar y sorprenderlo! Mis contingentes y los vuestros no carecen de armas, ni de caballos, y en cuanto á dinero, si las onzas disponibles de que os he hablado no bastan, tendré diez mil mas dentro de dos dias.

Justiniano aproximándose al oido de su interlocutor y bajando la voz, dijo sonriendo:

—Es pólvora de oro; echaremos un poco en los ojos del enemigo para enceguecerlo.

Eso es, observó Urquiza en el mismo tono, unos cuantos granos de desercion en Palermo y en el Cerrito; la semilla germinará.

—Lo creis, general?

—Estoy seguro de ello.

—Pues bien, diez mil onzas, desde esta tarde, yo me encargo de distribuirlas.

—Cómo! quereis esponeros general! exclamó Urquiza temiendo ver comprometido inutilmente á su nuevo cólega.

—Dejadme hacer general, dejadme hacer; sabeis mas que yo en los asuntos de la guerra; pero yo sé mas que vos en los de la intriga. A vos la energia, pero á mí la destreza!

—Pero no quiero que os fusilen! exclamó de nuevo D. Justo José.

—Oh, no temais nada, mi oro será perfectamente recibido. Nadie me traicionará,

respondo de ello. Soldados de la patria me fusilarian; soldados de un hombre, satélites de un tirano, me darán las gracias y se callarán. Los sicarios no conocen mas que un solo comandante: el oro.

La conversacion estrategica de los dos personajes, entró en seguida en los detalles de la expedicion proyectada y se convino que se marcharia sin dilacion sobre Montevideo con el efectivo reunido ya en San José, ya en San Nicolas de los Arroyos, engrosado en diferentes parages tanto por las deserciones como por las llegadas de los voluntarios.

La cuestion de mando trajo sucesivamente los nombres de Angeluci, de Figueroa, de Lorenzo y de Frantz los cuatro acérrimos partidarios de la causa de la revolucion. El porteño y los dos vascos fueron destinados á sus puestos respectivos; pero el caballero se negó apesar de todas las instancias, á aceptar ningun mando, ni superior ni subalterno.

Urquiza, rodeado de su estado mayor, apareció á caballo al frente de las tropas formadas en batalla. Un silencio militar reinó en esta primer revista pasada por el general en jefe, acompañado de los diferentes gefes superiores, teniendo á la izquierda á Justiniano su gefe de estado mayor general, y á su derecha á Angeluci su primer ayudante. Elena y Olivia paradas á alguna distancia con Emilio y Clementina, contemplaban con una atencion entusiasta ese espectáculo guerrero, y á su vista parecia que hubiese entre esos brillantes gefes, heroismo en las almas, como habia rivalidad en los corazones. Las dos jóvenes parecian decir: al mas valiente la palma, con el beso de amor!

Solo en medio de esa exaltacion belicosa, y en ese choque ardiente de pasiones candentes, solo, en ese cuadro brillante y caballeresco en que la altivez humana se desplegaba en toda su poesia viril al son de los clarines resonando en un bello cielo, al esplendor del sol y bajo el verde follage de los ombues, solo, decimos, á pie mientras que todos los demas estaban á caballo, el caballero del secreto apoyado contra uno de los árboles, parecia tranquilo, desdeñoso é indiferente.

—No sois de los nuestros entonces, caballero? le dijo Urquiza en voz baja, al pasar por última vez cerca de él.

—Está concluida la revista general? preguntó él, con flemma.

—Si caballero. Porque esta pregunta?

—Porque aguardaba ese momento para montar á caballo y seguirs.

—En hora buena! estaba seguro de ello.. Justiniano haced reconocer su gefe á la tercera compania.

—No, no, interrumpió el Sr. de Figueroa.

roa. ya os he dicho que no aceptaré nada; lo que no impide que marche con vosotros.

—En que clase entonces?

—En la de soldado.

Y saltando sobre un caballo, Armando se colocó en las filas, despues de haber improvisado su equipo y armamento.

—Soldados! dijo Urquiza con voz fuerte, no hay entre nosotros ni soldados ni gefes; no hay sino valientes que van á lavar con la sangre de los traidores, la mancha impresa en la frente de la patria! En esta campaña de libres en que entramos, cada uno de nosotros es igual en dignidad y nuestro general en gefe se enorgullece de decirnos que no se cree superior á un simple carabinero!

Al terminar esta proclama, Urquiza dibujando en sus labios una fina sonrisa acompañada de una ligera inclinacion de cabeza, saludó con la espada al grupo de las dos damas, hácia el que el caballero del secreto dirigió una larga y penetrante mirada en señal de adios.

Justiniano y Angeluci observaron este cambio de mudos saludos, cada uno con una amargura inefable y un profundo dolor.

Olivia estaba altiva y radiante; Elena no menos conmovida, con el brazo al derredor del cuello de su amiga, apoyaba en su espalda su rostro brillante y gracioso como una flor de lys entreluzada á una columna de mármol blanco dorado por el sol.

—He ahí como amo á un hombre! dijo la porteña estremeciéndose, al oido de la española: fuera de la mediocridad; en el último puesto ó en el primero!

Elena bajó los ojos sin responder.

Se oyó un redoble de tambor y la caballería, partiendo al son de los clarines desapareció á lo lejos.

## CAPITULO XXXV.

### La tertulia.

Algun tiempo despues del episodio que acabamos de contar y que dió por resultado la expedicion libertadora de Montevideo, algunas señoras y señoritas reunidas en un salon de la calle de Suipacha en Buenos Aires, se entregaban á los placeres de la conversacion y á las dulzuras de la maledicencia.

Era la víspera de la batalla de Caseros, lo que esplica la presencia en esta asamblea de solo el elemento femenino. Los hombres, en ese momento solemne, tenian otra cosa que hacer, que sonreir al bello sexo y brillar en un salon.

Una crisis terrible trabajaba la Confederacion. La suerte de las armas iba á pronunciarse, en una lucha suprema, entre la sangre, las espoliaciones, la barbarie de

una parte, y la humanidad, la libertad, el cristianismo de la otra; entre los viejos ídolos del terror sostenidos por el Maxencio Argentino con la furia de la desesperacion, y la nueva fé defendida con una desesperacion no menos furiosa, por los generales emigrados que, en union con el Brasil y la Banda Oriental, iban á chocar pecho con pecho, contra el tirano y sus esbirros.

La Patria se estremecia pues, por este esfuerzo sobre humano, en todas las fibras de su entusiasmo, y en todas las angustias de sus temores. Todos los hombres capaces de llevar un fusil, habian sido reclutados por el dictador. Los que no estaban enrolados se ocultaban, y en la casa del rico como en el rancho del pobre, los corazones de las madres, de las esposas de los hermanos, de los amantes, se oprimian de horror y de espanto.

En el campo de los libertadores es donde el alma de la Confederacion se sentia vivir; allí es donde cada uno tenia su lugar, su voto, su esperanza, su simpatia secreta. Apesar de la habitud de embrutecimiento y servilismo, los mismos soldados de Rosas deseaban la derrota como una victoria; iban con profundo desaliento y concentrada repugnancia á esa batalla fratricida, mientras que las madres avergonzadas y aterrorizadas, maldiciendo la fecundidad de sus entrañas, derramaban en la intimidad del hogar domestico, lagrimas de dolor y de rabia al pensar que sus hijos iban á derramar su sangre por el verdugo de la patria.

No era sin embargo una reunion de ese género en la que acabamos de introducir al lector. Allí no se trataba ni del dolor de las madres, ni del deshonor de los hijos, sino simplemente del vacio que causaba en los salones esa partida general del sexo masculino.

—Mi querida Lola dijo una señorita á su vecina, es preciso convenir en que la guerra es la cosa mas fea. Teniamos siempre á nuestro lado cuatro ó cinco caballeros para pasar el tiempo, y ahora nos encontramos solas.

—Oh! para nosotras que somos doncellas, el mal es pequeño: para las mugeres, las pobres mugeres casadas, es para quienes la guerra es cruel.

—En qué consiste esa diferencia Teresita? interrumpió una dama de lábios de coral, ojos azules aterciopelados, cabellera de ébano; una doncella tiene tambien por que quejarse. Un amante vale un marido.

—Cállate Hortencia, dijo una vieja mamá.

—Pero mamá, no hay nada malo en decir eso. Por otra parte, aqui no hallamos solo entre mugeres.

—No importa, hija mia, hay ciertas cuer-

das que no conviene tocar ni aun entre mugeres.

—Hoy está mas rigorista que nunca, misia Dolores, decia aparte la linda Sra. del Bueno á su vecina.

—Que quereis querida, hace penitencia por sus pasados extravios.

—Malvada!

—No es como Da. Elena de quien nada puede decir ni la lengua mas maldiciente!

—En efecto, es la perla de las viudas y el modelo de las madres de familia.

—Esas mugeres son raras.

—Menos raras de lo que creis querida, observó la romántica Da. Concepcion, que acababa de oír esta última frase del aparto de ambas interlocutoras. Por mas que se diga, hay virtudes en nuestra atormentada sociedad.

—Si, muchas, añadió la Sra. del Bueno.

—La desgracia purifica las costumbres.

—Chiton! chiton! hé aquí al enemigo.

Era en efecto el enemigo, es decir, el sexo masculino que entraba á la tertulia bajo la forma y apariencias de Mr. Cramer, ex-director del *Liceo de la Minerva*, transformado en doctor en medicina hacia algun tiempo.

Mr. Cramer, embarazado en sus funciones por la policia inquisitorial y vejatoria de Rosas, habia sido desde los sucesos del *Hotel de las Naciones*, y el incendio del número 14, inscripto en los apuntes secretos del dictador como sospechoso al federalismo. Aunque siempre habia puesto el mayor cuidado en no mezclarse en los negocios de partido alguno, el concurso fortuito de circunstancias en que habia figurado como vecino y aun como actor, puesto que habia dado asilo á una dama unitaria, lo habia sacado á su pesar de esa dulce neutralidad, y lanzado en el mar tempestuoso de las inquietudes. Madama Cramer no es hallaba ni menos atormentada, ni menos inquieta por su *Colejio de señoritas*, establecimiento próspero, cuyo gran crimen á los ojos de Cuitiño, Troncoso, Badia, Salomon y otros gefes de la mashorca, era levantarse sobre las ruinas de la habitacion que habia bebido la sangre y recibido los cadáveres de sus compañeros.

Los dos esposos tan perseguidos por el gobierno, como favorecidos por las familias, renunciaron pues á esas brillantes ventajas de su posicion y Mr. Cramer pensó en tomar otra carrera. Su propio talento, su instruccion acrecida con un estudio tenaz, encontraron en la proteccion de su cónsul, Mr. Moore, los medios de vencer las dificultades legales. Las puertas del Tribunal de Medicina le fueron abiertas al fin.

El Doctor Cramer, mas circunspecto si era posible aun despues de las tribulaciones politicas que le habian obligado

á cambiar de estado, dividía su tiempo entre una numerosa clientela y una ó dos casas á las que iba todas las noches. La tertulia de Da. Concepcion era sin embargo la preferida, porque no habia en ella mas hombre que él, y algunas veces Sir Samuel Wart el cuáquero, su amigo y cormensal de la casa de la calle de la Esmeralda en que vivian con el Cónsul de los Estados Unidos. Sir Samuel y su hija miss Ana acompañaban rara vez al doctor á casa de Da. Concepcion. Encargado por la señora del Monte Valeriano cuando partió con Justiniano de Buenos Aires, de numerosas limosnas y otras comisiones piadosas, el cuáquero consagraba todos sus ocios á visitas á familias desgraciadas, y si alguna vez al caer la noche, estaba desocupado ya, jugaba una partida de agedrez con el Consul, mientras que Miss Ana, cual flor olvidada en un jardin, leia piadosamente en un rincon un capitulo de la Biblia.

—Y bien doctor venis solo ó acompañado? dijo al recién venido Da. Concepcion; pero no, el doctor viene solo, añadió con tono de amable despecho, como si se burlase de mi. Quiero, ois doctor, quiero, y os lo repito por la vigesima vez en nombre de estas damas, que traigais á Mr. Moore, á Sir Samuel y sobre todo á Miss Ana cada vez que vengais. Sino os os negaré la entrada.

—Bien, Señora, bien, os lo prometo.

Y despues de esta respuesta estereotipada, que repetia siempre invariablemente, en los mismos términos y con la misma sonrisa, el flemático doctor se sentó y tomó parte en la conversacion.

—Apuesto á que estabais todavia con vuestro agedrez, dijo la Sra. del Bueno al recién venido su vecino de asiento. Jugar hasta las nueve es imperdonable! Y durante ese tiempo estamos olvidadas, abandonadas.

—No, bella señora, no jugaba, y no os olvidaba, ni abandonaba. Me encontraba simplemente con Misia Elena, quiero decir con Emilio.

—Ha tenido alguna recaida? preguntaron á la vez y con viva ansiedad todas las personas de la reunion.

—No, tranquilizaos, el enfermo no puede ir mejor, pero apesar de esto, Misia Elena quiere absolutamente que continúe mis visitas, mis cuidados y hasta mis remedios. Es un capricho de amor maternal, una locura de ternura, que es necesario satisfacer, al menos en apariencia. Pero no es esto todo, señoras, esta pobre misia Elena empieza ya á inquietarme....

—Y por qué? exclamaron todos con viveza.

—Porque temo que sea víctima de su cuidado por el enfermo, de su querido Emilio.

Me ha ocultado por mucho tiempo sus exesos de insomnio, su frecuente olvido de tomar alimento, sus veladas febriles, en fin ese martirio secreto de su heroísmo, pero hoy, instada por mis preguntas, me lo ha confesado todo. Sabéis pues señoras...

Aquí el doctor hablando en voz mas baja, entró respecto de Elena, en detalles que cada una de las de la tertulia escuchaba con avidez. El círculo se habia estrechado cerca de él y á cada nueva revelacion tenia lugar un movimiento general de sorpresa y de admiracion.

—Si señoras, todo lo que acabo de decir es la pura verdad, á tal punto que ahora no tiemblo por el niño, sino por la madre. Si despues de esas privaciones y esos sufrimientos inauditos, su salud resiste, puede decirse que tiene una naturaleza de hierro

—O una virtud de oro, observó Da. Concepcion.

—Y ademas, no sé porque, pero repentinamente ha vuelto á ponerse luto.

—Por su marido?

—No. El duque del Monte valeriano, tiene como sabéis, su altar, su culto de fidelidad, ó para hablar como profano, su memoria gravada en el corazon de la adorable viuda; pero el testimonio exterior y oficial de ese recuerdo habia desaparecido hace muchos años y no me esplico porque Da. Elena ha vuelto á tomarlo de improviso en los últimos dias. La que va á ocasionar Señoras, que en su primera visita notengais ya el placer de verla con ese brillante vestido color lila que le sentaba tan bien.

—Que lastima! exclamó Da. Concepcion Elena parecia una verdadera Venus saliendo de entre las olas. El traje era tan alegre como risueño y gracioso su rostro.

—El negro es tambien un adorno, observó la Sra. del Bueno.

—Para las coquetas interrumpió Da. Dolores.

—Vamos! murmuró una señorita, adornada deliciosamente con dos brillantes ojos negros. Misia Dolores ve coquetas en todas partes.

—Hasta en su espejo, añadió en voz baja la Sra. del Bueno al oido del doctor.

—Permitid señora, dijo este: no se trata de adorno, sino de la que lo lleva. Da. Elena segun lo que os he contado... Ah! pero que veo? he aquí... no, no me equivoco, es ella, y Clementina tambien... y Emilio tambien.

En un instante, toda la reunion se halló de pié. Lijera y afectuosa, Da. Concepcion voló al encuentro de su amiga, que fué calorosamente abrazada por ella, asi como sus dos hijos.

La recién venida hizo su entrada en medio del ruido de los besos femeninos, pues

cada una de las señoras hacia resonar sobre sus blancas mejillas, con lábios de coral, el amable y simpatico beso que es uno de los encantos de la moda argentina.

Pasado este momento de bullicio, la joven viuda se colocó cerca del doctor, con quien cambió algunas palabras, mientras que se formaban en el salon algunos grupos particulares.

Doña Concepcion, para divertir la curiosidad de la reunion, se puso á contar una serie de historietas, pero nadie la escuchaba. Da. Elena era el blanco de las miradas de todas las mugeres, que la contemplaban, las unas con ojos de admiracion, otras con ojos de envidia, todas con escrupulosa atencion.

La Madrileña lo mismo que sus dos hijos, se hallaban vestidos de luto rigoroso. Ella y Emilio mostraban en su rostro la señal evidente de una larga y terrible fatiga, el niño los vestigios de una enfermedad terrible en efecto, el tétano, y la madre la fatiga de prolongados insomnios. Clementina con sus frescas y rosadas mejillas formaba un contraste completo.

—Que pálida estais Señora! murmuró la Sra. del Bueno aproximando su silla.

—Os parezco así?

—Oh! no es de admirarse despues de lo que el doctor nos dice.

—Y que os decia el doctor?

—Una cosa que habríamos creído, una paradoja, sino tuviesemos el honor de conoceros, una cosa muy extraordinaria para cualquier otra muger, pero muy creible cuando se trata de vos. Nos ha asegurado que habiais velado siete dias y siete noches seguidas, por vuestro Emilio.

—Es milagroso en verdad, repuso Da. Concepcion.

—Es un prodijio!

—Que desprendimiento maternal!...

—Y novelesco!

—Callaos incredula!

—Y que robusta constitucion! añadió el doctor, interviniendo en el fuego cruzado de observaciones femeninas. Porque resta hacerlos saber lo que aun no sabéis y es que la señora no ha comido durante esos ocho dias mas que un poco de sopa. Es un fenómeno de fuerza y de salud.

Esclamaciones de admiracion salieron de todos los puntos de la sala.

—Que se diga todavia, que el sexo debil, el sexo delicado no es capaz de las mas heroicas fatigas! prosiguió Mr. Cramer; opondré el ejemplo verdaderamente maravilloso de una madre que ha llegado á no dormir y á comer casi nada.

—Es necesario escribir el hecho en la academia, doctor!

—Con las circunstancias.



--El mundo entero debería conocer tan bellos detalles.

--Para honor de la heroína . . .

--Y para el nuestro.

Durante esta cascada de cumplimientos, Da. Elena confusa y sin saber que hacer, acariciaba con la mano los cabellos de Emilio. Al fin dijo con seriedad:

--Doctor, haceis mal en revelar así los secretos del hogar. Un médico es un confesor.

--Ah! confesais entonces vuestro pecado de insomnio.

--Ella misma lo confiesa! hè aquí confirmados los hechos! exclamó Da. Concepcion.

La jóven madre, sin prestar atención á este nuevo elogio, añadió con adorable expresión de despecho y de mal humor tanto mas encantadora, cuanto que contrastaba con la dulzura habitual de sus palabras y de su voz:

--Es mal hecho! os digo doctor! y puesto que no sois mas discreto . . .

--Y bien que haréis?

--No os llamaré mas.

--Tanto mejor! se apresuró á responder Mr. Cramer. Acepto el castigo. Que lástima que deba ser ilusorio! Porque mis visitas están concluidas de buena ó mala gana. Emilio está completamente fuera de peligro, y respondo del enfermo en lo futuro. Así, bien podeis pasaros sin mi.

--Decis la verdad! exclamó la Española con la frente radiante de alegría.

--A fé de doctor!

Emilio, durante ese coloquio, por un instinto de reconocimiento, se habia acercado al doctor, quien riendo, le tomó el pulso.

--Como sigue? preguntó Elena tomando nuevamente su aire serio.

--Como un coloso, Señora. Un pulso magnífico, ojos que indican apetito, una lengua de gloton, no es verdad gastronomo?

Emilio, á esta chanza se puso á reir lo que hizo estremecer de placer á su madre. Era el primer signo de alegría que el enfermo daba desde su convalescencia. Con su taciturnidad desapareció su palidez; el matiz de la salud apareció por primer vez sobre su fisonomía.

--Ya veis Señora, que una salud tan buena no tiene necesidad de médico. Os pronostico una cosa Señora.

--Cual doctor!

--Es que de aquí á seis meses, Emilio será un hombre, y vos . . .

--Y yo?

--Una muger que habrá rejuvenecido diez años, una viuda q' podrá hacer hacer locuras como una doncella, un modelo de coloridos, la frescura en carne y hueso. Oh! hay en vos una provision de todo eso, capaz de hacer perder la cabeza á cien enamorados. Y

ya veis Sras, como las rosas han reemplazado las flores de lys sobra esas mejillas de Madona! añadió el doctor en alta voz dirigiéndose á la reunion.

Da. Elena se habia levantado mezclando á su dulce sonrisa una expresión melancolica.

--Vamos hijos míos! es tarde, dijo llevándose á Emilio y Clementina y despidiéndose de la reunion. Hasta mañana Señoras. Doctor, no os olvideis de pasar por casa antes de ir á acostaros.

--A qué si el enfermo está bueno?

--No importa. Quiero que lo veais por la mañana y á la noche. Nunca está demas.

Un prolongado y cariñoso cambio de besos, señaló la partida de la jóven visitante y sus dos hijos, como habia señalado su llegada.

--Es posible, os pregunto Señoras, dijo el doctor, cuando hubo salido, llevar mas lejos los escrúpulos maternales?

--Es un fanatismo bien glorioso para una madre tan jóven, observó Da. Concepcion.

--Y sobre todo para una viuda.

--A propósito, pretenden que Da. Elena no es viuda, dijo la Sra. del Bueno. Habéis oido hablar de ese doctor?

--Bah! quien os ha hecho creer ese cuento?

--No es un cuento, es la verdad. Al menos, por tal me lo han dicho.

--Veamos! veamos! dijo un coro de voces, en medio del movimiento causado por esta revelacion inesperada; repetid la noticia; vale la pena.

--La noticia es que Da. Elena no es viuda.

--Ah! comprendo! suspiró burlándose Da. Dolores, una de esas supuestas viudas como hay tantas. Contrabando de Europa que viene á hacer concurrencia á las aventureras del pais . . .

--En otros términos, interrumpió la Sra. del Bueno con un tono de gravedad y de nobleza que encerraba un reproche intencional al epigrama de su vecina, en otros términos, el marido de la Sra. del Monte-Valeriano vive todavia.

--Y creis una cosa semejante? dijo flemáticamente el doctor.

--Es imposible, observó una jóven que no habia tomado la palabra aun; el duque del Monte-Valeriano ha muerto en España hace nueve años y cuatro meses. Mi tío Carlos se hallaba precisamente en Madrid en el momento de su muerte atribuida generalmente á un suicidio. La catastrophe hizo gran impresion como era natural, en razon del carácter del personaje y de la posicion de las dos familias á que pertenecia por la sangre y por su alianza. Mi tío

nos ha contado los detalles de ese suceso, no una sino veinte veces.

—Como! hace ya nueve años de eso! exclamó Da. Concepcion. Recuerdo en efecto haber leído todos esos detalles en la *Gaceta*, pero me parece que era ayer. Era soltera entonces y recuerdo con que pasión devoraba las novelas históricas, ó las historias novelescas, que es la misma cosa.

—Ademas, dijo el doctor, Da. Elena lleva luto.

—Linda prueba de viudedad! interrumpió Da. Dolores, todas las mugeres que están de luto, son viudas, si se les ha de creer.

—No todas, pero muchas, repuso severamente Da. Concepcion.

—No os enojeis querida, queria solamente decir que tenemos viudas lo mismo que Da. Elena, cuyo ejemplo acaba de citarse, que en realidad y sin saberlo, tienen á su esposo vivo. No acuso la buena fé, cito un hecho conocido de todos en Buenos Aires.

—No hay que admirarse de eso en medio de guerras civiles, de proscripciones, de destierros, observó el doctor. Y a proposito de guerras, parece que tendremos nueva; se habla de una gran batalla.

—Una gran batalla doctor.

Esta pregunta era hecha en voz baja, en tono ardiente, por una dama que hasta entonces no habia tomado parte mas que dos ó tres veces en la conversacion.

—Ah! la amazona huele ya la pólvora!

—Oh! ved que arrogancia, que ardor guerrero en su mirada.

—En efecto, querida, insinuó la Sra. del Bueno, dejadme decir que estais admirable.

—No hay mas admirables que los valientes que van á vengar á sus hermanas y á sus madres de los últrages de látigo y de las infamias de cinta, dijo energicamente la misma dama. Era Olivia.

## CAPITULO XXXVI.

### Bajo el paraiso.

Un silencio grave siguió á esas palabras. El recuerdo de los dias aciagos de la humillacion y de la esclavitud, apareció en la tertulia, proyectando su sombra de vergüenza en las imaginaciones y de resentimiento en las almas.

La noche se pasó en una conversacion llena de misterios. Parecia que cada corazon presentaba algo de extraordinario, en esas horas solemnes que resonaban lentas y ni formes, como en vísperas de un cataclismo reina en la naturaleza una calma hipócrita.

—Yo no sé, pero me parece que me han magnetizado: no os riais doctor, estais tan

impresionado como yo, dijo la Sra. del Bueno, volviendo á tomar la palabra despues de una larga meditacion.

—Estais magnetizada? yo tambien.

--Y yo tambien.

—Y yo.

—Es un sueño magnético general. Se diria que conversamos dormidas, dijo Da. Concepcion.

—La tertulia duerme, observó Da. Lola con voz cavernosa y con tono de fantasma.

Y la patria se despierta! añadió Olivia con acento sonoro. Escucnad! escuchad! no ois nada?

La porteña con el oido atento, permaneció algun tiempo en esta actitud, pero nada se oyó en el silencio de la noche sino el timbre de la péndula que daba las tres de la mañana.

—Es singular! dijo, me parecia haber oido algo á lo lejos por ese lado...

Y Olivia semejante á un sibila inspirada, escuchó de nuevo concentrando, sus facultades en recoger ruidos soñados y rumores imaginarios.

—Que bella está! murmuró interiormente la envidiosa Da. Dolores, casi tan bella como Elena!

Pero, aparte de este mal sentimiento aislado, como una nota falsa en un concierto, el resto de la reunion se hallaba acorde en una admiracion armoniosa y universal por este maravilla viviente que realizaba en ese momento el bello ideal de la muger.

Con sus negros cabellos partidos en la frente, que caian en bucles sobre sus blancas espaldas, con su fisonomia corneliana en la que respiraba y palpitaba no sé que esperanza ardiente, la joven porteña interrogaba asi al silencio, pero el silencio no contestaba.

Derrepente resuenan en la calle pasos de caballos confundidos con los gritos de: Viva la Confederacion Argentina! Mueran los Salvages Unitarios! Muera el loco traidor salvage unitario Urquiza!

Cada muger por un instinto de espanto, al enfrenar esta banda las ventanas, se colocó en la parte mas oscura del salon; la lámpara colocada en una pieza mas lejana, no arrojaba sino una débil claridad. Protegida por esto semi oscuridad, la reunion esperó á que los sicarios hubiesen cesado y se hubiese perdido á lo lejos el eco de sus gritos de condenados.

Olivia, habia oido esos clamores al principio temblando, pero en seguida con la calma del desprecio.

—No es nada, doctor, son los que no entran en batalla. Cuando todos se batan, hay siempre un puñado de cobardes que quedan para insultar las mugeres y asustar á los niños. Esta canalla no merece el honor de nuestra cólera. Las balas y la

pólvora, no han sido hechas para leprosos de esta especie; habeis hecho bien en no tirar. Pero, sabeis doctor que teneis un lindo par de pistolas?

—Lo creis así, Señorita?

—Oh! delicioso.

Y la porteña recibió de manos de Mr. Cramer las dos pistolas que examinó con visible placer.

—Son vuestras, Señorita.

—No quiero privaros de ellas, mil gracias, doctor.

—No, no, guardadlas, dijo Mr. Cramer negándose à tomarlas.

—Como! seriais tan galante! . . . . .

—Ciertamente, señorita. Hetecis armada cual una Palas.

—Y vos, doctor, si os atacan?

—Si me atacan vos me defendereis. Me pongo bajo vuestra proteccion.

Mientras que el ex-director del *Liceo de la Minerva* continuaba sus galanterias en confirmacion de su regalo improvisado y algo forzado que acababa de hacer à Olivia, esta examinaba con una atencion mezclada de altivez, las armas que tenia en la mano.

—Son dos alhajas doctor.

—Cuidado, señorita, están cargadas.

—Cuidado misia! dijo Da. Concepcion, viendo que Olivia dirijia el cañon de una pistola hácia la reunion.

—No tengais miedo, conozco la maniobra.

—Quien quiere batirse con ella? preguntó Mr. Cramer riendo.

Derrepente la porteña, interrumpiendo su juego, escucha atentamente con la mirada fija, el seno palpitante y dijo: Ois? ois? oh! esta vez no es una ilusion, sino una realidad.

—En efecto, dijo el doctor, me parece distinguir un ruido sordo.

—Y yo tambien, dijo la Sra. del Bueno.

Toda la tertulia en masa se aproximó à la ventana de la que oyó el ruido lejáno del cañoneo.

—Victoria! victoria! exclamó el doctor.

—Todavía no, dijo Olivia. Batalla, batalla.

Y templando por la gravedad solemne de esas palabras, el entusiasmo de la reunion, la porteña se mostró enigma viviente para las demas, con el ojo inquieto, el rostro escrutador, tratando ella misma de sondear al través del espacio, el enigma terrible de ese trueno guerrero cuyos estampidos se sucedian por intervalos.

—Que bella cosa es la guerra, cuando da gloria.

—Silencio! silencio!

—Y que triste calamidad cuando no debe producir mas que nuevos desengaños!

—Pobres unitarios!

—Triunfarán.

— Quien sabe?

—Desorganizados, errantes, pobres, aislados, resistirán à las tropas numerosas y disciplinadas de Rosas? Ah! sucumbirán, es cierto.

—Quizás, dijo estremeciéndose Olivia.

Los cañonazos redoblaron al aparecer la atmosfera luminosa de la aurora. El reloj de la eternidad marcaba el 3 de Febrero de 1852.

—Batalla! batalla! exclamó Mr. Cramer.

—No, no, interrumpió la porteña. Victoria! victoria! me toca proclamar à mi vez.

—Decis la verdad, profetiza? preguntó Da. Concepcion estrechando el brazo de Olivia.

—Si, si, me parece que me hallo allí . . . mi espíritu salva las distancias . . . asisto à ese combate terrible . . . oh! que batalla! que de sangre amigas mias.

Todos acudieron al derredor de Olivia que caia desfallecida. Pero levantándose en el acto, continuó en la fiebre del éxtasis con todos los episodios estraños de la vision.

—Triunfa! lo veo! envuelve al enemigo en sus temibles líneas de hierro, lo sumerge en un abismo de sangre y en un sepulcro de humo. Triunfa os digo!

—Quien? quien?

—Urquiza!

Y deteniéndose despues de haber pronunciado ese nombre, la porteña expandió à su alrededor la exaltacion apasionada de una admirable alegria en toda su expansion.

—Que felicidad!

—Estamos vengadas!

—Víctimas de la infamia del látigo, recogijaos, vuestro verdugo sucumbe!

—Esclavas de la cinta punzó, dad el grito de libertad! vuestra librea desaparece hecha mil pedazos, en medio del torbellino de esta gran batalla.

—La sangre lava nuestra vergüenza!

—El fuego purifica nuestra deshonra!

—Si, sí levantad la cabeza, amigas mias, repuso Olivia. El honor de las mugeres llega con la gloria de los hombres!

La puerta se abrió en ese momento. Era la negra al servicio de Da. Elena que venia de prisa de parte de su ama, à preguntar por el doctor.

—Que hay Gregoria?

—Una gran desgracia, Dr, venid pronto! La enferma urge . . .

—Emilio?

—No, la duquesa Acaba de ser atacada de un desfallecimiento repentino. La he vuelto à la vida, como he podido, pero su crisis nerviosa puede volver de un momento à otro . . . Venid, doctor venid!

—Yo os acompaño, doctor, dijo Da. Concepcion.

—Y yo tambien . . .

—Todas todas.

—Julio, enganchad mi carruaje.

—Está pronto, señora.

La tertulia subió parte en el carruaje de Da. Concepcion, parte en el de la Sra. del Bueno, y los dos carruajes, partidos á galope, llegaron despues de haber atravesado calles desiertas, á la casa de la calle de la Esmeralda.

Allí, se hallaba Elena recostada en un sofá, teniendo á su lado á Emilio, Clementina, Sir Samuel, y Mr. Moore y acabando de beber una taza de té que le presentaba Miss Ana.

No es nada, dijo la duquesa, levantándose al llegar sus amigas. Oh! pero me he sentido mala, muy mala, doctor.

—Y ahora señora?

—Ahora estoy mejor.

La Sra. del Monte-Valeriano, dirigiéndose repentinamente á Olivia, le dijo con mirada ardiente y voz conmovida:

—Tambien habeis oido como yo?

—El cañoneo?

—Si, si, el cañoneo. Oh! Angeluci! Angeluci!..

—El general Urquiza debe estar magnifico en este momento! murmuró la porteña sin prestar atencion á la exclamacion de Elena.

—Perdon, Señorita, dijo amigablemente el doctor, interviniendo en el coloquio; la Sra necesita descanso. Evitemos las emociones, os lo suplico.

—Eso es! alegría, buen humor! exclamó Da. Concepcion.

—Al jardin! al jardin!

Y sin esperar la respuesta de la viuda, la loca turba como una banda de pajaros, corrió cantando al jardin llevando consigo en su torbellino á Mr. Moore, Sir Samuel Wart y los demas bajo el paraiso, cuyo vasto ramage ofrecia una frescura deliciosa en esa hora calorosa ya del dia.

El viejo cuaquero, rodeado de todos sus huéspedes, hizo servir el té con leche y entró en seguida con Mr. Moore en una larga disertacion sobre la guerra; las damas, ocupadas en pequeños grupos en tomar mate, se dejaban ir al impulso de la muelle pereza de esa sensualidad que consiste en hablar lo menos posible, mientras que Elena y Olivia medio recostadas sobre un sofá campestre, dando treguas á su agitacion interior, se bañaban en una atmosfera de reposo.

Así transcurrió una parte de la mañana, y cuando los ardores de la canicula vinieron á invitar al sueño á los ojos cansados del insomnio de la noche pasada, sofases, amacas y hasta simples camas improvisadas sobre el verde cesped á la sombra de los naranjos y granados, recibieron los miembros fatigados de las bellas ninfas del jardin.

Olivia con un libro en la mano, engaña-

ba la lentitud del tiempo. Elena al lado de Emilio y Clementina, erraba en los espacios imaginarios, inecida entre las ilusiones de la esperanza y los tormentos de la inquietud.

La española se aprovechó del sueño general para escaparse del jardin y subir á la azotea. De allí divisó el lejano panorama de la llanura al traves de esa multitud de casas sembradas de flores, de patios llenos de plantas, de miradores, q' hacen asemejar á Buenos Aires á una ciudad encantada de las *Mil y una noches*. Su vista se perdia mas allá del horizonte indefinido, y en un presentimiento mas indefinido aun, se esforzaba en dar un cuerpo á ese vacío doloroso de sus pensamientos. Algunas veces su corazon desfallecia bajo el peso de una amargura inesplicable, y en esta misteriosa batalla en la que se jugaban, entre tantas vidas, las de tres hombres cuyo recuerdo respondia á los nombres de Armando, de Justiniano y de Angeluci, entreveia imágenes de muerte con la sangrienta evocacion ya del uno, ya del otro de esos tres personajes tornados en cadáveres.

Angeluci sobre todo era el que mas se presentaba á su imaginacion. Desde que el porteño se hallaba entre las filas libertadoras, Elena llevaba de nuevo el luto que habia dejado mucho tiempo hacia, confundíndose para ella la muerte y la ausencia en un mismo culto supersticioso de dolor consagrado á su adorado.

En medio de su contemplacion ideal y fúnebre, la realidad vino á sacar á la duquesa de las vanas sombras de su pesadilla. Notó torbellinos de polvo del lado de la llanura; poco tiempo despues los torbellinos aumentándose cada vez mas, se aproximaron á la ciudad, dejando distinguir en sus nubes movibles, uniformes de soldados, al mismo tiempo que la confusion anunciaba tropas derrotadas.

—Ah! Dios mio! ah Dios mio!

—Que es eso querida? preguntó una voz trémula de impaciencia, la de Olivia que acababa de subir á la azotea, y apoyandose en el brazo de la madrileña participaba de su ardiente curiosidad.

Pero Elena en lugar de contestar se dejó caer al lado de la porteña, lívido el rostro murmurando palabras entrecortadas y sordamente acentuadas de derrota, de gracia, fatalidad....

En efecto, en efecto, dijo á su vez Olivia no menos palida en su anhelante emocion huyen, huyen.... maldicion!

Las dos jovenes, heridas por ese espectáculo que destruia en su alma todo un mundo de prestiji acariciado por largo tiempo, olvidaron en un abatimiento profundo sus amigas del jardin que las llamaban.

—Venid! venid! Olivia! Elena! socorro. Estos gritos hirieron apenas mecánicamente su oído.

Voces de hombres se mezclaron bien pronto à esos clamores de mujeres en peligro. Despertadas subitamente como de un sueño profundo, la porteña y la española se retiraron sobresaltadas del parapeto contra el cual se hallaban apoyadas.

Tres ó cuatro dragones cubiertos de sudor y de polvo, medio ebrios, sin armas, con uniforme equivoco, arrastrando por la azotea sus grandes botas con atronadoras espuelas, aparecieron á su vista.

—Amigos! he aqui un nuevo botin; las tiendas y las joyerías de los griegos no tienen nada que valga estas dos alhajas encontradas tan a proposito, dijo uno de los soldados aproximándose á las dos jóvenes, Señoritas, sois nuestras prisioneras.

Y añadiendo el gesto á la palabra, los ebrios trataron de apoderarse violentamente de las mugeres, pero retrocedieron ante la boca de dos pistolas que Olivia dirigió contra ellos.

—No os asustéis paisanas! insinuó uno de los agresores pudiendo apenas tenerse en pié, somos buenos federales incapaces..

—Sois federales? interrumpió la porteña palpitante de alegría, apretando el brazo de ese hombre. Sois vosotros los que habeis huido?

—Sois federales amigos? repitió Elena con voz trémula de emocion.

—Si, niñas; somos cobardes, no es verdad?

—Oh! no! no! dijo Olivia sofocada por el entusiasmo; no, no sois cobardes... al contrario, sois unos bravos, se os deben gracias y recompensas.... Oh héroe mio! añadió la joven levantando los brazos al cielo, en un acceso de exaltacion sublime, tú eres entonces el vencedor, mi presentimiento no me engañaba! Gloria á ti! hé aqui tus trofeos!... Pero, es verdad amigos míos, que sois vosotros los federales, los que habeis huido? repetid, repetidme que sois vosotros los derrotados.

—Nosotros, niñas de mi corazon y aunque vencidos por ese loco traidor salvaje unitario Urquiza, esperamos tomar muy pronto la revancha. Entretanto....

Ligeras como silfides las dos jóvenes bajaron al jardin dejando á los ébrios acostarse en en la azotea donde no tardaron en dormirse bajo la influencia de los licores bebidos en los almacenes tomados al asalto por ellos, al mismo tiempo que los ricos pañuelos y géneros de seda atados en la cabeza y en el cuerpo atestiguaban sus robos en las tiendas de la capital.

## CAPITULO XXXVII.

### El cintillo punzó.

Los restos del ejercito de Rosas continúan al dia siguiente el saqueo de las tiendas y de las casas particulares, comenzado la víspera á la tarde, pero los esfuerzos de los ciudadanos y el enérgico castigo aplicado á los bribones á quienes se sorprendia cargados con los bienes de otro, pusieron fin á esas escenas de devastacion, última convulsion del monstruo que acababa de ser herido de muerte en Caseros.

Buenos Aires, libre de esa canalla, se entregó todo entero al júbilo que su definitiva y memorable victoria sobre el tirano americano, esparcia por todas partes. Palermo sobre todo, Palermo el receptáculo de tantos horrores, se rejeneró en el esplendor del triunfo con sus veinte y cinco mil soldados de la libertad reemplazando en sus alrededores, las hordas infames del despotismo.

En el interior del palacio, el conquistador, nuevo centro hacia el que se dirigian la gratitud, la admiracion y la esperanza de la patria, recibia como en un campamento las diputaciones de la capital cuyos destinos dependian de su espada victoriosa.

Ya el general habia dado audiencia á diferentes personajes encargados de la formacion de un nuevo gobierno. Con su frivolidad y su caracter impresionable, se hallaba fatigado de ese dédalo de asuntos á que lo habia conducido la reorganizacion de los negocios públicos, cuando la llegada de Olivia fué al fin para él la señal de descanso.

—Al diablo la administracion! exclamó al ver á la porteña. Angel de mi reposo, venid, oh! venid á librame de esos importunos que me fatigan.

—Y bien? dijo la porteña entrando, y aquel decreto?

—No soy libre, querida, ya os lo digo esta mañana, dirijios al gobierno provisorio.

—Es lo que he hecho. Y mirad, añadió Olivia sonriendo y golpeando familiarmente la megilla del general con un papel que sacó de su seno, no os quejareis de mi lentitud, el decreto está tirado, leed!

Urquiza se impuso de esa pieza que abolia la obligacion de llevar la cinta punzó y pareció turbarse hasta la médula de los huesos.

—Quién ha hecho eso? quién ha hecho eso? preguntó estraordinariamente conmovido.

—El gobierno, general.

—Por órden de quien?

—Ah! comprendo general, habrías querido reservaros la gloria de la iniciativa. Asi son los conquistadores, demasiado modestos; su exajerada deferencia les impide seguir las nobles inspiraciones de su alma.

Cuando os decia esta mañana: decretad, decretad! el pueblo salvado por vos, las familias vengadas de su humillacion por el valor de vuestro brazo, las frentes erguidas y los corazones rejenerados, todos jeneral, todos aplaudirán la medida emanada de vuestro poder victorioso! Cuando así os hablaba, sabia bien lo que decia; las mujeres general, tienen á menudo un tacto particular para adivinar lo que conviene á la gloria de un hombre. Pero vuestros escrúpulos por lo que llamais las atribuciones sagradas del gobierno civil, os han hecho temporizar, y ha resultado que otros han recogido el honor en lugar vuestro, de libertarnos de la infame cinta.

--Pero quien? quien? repitió Urquiza, distraido, preocupado y bajo el imperio de una emoción creciente.

--Vamos! dijo la porteña, nada se ha perdido. Vais vos mismo á firmar el decreto y darle fuerza de ley. De este modo, sereis á los ojos del pueblo, su verdadero autor.

Olivia, tomando entonces una pluma, la ofreció al general que temblando, se aproximó á una mesa, sobre la que acababa de ser desdoblado el papel en que estaba escrito el decreto.

--Éstais embarazado general: lo conozco, la pluma os es menos familiar que la espada. Poned simplemente:

"El presente decreto será obligatorio desde su fecha." Y enseguida firmad. Y ahora?

--Pensaba una cosa Olivia, y es que quizas haria bien en postergar esto hasta mañana.

--Por qué? preguntó la porteña sorprendida á su turno.

--Por que.... por que en materia de administracion nunca es uno demasiado prudente, demasiado circunspecto.

--Ah!

--No digo que la medida no sea buena en sí, sino que, hablando francamente, la creo prematura!

--Prematura general? prematura la medida que hierde de muerte el signo de nuestros dolores!!

Y espresando un asombro soberbio y dominante, el rostró de la bella porteña brillaba al mismo tiempo que de sus tremulos labios se escapaban sus palabras.

--Bien considerado este proyecto, vale mas aplazarlo; cuanto mas pienso en él, mas convencido estoy de los inconvenientes que acarrearía su inmediata adopcion. Y por otra parte, el pueblo es simpático á la abolicion, quiero creerlo, pero el ejército? sucederá lo mismo con el?

Muda y atenta oyendo este extraño discurso, Olivia se colocó á algunas distancia de su interlocutor á quien se puso á exa-

minar con curiosidad fría y tranquila. Urquiza sin mirarla continuó, fingiendo arreglar los papeles de su mesa:

--Si, señorita, el ejército se quejaría y con razon quizas; porque al fin hay signos, símbolos á los que se ligan ciertos recuerdos penosos es verdad, pero tambien tradiciones de gloria y de libertad..... si señorita, de gloria y libertad.

--General! murmuró Olivia con voz extraña.

Urquiza miró á la porteña y se quedó estático á su aspecto. Parecia la estatua viviente de la indignacion.

--Repetid dijo ella aproximándosele y con acento mas cavernoso aun, repetid vuestra blasfemia para poder saborearla; será mi alegría, mi felicidad! repetidla os digo!

Y semejante á una Eumnénides amenazadora, se iluminó con lívidos reflejos y sonrisas siniestras.

--Por lo demas, balbuceó el general, poco importa esta cuestion. Dejemos la política, hablemos de amor, querida!

--Si, si, hablemos de amor, caballero de la cinta, conquistador de la infamia!

--Olivia!!

--Urquiza!!

El general se detuvo ante una pistola medio sacada del seno de la porteña.

--Imprudente!

--Perdon Señor, dijo esta colocando su par de pistolas sobre la mesa del general, héme aquí desarmada; solo me falta disculparme por haberos causado miedo.

Habia en esas palabras pronunciadas con calma, un desprecio tal, que Urquiza sintió bullir en el fondo de su corazon todas las pasiones del orgullo y del resentimiento. Una reaccion amarga correspondiente á lo que se habia operado en Olivia, templó esta cólera interior y la cambió en un despecho concentrado. El leon se volvió tigre.

--Que quereis? que pedis?

--Nada.

--Me odiais, lo sé.

--Lo habeis dicho.

--Y entonces?

--La admiracion sofocaba el odio, mientras que ahora....

--Ahora?

--El desprecio ha sofocado la admiracion.

--Ah! eso es demasiado....

En ese instante un grupo de músicos ambulantes, compuesto de algunos discordantes instrumentos, hizo oír desde afuera el himno nacional. Esta súbita invasion de un carácter semi armonioso, y semi cacofónico, produjo en medio de la escena de los dos personajes, el efecto que produciría un farsante interrumpiendo una escena trágica.

La puerta de la habitación se abrió al mismo tiempo, y mientras que Olivia, altiva, magestuosa y con paso de reina salía lentamente, algunos generales, en cuyo número se encontraba Justiniano de gran uniforme, vinieron á tomar asiento al lado del nuevo señor de Palermo.

Una conferencia sobre los asuntos militares principió, y se trató de la entrada solemne de las tropas á la capital, fijada para el día siguiente.

—Segun vuestras órdenes, general, dijo Justiniano, la cinta punzó ha sido suprimida del uniforme de los regimientos.

—Quien ha hablado de eso? exclamó Urquiza en tono de brusco furor que llevó á su colmo la sorpresa de los recién venidos.

—Vos mismo, jeneral, esta mañana

—He hecho mal, id á dar contra orden inmediatamente. Creo que la cinta debe ser conservada.

Los músicos que continuaban tocando siempre en el patio, hicieron resonar en aquel instante con sus desacordes sonidos que parecían una ironía musical, el aire del inmortal D. Vicente Lopez, Libertad! Libertad!

—Habeis comprendido general? repitió Urquiza.

—No, general, dijo friamente Justiniano.

—La entrada se hará llevando los gefes y los soldados la cinta, no es claro esto?

—No general, para mi es al contrario muy oscuro, y mientras os comprendo mejor, permitidme entregar mi espada, como conviene á un leal servidor que no gusta de las posiciones falsas.

Al decir esto, el negro se desprendió su arma y la colocó sobre la mesa.

—Que! Justiniano! vos mi compañero de gloria y de peligros! vos á quien tanto debo, que me habeis dado todo, fortuna y sangre!... oh! amigo mio continuó Urquiza conmovido, no me abandoneis os lo suplico!

—Perdon general, si insisto en mi dimision. Os amo, os lo he probado; pero permitidme decirlo y vuestro noble corazón no se ofenderá, amo mas á mi Patria. Hay algo de superior á los hombres, algo que, cualesquiera que sean....

La llegada de un ayudante de servicio interrumpió esta efusion, anunciando:

—Los Sres. del Gobierno Provisorio!

Urquiza pasó al gran salon despues de haber dejado á su estado mayor, murmurando:

—Que me quieren todavia esos importunos? estoy por ventura bajo su tutela?

Y dirigiéndose antes de entrar, á un oficial superior que le esperaba al paso, le dijo en voz baja:

—Pasad revista á las tropas.

--Está pasada, general.

—No importa, quiero que cada dia, ademas de la mia, paseis dos.

—Me conformaré con vuestras órdenes general. Tenia tambien que daros algunas noticias.

—Cuales?

—Oh! poco importantes. Angeluci S... is acaba de dar su dimision.

—Decis la verdad?

—He aquí su carta.

D. Justo José colocándose delante de una ventana, rompió convulsivamente el sello del pliego que se le presentaba y leyó lo que sigue:

“General, apesar de la orden del dia comunicada oficialmente á mi batallon, sé de buen orijen que vuestra voluntad es que el asqueroso trapo del vencido de Caseros, sea conservado por nuestras columnas victoriosas. Si es á titulo de trofeo, debo hacerlos observar con toda franqueza, que en ese caso, no debo figurar en el pecho de nuestros bravos, ni en el casco de nuestros dragones, sino en la cola de sus caballos. Si es como condecoracion, la rechazo con toda la energia de una indignacion que me es comun, lo declaro, con el ejército entero. Pero aun cuando fuese el único en mi odio y desprecio á ese simbolo aborrecido, no seré ni infiel á ese desprecio, ni perjuro á ese odio. Porque, sabedlo jeneral, odiar el instrumento de la vergüenza de mi madre, es mi honor y mi religion.

“Renuncio pues general, á un servicio altamente infamante con ese signo de oprobio y vuelvo á entrar á la vida privada, hasta mejores dias.”

*Angeluci S... is.*

Urquiza tomó en seguida de manos del oficial superior, otra carta en la que Armando de Figueroa, despues de haber protestado enérgicamente contra el desencanto de las esperanzas de los amigos de la libertad, declaraba tambien que abandonaba las filas del ejército.

Aterrado y confuso, el general entró al gran salon donde le esperaban los miembros del gobierno provisorio.

## CAPITULO XXXVIII.

### El tiro de pistola.

Mientras que la entrada triunfal del general Urquiza á Buenos Aires se organizaba en Palermo, el caballero del secreto, retirado con Justiniano y Angeluci, á la casa de la calle de la Esmeralda habitada por el Consul de los Estados Unidos, sir Samuel Wart y el doctor Cramer, esperaba la vuelta de Elena, de Olivia y de miss Ana, salidas las tres con Emilio y Clementina para gustar en las calles ese placer del paseo, tan dulce despues de los tiempos ca-

lamitosos que habian pesado sobre las familias porteñas.

Era una dulce tarde de verano; oleadas de pueblo inundaban la capital en diferentes puntos, sobre todo en la Plaza de la Victoria en la que se levantaban ya los preparativos de la fiesta.

Armando y Angeluci se hallaban en el salon del Consulado acostados en un sofá, fumando un cigarrillo y conversando de los sucesos á la órden del día, mientras que el negro se paseaba en el jardín en compañía del cuaquero, dejando á Madama Cramer ocupada en bordar bajo el paraiso y al lado de su marido, cintas color de cielo.

—Comprendeis esta conducta? decia el porteño al caballero; ocho dias despues de ese esplendido triunfo restablecer la librea de ese miserable!

—Bah! que quereis querido! Todos ellos son lo mismo, despues de Rosas, Urquiza. No es sino un cambio de nombres, Es la comedia del mundo y de las revoluciones.

—Oh! no habéis asi caballero, por favor; si hubiese sabido que esa infame librea debia subsistir.....

—Que habriais hecho?

—Lo que hariais vos mismo en vuestro pais, lo que han hecho vuestros nobles antepasados en España, me uniria á un puñado de bravos unicos adictos á la civilizacion á la humanidad, al respeto sagrado de la muger, y como Pelayo, arrojaria del suelo de la Patria al impuro sarraceno, al bárbaro que no ha vencido á nuestro verdugo sino para heredar su tirania y rejuvenecer las tradiciones de su maldad. He aqui lo que haria caballero! y no seré el único, creedlo.

—En hora buena! viva el patriotismo que no se deja deslumbrar por la gloria de un ambicioso! Que lástima que el bello sexo no se halle siempre al abrigo de una fascinacion semejante!

—Que quereis decir?

—Quiero decir que conozco mujeres á quienes la vista de un par de charreteras de general, desvanece, subyuga, hasta apasiona....

Angeluci hizo un movimiento en el sofá; escuchó con avidez.

—Y no es un mal, prosiguió el Sr. de Figueroa, en tiempos de libre y fuerte democracia, porque entonces este favor, esta predileccion de la belleza por el uniforme, es una prima ofrecida al valor de los hombres; pero ver á señoritas enamorarse locamente de un conquistador, es decir, de un dèspota mas, he aqui lo que es triste, demoralizador y un mal ejemplo en nuestra sociedad no exenta aun de la plaga de sus caudillos.

El porteño fija la mirada oia el discurso

de Armando con una atencion que tenia algo de doloroso. Este continuó:

—Si, querido, asi es. Las Repúblicas de la antigüedad nos ofrecen ejemplos de esas abrazadoras pasiones femeninas á pretendidos grandes hombres á quienes yo llamo opresores de su patria y tiranos del género humano. La bella Cleopatra concibió un amor volcánico hácia el sanguinario Antonio, uno de los generales de la época que anegaron en sangre la república romana. Si en lugar de un triunviro orgulloso y feroz, la reina de Egipto hubiese sido visitada por un honrado tribuno, por un ciudadano íntegro, por un soldado virtuoso, es probable que su corazon hubiese permanecido impassible. Cincinato y Scipion con su gloria pura y su patriotismo austero, no valen para las mugeres lo que el siniestro renombre de un Antonio ó de un Cesar. La estrella bienhechora y modesta es desdeñada; el meteoro brillante y funesto es admirado, amado, adorado. Es una fascinacion supersticiosa que me recuerda el culto de los Indios pampas al diablo, al que su ciega devocion hace las declaraciones mas fervientes de amor, y arroja en medio de su rezos, yerba, azucar, maiz, arroz, todo lo que poseen. Como los salvajes, sus vecinos, esta capital tiene tambien sus idolos, y lo que es mas deplorable, es que las divinidades del entusiasmo de nuestras beilas son algunas veces unos demonios. Y sin embargo, nos hallamos en un pais completamente civilizado. Y a proposito de civilizacion, en vuestro lugar mi querido Angeluci, no me gusta ese sobrenombre de Atenas dado á vuestra ciudad natal. Buenos Aires es un Atenas en efecto, con sus coquetas y sus literatos, sus generales y sus oradores, sus Pericles y sus Aspacias! Si, pero, ved los laureles de la libertad recogidos apenas ocho dias ha, reemplazados por un lecho de flores que una muger prepara á un nuevo tirano, mientras que los hombres organizan ya fiestas para Pisistrato!

El Sr. de Figueroa en el calor de su clásica arenga, no habia notado la turbacion de su interlocutor, sobre todo al oír el nombre de Aspasia que acababa de establecer una injuriosa asimilacion entre la célebre cortesana y la encantadora mujer hácia la que el amor del porteño, desertor de Elena, se habia dirigido con toda la enerjia de la pasion. El amor por mas ciego que sea, vé siempre la pureza y la virtud al traves de su venda y jamás sufre que á su ídolo se le eche la menor mancha.

Angeluci sufría pues en lo mas íntimo de su corazon al oír las filípicas del caballero contra las aberraciones sentimentales del bello sexo a propósito de Olivia y de Urquiza, cuyos nombres no habían sido pronunciados por Armando, pero que las preocu-



paciones del porteño, distinguían perfectamente al través de las alusiones del orador.

—Veamos, mi querido porteño, continuó el Sr. de Figueroa, viendo que Angeluci guardaba silencio, que pensais de todo esto?

—De que caballero?

—De lo que acabo de deciros, porque creo que sino teneis lengua, poseis al menos oídos. Hace una media hora que me dejais hablar solo, como un orador que ha hecho monopolio de la palabra. Vos mas sibarita, habeis guardado el dulce monopolio del silencio y quizas el mas dulce aun de no atender.

—Oh! caballero! me suponeis capaz de distraccion hácia las bellas cosas que os habeis dignado hacerme saber! dijo Angeluci con entonacion amarga por la ironia, pero exquisita por la política.

—Ah! me habiais oido entonces?

—Ciertamente. Mejor que eso, os he escuchado.

—La prueba? preguntó riendo el Sr. de Figueroa.

—La prueba caballero?... es que me acuerdo muy bien de cada una de vuestras frases y podria repetirlos vuestro magnifico trozo desde el principio hasta el fin. Me limitaré á la parte mas culminante. Voy á reproducir no solo el sentido, sino tambien vuestras mismas espresiones, y asi vereis que no os he esquivado mi atencion. Deciais, si mi memoria no me es infiel, que nuestra republica regenerada por sus hombres soldados y sus virgenes heroínas, no es verdad?

—Poco mas ó menos... sin embargo, permitidme...

—Esperad. Habeis agregado que nosotros los herederos legitimos de Ituzaingo y los vencedores personales de Caseros, valemos muchisimo mas que vuestros abuelos de no sé que peninsula europea muy degenerada y que llaman, segun creo, España...

Armando de Figueroa, que hasta ese momento se habia conservado en las delicias de una flemma sibarita, dejó vivamente el mate que llevaba á los lábios y tomando un aire serio, respondió.

—Explicaos, hablad claramente, jóven.

—Me esplico y digo que mi patria abandona á la España, las Luis, las Phrynés, las Aspasias y que no conserva para ella sino las Cornelias y las Penélopes. Nuestra Esparta, sabedlo, tiene sus bellas Lacedemonianas que se glorian de su virtud, como tiene tambien varoniles ciudadanos que despues de haber volteado á su tirano, se sienten capaces de clavar una bala en la frente de un insolente...

—Que hable mal de la querida de Urquiza, no es verdad?

—No, que calumnio cobardemente la pureza de la futura de Angeluci S... is.

—Oh! jóven, sois injusto, permitidme haceroslo notar, dijo el caballero, armando negligentemente un cigarrillo. Si hay un embustero en todo esto, sois vos... Bien sabeis que Olivia no es ni puede ser vuestra futura, para servirme de vuestra espresion. Un caballero como vos no ha de que'er nunca las sobras de otro. Os haceis una ofensa á vos mismo.

—Las sobras de otro! las sobras de otro! murmuró Angeluci con acento estridente. El honor de Olivia me pertenece, desgraciado del que lo toque!!

—Su honor es posible... se persona es otra cosa. La prueba continuó el Sr. de Figueroa levantándose y golpeándose el pecho con altivez, la prueba que Olivia no será vuestra, ni de Urquiza, ni de nadie, es que yo la amo y que haré de ella mi favorita.

El porteño balbuceó algunas palabras que se perdieron en el ruido de los muebles que caian al suelo y de sillas desarregladas aqui y acullá en el movimiento de una riña entre dos personas. Angeluci acababa de pegar en el rostro al caballero.

—Que es eso? dijo el doctor, presentándose en la puerta del salon acompañado de Justiniano.

—Nada, nada, esclamaron á la vez riendo Armando y el porteño, para disimular como por un convenio tácito, el misterio de su querella; una chanza doctor; una apuesta sobre gimnasia... el señor pretendia tener mas fuerza que yo en el brazo.

—Esta noche en la fonda de Porta-Estiletto, dijo el Sr. de Figueroa al oido de Angeluci, dirijiéndose con él al jardin.

—No faltará. Vuestras armas?

—La pistola. Vuestros testigos?

—Son inútiles.

—Convenido.

—Angeluci, dijo en alta voz el caballero, delante del doctor del cuáquero, Justiniano y Miss Ana reunidos bajo el paraiso, acabais de vencerme en la lucha. Pido mi revancha en la pistola.

—Con mucho gusto, respondió alegremente el porteño.

—Perdon, Sir Samuel, por esta infraccion belicosa á los principios pacíficos de vuestra fé...

—Porque? interrumpió el cuáquero, el juego, de las armas no es prohibido por la sana moral.

—En efecto no es mas que un juego, y no habrá muertos ni heridos. Veamos, Miss Ana que podemos poner en la pared que nos sirva de blanco?... Ah! he aqui nuestras bellas que llegan muy apropósito y que completarán el tribunal de los jueces de campo.

Eran Olivia y Elena que con los niños entraban al jardin de vuelta de su paseo.

—Señorita, dijo Armando dirijiéndose á

la porteña, una gran apuesta se ha empeñado entre el señor y yo. Se trata de saber quien dará con mas destreza un balazo á no sabemos que, algo pequeño, ruin, un trapo por ejemplo, tan grande como la superficie de la misma bala.

La porteña rejistró su bolsillo y sacó una cinta punzó en la q' se leia: Mueran los Salvajes Unitarios, hizo con ella una bolilla y fué á fijarla en la estremidad del jardin, en seguida volvió bajo el paraiso y dijo:

—Caballeros, la palma de la victoria al que recuzca á polvo ese trapo!

—Eso es! eso es! exclamó Elena dirijiendo á Angeluci una mirada, como para animarlo.

Y acercándosele, la duquesa añadió en voz baja:

—He ganado la mitad de vuestro pleito cerca de ella. Está bien dispuesta hácia vos, casi os ama. La feliz idea que habeis tenido de esta diversion, os ofrece una ocasion de conquistar su favor, con un capricho, una futilidad, pues no es necesario nada mas para obrar sobre la imaginacion de una mujer, y cuando la imaginacion se gana, el corazon no está lejos de serlo. Aplicaos!

—Los consejos son prohibidos, dijo alegremente Mr. Moore. A las armas, señores!

Angeluci, despues de una lucha cortés sobre quien tiraria primero, recibió la pistola de manos de Olivia, nombrada árbitro en la solucion de esta primer dificultad

Tiró, la bala no tocó la cinta.

El Sr. de Figueroa descargó despues de él; un grito casi unanime de bravos surgió de la reunion; solo Elena permaneció silenciosa. La cinta habia sido tocada de lleno.

—Mi revancha! dijo Angeluci.

Es muy justo, respondió Olivia, ofreciendo esta vez el arma al caballero, que tocó nuevamente el medio del blanco.

El porteño erró.

—Una tercer prueba! murmuró sordamente.

—Eso no se niega, dijo el Sr. de Figueroa, y estoy seguro que nuestros amables jueces de campo nos la acordarán con mucho gusto.

—Sin duda, dijeron Elena y Olivia al mismo tiempo.

Y la porteña presentó por segunda vez el arma á Angeluci, cuya mano no fué feliz. La bala fué á dar á un lado del blanco.

Armando desgarró de nuevo el trapo.

—Oh! si continuais caballero, lo reduciréis á polvo materialmente. Animo! que no quede ni un solo pedazo, una sola hebra, si es posible!

—Quereis una cuarta prueba? preguntó el caballero á Angeluci.

--Tirad! respondió este.

—No, se necesita antes la órden de nuestras bellas soberanas observó galantemente el adversario, que recibió á su turno la pistola cargada de manos de Olivia.

La misma destreza de su parte.

La misma torpeza de parte de Angeluci.

El tiró se declaró concluido. Cada uno corrió hacia el blanco: el trapo estaba acribillado, desgarrado, pulverizado y se deshacía entre los dedos en mil pequeños fragmentos como un género de seda quemado.

Olivia, divirtiéndose en deshacer lo que quedaba de la cinta reducida á ese estado informe, sonreía con orgullo al vencedor, mientras que Angeluci devorado por los celos, se paseaba con Elena en el círculo movable formado por los personajes del jardin, que pasaron á otros juegos en medio de los gritos de aclamacion de los niños.

En fin, gracias á vos, heme vengada! decía la porteña que acababa de desgarrar convulsivamente y arrojar al viento el último pedazo casi imperceptible de la cinta. Todo está borrado, anonadado, olvidado!

Y al decir eso, el seno de Olivia palpaba al impulso de una alegría cuya expresion se leia en sus ojos brillantes de un radiante entusiasmo.

Derrepente tomó un aire estremadamente grave y reservado, despues de algunas palabras confidenciales que el Sr. Figueroa se aventuró á decirle.

—Qué! habeis podido pensar eso caballero? Ay! añadió con un suspiro acompañado de una vaga sonrisa, que equivocado estais! hace mucho tiempo, mucho, que no soy coqueta!

—No, señorita, no soy yo el equivocado sobre vuestros encantos, sois vos cuya modestia os engaña acerca de vuestro propio mérito.

—Que locura! no soy absolutamente coqueta, os digo...

—Permitidme señorita, no se trata de vuestra coqueteria, sino de esas gracias encantadoras, de esa nobleza, de esa suavidad, de ese ideal y sobre todo de esos ojos, oh! de esos ojos capaces de hacer de mi corazon un infierno y del vuestro un cielo, si quereis.

En esta declaracion en voz baja, el caballero se habia aproximado á Olivia que sin cambiar la calma augusta de su bello rostro, sentia pasar sobre sus lábios el soplo de fuego escapado de los lábios de su interlocutor.

El Sr. de Figueroa sintió que una mano le apretaba el brazo.

Era Angeluci que habiéndose separado de la duquesa, llamó aparte á su adversario y le dijo al oído algunas palabras cuyas sílabas tenian algo de metálico:

—Falta una condición á nuestro convenio, Señor, á quema ropa.

—Como gustéis respondió tranquilamente Armando.

Un apretón de manos ratificó de nuevo la lúgubre cita.

—  
**CAPITULO XXXIX.**

**Los archivos secretos.**

—No, caballero dijo la porteña á su galanteador que acababa de anudar lo mas naturalmente posible, el hilo de su conversacion, no. Vuestra conducta me honra infinito, pero no acepto, no puedo aceptar.

Hablando asi, los dos personajes habian llegado bajo el paraiso, solo, por la desaparicion sucesiva de la familia Moore y de sus diferentes huéspedes. Allí Olivia habiéndose sentado sobre un banco campestre al lado del caballero, le dijo con acento firme y claro pero sin emocion.

—Estamos solos, sois un hombre de honor y puedo sin temor confiarme á vos. Haberis creido quizás, no diré en mi mala conducta, pero al menos en lo que llamais mi novelesca lijereza con el jeneral. No hay ni novela, ni verdad, ni coqueteria, ni amor. Yo no amaba al jeneral y gracias á Dios, he salido pura de su palacio de conquistador como he entrado á su tienda de combatiente. Ahora os haré saber que lo que me fascinaba en él, era la venganza.

--La venganza señorita?

--Escuchad. Por órden de Rosas, nosotros pobres mujeres eramos tratadas de la manera horrible que sabeis, cuando, dominando por el ascendiente de nuestro orgullo, la consigna ridícula de sus esbirros, nos atreviamos á presentarnos en las reuniones públicas sin la librea oficial. Un dia, era al principio del reinado de ese monstruo, era yo muy jóven entonces, me presentaba con otras señoritas de mi edad á la puerta de la Catedral, para asistir á la misa solemne de las fiestas de Mayo. Las tropas se hallaban formadas delante del templo. Pasamos por entre los soldados que, con risas indecentes y sarcasmos obscenos aguardaban allí á las señoras para insultarlas como bajo las horcas caudinas de la brutalidad y de la infamia.

Con el descuido y la inocencia de mi edad, pero tambien con la precoz altivez de mi carácter, sola, entre mis compañeras atravesada ese grupo obsceno é insultante sin emocion y sin terror. Sola tambien no llevaba la decoracion federal.

Me agarran, algunos soldados me maltrataron, me golpearon; sufría esta humillacion con estoicismo....

Mientras Olivia hablaba, el caballero hacia extraordinarios esfuerzos dentro de si mismo por presentar una fisonomia impassible. Señales, apenas visibles, de ese trabajo interior, habian podido notarse sobre sus

facciones contraidas por una violenta tension, al mismo tiempo que sus ojos despedían relámpagos de emocion mal velados por una indiferencia largamente estudiada. Esta indiferencia aparente que habia presidido la escena entre el y Angeluci y que tan bien lo habia sostenido en su rol premeditado de provocador, hubo de abandonarlo en ese instante. Redobló su energia moral y concentró, silencioso, su atencion á la relacion de la porteña. Continuó.

—No sé como se hizo ese fenomeno, pero como acabo de deciroslo, caballero, en lugar de sentirme humillado con ese tratamiento bestial, sentí orgullosa una reaccion rápida contra mis verdugos. Cuanto mas me prodigaban las risotadas, las burlas, el ultrage y los golpes, mas se arraigaba la soberania de mi desprecio. Todos mis sentimientos se reasumian en uno solo, un odio increíble hacia un sexo capaz de semejantes bagezas. Me preguntaba si entre todos esos cobardes que hacian de una muger, de una niña, su miserable juguete, se encontraría uno solo que tuviese no lástima de mi, sino de su propia dignidad de hombre arastrada por el fango; si entre esos cobardes que me miraban de lejos ó parecian indiferentes, no habia un varon, un valiente, un hombre en fin que viniese á vengar el honor de mi sexo ó mas bien del suyo. Me preguntaba eso caballero, y creo haber hallado una respuesta á la súplica muda de mi corazon indignado, porque vi salir desde la estremidad de la Plaza de la Victoria un jóven á caballo. Oh felicidad! se precipita sobre el grupo infame, me arrebata, me transporta lejos de ese infame teatro de ignominia.... que teneis caballero?

—Nada; vuestro relato que interesa, me exalta.... Continúad Señorita, dignaos continuar.

—Arrebatada al galope por ese generoso salvador me sentia huir con él en una carrera vertiginosa, y llegué.... á donde? lo ignoro. No, no, lo sé, me acuerdo muy bien llegué....

—Adonde? preguntó el Sr. de Figueroa, pálido y sudando en su inmovilidad de estatua.

Olivia respondió con voz sorda y la mirada sombría.

—A la casa de Gobierno. Allí el joven me bajó del caballo; estaba sin movimiento, mis sentidos se turbaron, mi cerebro flotó en medio de vapores estraños, me pareció que me hacia beber un brevage, perdí el conocimiento, lo creyeron al menos, pero al través de mi alucinacion distinguia, oh! si, distinguia perfectamente un hombre que me tomó en sus brazos, y este hombre era....

—Vuestro salvador?

—No, no. Oh! él era un angel; lo veo.

aun con su larga cabellera, su noble rostro. Sin duda luchó para disputar su presa al demonio que llegó á apoderarse de mí, por que apareció un demonio, caballero, y ese demonio se llamaba....

—No era él!

Esta exclamacion arrojada involuntariamente por Armando, fué retractada en el acto, y sonriendo con ironia llena de desdenosa dignidad, el Sr. de Figueroa añadió:

—Quiero decir.... Señorita... quiero decir que Rosas, ó cualquier otro, habria sido muy miserable, para atreverse....

—Para atreverse á violar una niña de trece años! Es sin embargo lo que sucedió, dijo Olivia con una magestad tranquila y acentuando lentamente cada sílaba. Mi voluntad nada tiene que reivindicar, gracias á Dios, en esos misterios del crimen: si os lo cuento, es solo para que sepais que os desprecio á vos y á todos vuestros semejantes y que una vírgen tiene el derecho solemne de aceptar ó de rechazar el amor que inspira, porque soy vírgen, señor, y si mi cuerpo ha sido manchado, mi alma, mi alma independientemente y pura basta á mi virginidad y a mi gloria!

La porteña, semejante en su altivez á una divinidad bajada de su pedestal, añadió:

—Ya sabeis ahora porque he rechazado vuestra mano, la vuestra ó la de cualquiera del mundo. Y ved como mi aversion sistemática hacia vuestro sexo ha favorecido mi belleza. A mi edad otra muger seria vieja. Yo, á quien las borrascas del amor han encontrado siempre insensible, yo, que bajo la impresion de un resentimiento eterno he opuesto hasta este momento á los enamorados un corazon de acero, soy todavia jóven y fresca. Es mi venganza!

Mi venganza! oh no! hay otra tras la cual he corrido con paciencia y que al fin está satisfecha. El monstruo ha caido, y con él el odioso simbolo, origen de mi desgracia. Está purgado de su abominable dueño, ese palacio de lodo y de sangre, esa caverna del crimen y de la orgia, que como Palermo su digno sucursal, fué por tanto tiempo la tumba de la virtud de los hombres y del pudor de las mugeres. Encarnizada en la pérdida de ese gobierno de fieras, me ligaba á Urquiza, adulaba su ambicion, escitaba su envidia, lo empujaba á una sublevacion gloriosa, fingia á su lado las ardores de un amor embustero. Que me importaban las apariencias? que me importaba la opinion? Decian de Olivia: es su querida; pero la conciencia de Olivia respondia: no es, ni he sido, ni será jamás la querida de nadie. Otros aspiraron al honor de llamarla su esposa, é inviolable en su virginidad, guardó su corazon como habia guardado su virtud. Asi os ha sucedido caballero, asi sucederá á ese jóven y tier-

no amante de que me ha hablado Elena; asi sucederá á todos esos paladines que ambicionan la palma de mi belleza, cualesquiera que sean sus intenciones, su moralidad, sus miras, tigres viles á quienes no temo, pobres corderos que miro con compasion!

La porteña en la exaltacion de su entusiasmo, permaneció algun tiempo de pié entregada á una corriente de sentimientos sobre humanos, que saboreaba con fanático frenesí á la que poco á poco se mezcló un melancolico misticismo. Su seno, como el oceano agitado por las primeras brisas, principió á ondearse. Su rostro hasta entonces de una figura metálica, tomó tintes, mas suaves. El bronce de su corazon, caldeado por el fuego de mi violento enternecimiento, se retiró y algunas lagrimas silenciosas se deslizaron por el marfil de sus megillas.

En un raptó de confianza tomó la mano del Sr. de Figueroa y dijo:

—Perdon, señor.... no sé.... pero me parece que necesito hablaros, no ocultaros nada de mi terrible secreto! Es preciso que lo sepais todo. Oh! que felicidad librarme de este peso que me oprime! No os conozco y sin embargo veo en vos un amigo, un padre, casi un confesor. He aqui mi alma toda entera, caballero, leed en ella como en un libro abierto. Ya me siento aliviado. Oh si, añadió Olivia sollozando, yo soy desgraciada! Lloro, llora, miserable madre! y vosotros pobres niños! Oh Dios mio!

Armando, solícito y atento, como el que está preparado á una revelacion conocida de antemano, escuchó con completo imperio sobre si mismo y una dulce familiaridad hacia la narradora, el eco interesante y doloroso de sus propios recuerdos.

—Madre? habeis dicho, señora, sois madre?....

—No, Dios me ha negado esa dicha, lo he sido, no lo soy ya. Oh orgullo! oh orgullo fatal!!

Los sollozos ahogaron su voz.

—Es-uchad! escuchad! ropuso despues de un silencio interrumpido por movimientos convulsivos, porque al fin soy mujer, yo tambien he bebido en la copa de la humanidad, y si mis lábios no conocen las caricias del vicio, mi corazon, mi alma, mis entrañas han palpitado bajo los besos del amor, del amor maternal. He amado, amo todavia.... oh Dios mio! daria con placer toda mi sangre por volver á verlos, por abrazar los dos únicos seres que me hayan hecho conocer, en mi infierno, las sonrisas del cielo y la felicidad de la tierra. Hijos míos! mi vida! donde estais?

.... Os he dicho, caballero, que un miserable, un demonio, despues de haberme arancado á mi anjélico salvador, me habia

dado un brevaje, y que al traves de la alucinacion de mis sentidos me sentí transportada à una habitacion de la casa de Gobierno. Ese monstruo abusó de mi cuerpo, os he dicho tambien. Agregaré que vuelta en mí, prisionera y no viendo mas que el rostro enmascarado de un hombre que vino á traerme de comer, cai en una violenta enfermedad que hubo de causarme la muerte; pero no era la muerte lo que me reservaba el destino; era la vida... la vida dentro de mi misma. Estaba encinta. La naturaleza impenetrable en sus designios, hizo salir del crimen de un infame, una doble flor de maternidad. Di al mundo dos gemelos

Aqui Olivia suspendió su confidencia, sacó un pañuelo, se cubrió con él el rostro y agachada lloró.

Cuando despues de esta expansion levantó la cabeza, no vió ya al caballero.

Armando habia pasado al salon y entregó á un sirviente un pliego cerrado que llevaba consigo, con recomendacion de llevarselo á Olivia al jardin; en seguida, llevando consigo dos pistolas y sin decir nada á nadie, salió para encaminarse á la fonda de Porta-Estileto.

La portefa se sorprendió estremadamente al ver llegar, en vez del Sr. de Figueroa, al mensajero que venia á entregarle el papel de su parte. Habian transcurrido algunos minutos desde la desaparicion del caballero, y en el abismo de reflexiones solitarias en que se hallaba sumergida la narradora, y ella no se habia apercebido ni de esta ausencia repentina, ni de la aparicion de Elena que acompañada de Emilio y Clementina, llegaba por la otra estremidad del jardin con Mr. Moore, miss Ana y los demas huéspedes de la casa, cuyo juegos alegres y ruidosos acababan de cesar con la caida del dia.

Casi sorprendida en medio de su llanto, en el momento en que se le traia la carta del caballero, Olivia se ocultó precipitadamente en la sombra de la noche naciente y encerrándose en su cuarto, se apresuró á romper el pliego.

A las primeras palabras que leyó, dió un gran grito. Turbada, fuera de si, pasó la mano por su frente y asustada de su soledad, tuvo intencion de pedir auxilio, porque se sentia desfallecer de alegría, pero consiguió dominar este desvanecimiento pasajero y la r. accion de felicidad tornándose por grados menos violenta, pudo soportar los sentimientos acumulados que la inundaban y continuar su lectura.

La carta estaba concebida así:

“Olivia, soy yo el culpable, pero tranquilizaos, vuestros dos hijos viven.

“Dios sea loado! mi tarea está cumplida y mis votos tambien. La madre de mis hijos y mis hijos mismos son dignos unos de otros;

han triunfado de la prueba á que los he sometido y moriré contento.

“Honor á vos! que me habeis dado el consuelo de ver que vuestra virtud habia sobrevivido á mi infame atentado. Honor á vos Elena, hija mia cuya conducta me colma de orgullo y de alegría en el momento en que os doy un eterno adios! Honor á vos Angeluci hijo mio! que habeis sabido defender con un corazon de leon y con igual nobleza el nombre de la muger q' os dió el ser y el de la patria, que nos vió nacer á vos y à mi. He querido ver, he visto. Ahora sé lo que pensais de vuestra patria y de vuestra madre. Todas mis inquietudes han desaparecido, estoy satisfecho y bendigo de antemano vuestra mano que va á darme el golpe de muerte.

“Soy yo y no otro, el que os hizo madre: Olivia. Os arrebaté á los verdugos de la cinta y del látigo, y no supe defenderos contra un verdugo mas implacable, mi propia pasion, que abusó de vuestros encantos y cometió en vuestra adorable persona la mas grande de las maldades. Vuestra actividad, vuestro embarazo, vuestro alumbramiento, todo eso pasa en mis recuerdos como otros tantos espectros en mi conciencia. He estado á pique, perdonadme oh Dios mio! de haceros una mala madre. En vuestro incurable resentimiento hacia vuestro raptor habeis oído hasta el fruto de vuestras entrañas; el cielo que me envió apropósito los remordimientos, neutralizó los consejos de vuestra desesperacion; os engañaba, una feliz estratagema me los hizo salvar, sin saberlo vos. Elena y Angeluci confiados secretamente á una nodriza del campo, crecieron en fuerza y salud, mientras que vos privada de una familia á quien las proscripciones habian dispersado ó destruido, ocultabais lejos de vuestro desconocido seductor, vuestra vergüenza y vuestros dolores en la soledad del destierro

“Uno de nuestros niños pasó á manos de un tio materno, que sin revelarles el misterio de su nacimiento, lo educó en medio de una profunda veneracion hácia la memoria de su madre: esos generosos sentimientos han dado su fruto. Angeluci de vuelta de sus viajes á Europa, promete á su patria un ciudadano distinguido, y á vos Olivia, un hijo que os hará honor. Su hermana permaneció directamente bajo mi tutela. Abandonando un pais que nos era fatal por mas de un titulo, partimos para España, donde, ofuscado con el deseo de hacerla feliz por medio de una brillante fortuna, la casé con un elevado personaje, un general ilustre, un hombre que podia darle mil veces la felicidad, si la felicidad consiste en los esplendores de la riqueza y los placeres de la opulencia. Ay de mi! Pronto me desengañé. Elena no amó á su marido:

se arrojó sencillamente en mis brazos. Cándida niña, abrazaba á su padre creyendo abrazar á un amante y yo Olivia me consideraba feliz en mi posición, que permitiendo ospanirse á la sensibilidad de su corazón, ponía su fuerza y su virtud bajo mi salvaguardia paterna. Así la salvé de si misma. La catastrophe del duque del Monte Valeriano obró sobre su alma inocente, como si sus costumbres hubiesen sido criminales. Su partida para Buenos Aires, para Buenos Aires al que habia dejado muy niña, no le recordó nada de su país natal, y en su ignorancia tomó á su patria por la tierra del destierro.

“Y ahora Olivia que lucen días mas felices para todos los seres que me son queridos, ahora que el cielo se ha dignado convertir en frutos de gloria y de felicidad la obra de mi crimen, no me queda nada que hacer sobre la tierra. Mi presencia seria para vosotros tiernos amigos míos, una injuria y una sombra. Es preciso una expiación; tal es la que vá á cumplirse. Diríjete pues contra mi oh mano de Angeluci! y puesto que debo dejaros para siempre, familia adorada, que sea al menos purificado y perdonado por el único ser á quien me seria muy dulce deber á la vez mi castigo y mi perdon!

“Adios, hijo mio! Adios hija mia! adios esposa mia! adios, hasta la eternidad.

*“Armando de Figueroa.”*

Olivia no resistió á esta lectura. Un largo desvanecimiento se apoderó de ella.

Al volver en si, la porteña se halló rodeada de un espectáculo solemne y doloroso.

Armando herido de un balazo en el pecho, habia sido transportado de la fonda de Porta-Estileto. Cerca de él se encontraban Angeluci con los ojos bañados en lágrimas, Lorenzo Etchevarria, el negro Justiniano, Mr. Moore, Sir Samuel Wart y Miss Ana, repartiendo alternativamente sus cuidados entre ella y el herido.

—Donde está ella? dijo Olivia, buscando con la vista á Elena ausente; donde está mi hija?

Por toda respuesta Angeluci se arrojó en sus brazos gritando con desesperación: madre mia!

—Mi hija! mi hija! donde está? repitió la porteña, agoviada por un doloroso presentimiento.

—En el cielo! dijo gravemente sir Samuel, levantando el índice.

Y el viejo cuaquero imponiendo silencio á los desgarradores sollozos, principió en medio de un piadoso recogimiento, un ferviente rezo elevando al seno de la misericordia divina, al padre espirante y la hija muerta ya sobre el cadáver de Emilio, víctima de una recaída; —trino fúnebre al que siguió al día siguiente, en la tumba, el pobre Justiniano. El negro desapareció de casa de Mr. Moore pretestando un viage, ocultando así con el secreto de su suicidio, el de un amor que no habia revelado sino á Dios.

—Tu hermana te recomienda á tu madre Angeluci! habia dicho Elena al espirar. Vive para ella y para mi Clementina! Y para ella presérvate de las pasiones que estravian y pierden las mejores naturalezas, hermano mio!

De conformidad al testamento verbal de su desgraciada hermana, religiosamente y fiel á la espresion de su última voluntad, Angeluci despues de haberse casado con miss Ana, se consagró en medio de la familia de su respetable amigo y en el seno de las afecciones tranquilas de una union exenta de borrascas, á la educacion de su sobrina, mientras que Lorenzo Etchevarria naturalizado porteño, y elevado á un alto puesto, unia sus esfuerzos á los de ciudadanos libres para defender las nuevas instituciones, contra la vuelta de los hombres de sangre y la amenaza de una restauracion aborrecida.

# INDICE GENERAL.

## TOMO I.

		Página
	Prólogo.....	1.
CAPITULO I.	Remate de perros.....	7.
II.	El caballero del secreto.....	10.
III.	La cabeza fresca.....	12.
IV.	El intruso.....	16.
V.	Comandante y Coronel.....	19.
VI.	Querrela intestina.....	22.
VII.	La recepcion.....	26.
VIII.	A como la docena?.....	29.
IX.	Las tres pruebas.....	32.
X.	Será ella?.....	34.
XI.	Cuando seré pobre?.....	39.
XII.	Do'or fraternal.....	41.
XIII.	Victima gorda.....	45.
XIV.	Te amaré si le salvas.....	49.
XV.	El milagro del Diablo.....	52.
XVI.	Confesion de un diplomático.....	56.
XVII.	La naturalizacion in extremis.....	60.
XVIII.	Angeluci.....	63.
XIX.	Complot de salon.....	67.
XX.	Agua tibia.....	75.
XXI.	En casa de Pancho.....	77.

## TOMO II.

XXII.	A la obra, esclavos!.....	1.
XXIII.	En Palermo.....	7.
XXIV.	El predicador.....	11.
XXV.	Confrontaciones.....	15.
XXVI.	Pequeña revista.....	20.
XXVII.	Cinco años despues.....	24.
XXVIII.	Confidencias.....	28.
XXIX.	Bajo una roca.....	32.
XXX.	Olivia.....	36.
XXXI.	Ecos de guitarra.....	39.
XXXII.	Porqué estoy celoso?.....	43.
XXXIII.	En San José de Entre-Rios.....	47.
XXXIV.	Consejo de Guerra.....	55.
XXXV.	La tertulia.....	60.
XXXVI.	Bajo el paraíso.....	64.
XXXVII.	El cintillo punzó.....	67.
XXXVIII.	El tiro de pistola.....	69.
XXXIX.	Los archivos secretos.....	78.

FIN DEL INDICE GENERAL.













